

Ciclos

étnico-político-culturales:

*El Caso de los Residentes del
Centro de Acción Cultural*

“Caquiaviri”

- Lucila Criales Burgos -

Taller de Historial Oral Andina (THOA)

La Paz - Bolivia

2023

Ciclos étnico-político-culturales: El Caso de los Residentes del Centro de Acción Cultural “Caquiaviri”

© Lucila Criales Burgos

© THOA - Taller de Historia Oral Andina

Edición y diagramación:

Oswaldo Calatayud Criales

Transcripción y correcciones:

Nela Tamayo

Depósito Legal:

ISBN:

Taller de Historia Oral Andina (THOA)

Alto San Pedro, Calle León M. Loza No. 1199

La Paz-Bolivia, 2023

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a quienes debo agradecer y reconocer su preocupación por que este trabajo saliese adelante.

Al Taller de Historia Oral Andina (THOA), sin cuya ayuda teórica y su metodología esta investigación no hubiera podido seguir adelante.

A Fernando Untoja por sus valiosos aportes.

Al Lic. Ramiro Molina Barrios, quien me orientó y alentó en todo momento con sus inteligentes apreciaciones.

Y a Ivonne Farah, quien supervigiló pacientemente y se dio el trabajo de corregir esta investigación hasta su realización.

Quiero agradecer igualmente a Vitaliano Huanca y a Juana Vásquez del Instituto Nacional de Antropología.

Tampoco me olvido de Silvia Cordero, bibliotecaria del ILDIS, quien me dedicó un espacio de su tiempo para poder avanzar en esta investigación a partir del valioso archivo que dirige.

Por supuesto, que sin el apoyo y empuje de mi familia jamás hubiera podido cristalizar este trabajo: mi esposo Emilio Calatayud Aguilar, mi madre y mis cuatro hijos, gracias a todos ellos.

Finalmente, un inmenso agradecimiento al Centro de Acción Cultural Caquiaviri que, a través de sus residentes, vecinos y comunarios, además del desprendimiento de sus socios, hubiese sido imposible materializar este estudio de caso. En especial a don Juan Fernández y doña Sinforosa Álvarez de Fernández.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Metodología

I PARTE:

De la migración al Centro de Acción Cultural “Caquiaviri” (CAC)

CAP. I Estructura social y territorial de Caquiaviri

- 1) Caquiaviri: Vecinos y comunarios
- 2) Ex haciendas y comunidades
- 3) Poder y articulación campo-pueblo

CAP. II El Centro de Acción Cultural “Caquiaviri”

- 1) La institución
- 2) Fases de su historia
 - 2.1- Primera fase: (1946-1952) Fundación del CAC y pervivencia del vínculo con la hacienda
 - 2.1.2- El deporte como elemento nivelador
 - 2.2- Segunda fase: (1952-1969) Coexistencia y posterior división vecinos-comunarios
 - 2.2.1- Los residentes de Caquiaviri y el MNR
 - 2.2.2- El clientelismo como política práctica
 - 2.2.3- Lucha por la capitalidad y otras conquistas
 - 2.2.4- Lucha por la educación
 - 2.2.5- El papel de las radios aymaras
 - 2.3- Tercera fase: (1969)
 - 2.3.1- Surgimiento del conflicto interno en el CAC.
 - 2.3.2- Convivencia en ruptura (1972-1990)

II PARTE:

Análisis sociológico en términos del conflicto étnico

CAP. I Factores socio-culturales y psicosociales del migrante

- 1) De dónde proceden
- 2) A dónde llegan
- 2.1- El mito de la raza
- 2.2- El mito de la civilización
- 2.3- El mito de la educación
- 2.4- Sistema social de acogida
- 2.5- Solidaridades verticales en compadrazgo

CAP. II El papel que cumple el CAC en la ciudad

- 1) Instancia de esparcimiento
- 2) Instancia disciplinadora y moralizadora
- 3) El CAC: instancia aseguradora

CONCLUSIONES

Bibliografía

Notas

PRESENTACIÓN

Han transcurrido más de 30 años desde que la autora de la presente investigación se pusiera en contacto con los migrantes de Caquiaviri, tanto en sucesivos viajes al pueblo y comunidades (buscando la ascendencia de su apellido) como en la ciudad de La Paz, hasta lograr un barrido representativo de los y las miembros del Centro de Acción Cultural Caquiaviri (CACC) “San Antonio Amuytha”, fundado el 1ero de mayo del año 1946, con estatutos aprobados en una Asamblea General el 20 de octubre de 1948 y posteriormente legalizados por Resolución Suprema No. 34157 del 30 de julio de 1949 por el entonces presidente Mamerto Urriolagoitia.

Producto y resultado de este estudio cualitativo con apoyo documental se publica “Mujer y Conflictos Socio-Culturales: El caso de los migrantes de Caquiaviri en la ciudad de La Paz”, y ahora -gracias al apoyo del Taller de Historia Oral Andina (THOA)- sale a la luz este segundo trabajo que es una complementación de los procesos étnico-político-culturales que se vienen reproduciendo a la manera de un ciclo digno de análisis.

A la luz del presente, luego de una mirada más clara y madura de la autora, vemos que los residentes de Caquiaviri (a 3250msnm y a casi 100 kilómetros de La Paz), así como antaño los migrantes del Altiplano y aymaras en general, se han potenciado enormemente. Esta coyuntura coincide con un proyecto estatal que de alguna manera ha propiciado la inclusión social y de apoyo a los indígenas en Bolivia.

Más allá de los bemoles de este proceso, la autora considera un gran logro del Estado Plurinacional

el haber refundado el país a través de una nueva Constitución Política del Estado (2009), incluyendo a 36 nacionalidades en el panorama socio-político y cultural de Bolivia, luego de décadas de ignominiosa servidumbre y como “actualización” de la Revolución Nacional de 1952 que fortaleció, de diversas formas, la distribución de tierras gracias a la Reforma Agraria, la creación de escuelas y la incorporación masiva de sectores indígenas a la educación y a otros derechos como el de la salud o el voto universal.

En la primera parte de la presente investigación se pasa revista a la creación del Centro de Acción Cultural Caquiaviri, el cual se conforma a partir del fútbol y de la incorporación de los caquiavireños en la Liga Deportiva El Tejar. A esa primera generación de residentes les resultaba muy vergonzoso ver a sus paisanos caquiavireños, jóvenes y niños, en las calles pateando t’ejetas (pelota de trapo), perdiendo el tiempo y en algunos casos malentreteniéndose en actividades poco decorosas que los empujaba muchas veces al vicio y los conducía a las comisarías, a donde tenían que ir los mayores (sus paisanos) a pagar multas para poder liberarlos de dormir en dichos lugares policiales.

Al mismo tiempo, la institución cívica y cultural con sede en la ciudad de La Paz (Av. Buenos Aires, esquina 4 de Mayo # 1022) desplegaba actividades en pro del “pueblo de su nacimiento”, gestionando en diversos entes del gobierno y particulares para que doten de materiales, infraestructura y mejoras en general, especialmente para el histórico templo barroco construido por los españoles en los años 1560 a 1570 y el núcleo escolar Utama fundado por el profesor Alfredo Guillen Pinto en 1930.

Tómese en cuenta que esta primera generación de migrantes se asentó originalmente en la hoyada

paceña, puesto que a mediados del siglo XX la futura ciudad de El Alto era esencialmente una zona marginal, separada de Chuquiago Marka por la espesa franja de eucaliptos de Pura Pura y otras laderas.

Evidentemente, poco antes incluso de la revolución del 52, en El Alto se iban desarrollando los primeros proyectos urbanísticos y con este fin se crearon algunas juntas vecinales, pero no fue hasta los años sesenta y setenta, y sobre todo después de la Relocalización Minera de 1985, que el fenómeno migratorio consolidó la hoy segunda ciudad en importancia demográfica de Bolivia.

Para el efecto, la primera generación de migrantes caquiavireños prefirió asentarse primero en la hoyada, aglutinados con otros residentes del Altiplano en las populosas zonas circundantes a la avenida Buenos Aires, donde se construyó la sede del Centro de Acción Cultural Caquiaviri. Este lugar era prácticamente un cinturón limítrofe de la ciudad, cuyo rescoldo más alejado era entonces el Cementerio General, luego convertido en un populoso barrio central de todo el sector oeste de la hoyada de La Paz.

La meridiana ubicación de esos primeros asentamientos de caquiavireños permitió al mismo tiempo tener relación administrativa-legal con las oficinas y el aparato estatal en general de la Sede de Gobierno y con los centros comerciales informales centralizados en la zona El Tejar. Esto permitió, por un lado, realizar gestiones políticas en favor de la provincia, como la declaratoria en el gobierno de Gualberto Villarroel de Monumento Nacional al templo colonial, por ley de 14 de enero de 1945; y, por otro lado, generar un circuito de intercambio comercial con los grandes centros de abasto de la ciudad de La Paz.

Ahora bien, una revisión exhaustiva de los documentos y al mismo tiempo entrevistas e historias de vida de caquiavireños y caquiavireñas que pasaron por el Centro de Acción Cultural Caquiaviri dan a la investigación de Lucila Criales un panorama bastante halagador en tanto “fotografía” del comportamiento social, cultural y político de los migrantes aymaras en La Paz. Comportamiento que es o puede ser aplicable a los migrantes de casi todas las regiones altiplánicas paceñas.

Podríamos decir, incluso, que la autora tuvo una visión por demás clara y premonitoria de lo que proyectaban estos centros de residentes tanto en lo económico como en lo festivo, a través de sus redes informales y sus relaciones de compadrazgo y acompañamiento por el que se nota un ir y venir del campo a la ciudad y viceversa, a fin de fortalecer la economía de estas primeras familias migrantes. Una economía que, transcurrido el tiempo, resultó a todas luces exitosa y propiciadora de lo que ahora se conoce como la burguesía chola y para otros la burguesía aymara con sus propios mecanismos de ascenso social y legitimación ciudadana en la gran urbe paceña.

Al respecto, tres ciclos se pueden distinguir en la vida de la institución del Centro de Acción Cultural Caquiaviri (CACC): un primer ciclo pre-52, un segundo ciclo fue el de la Revolución de aquel año y su vinculación con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y la formación de sindicatos y milicias que permitió la consolidación tanto de su estadía en la ciudad como el desarrollo de su lugar de origen. Un fenómeno que, con otros matices, se repitió en un tercer ciclo a partir del nuevo milenio, esta vez bajo la bandera del Movimiento Al Socialismo (MAS), ya con las terceras y cuartas generaciones de caquiavireños empoderados en esta dinámica migratoria campo-ciudad.

El primer ciclo mencionado por Criales en la investigación es aquel que habían conformado los residentes caquiavireños y sus esposas pasada la Guerra del Chaco (1932-1935), conflagración que agarró a los mencionados ante una indefensión y abandono del Estado y los gobiernos de turno. La gente que había salido de sus pueblos y comunidades, si no había sido diezmado en el escenario de la guerra, como que lo fueron sobre todo los indios de comunidad enviados al frente como carne de cañón, llegaron a la ciudad en busca de fuentes laborales, muchos de los cuales prefirieron ya no volver a su terruño a los pies del cerro Waywasi y se acomodaron en diversos oficios de acuerdo a su nivel educativo y a la tradición familiar caquiavireña: sombrereros, bordadores, peluqueros, y en el caso de las mujeres como vicuñeras o simplemente vendedoras de abarrotes y comerciantes de productos varios.

Fue el grueso de estos recién llegados del Chaco, incluidos sus hijos, quienes se unieron a través del fútbol para conformar el Club “San Antonio Amuytha” y empezaron a reclutar a sus paisanos, en algunos casos jóvenes que consideraban se estaban echando a perder, “tocando timbus” o tomando alcohol, aspecto muy común en sectores vulnerables de la población que no superaron los traumas de la guerra.

Es así cómo se formó el primer Centro de Acción Cultural Caquiaviri, ente que de alguna manera los vinculaba con su terruño a través de redes económicas, vecinos y comunarios que iban y venían del pueblo a la ciudad y viceversa, trayendo productos y lanas y llevando cervezas y otros elaborados que no encontraban en el pueblo, como azúcar, fideo o arroz. Así se fueron interiorizando de las necesidades de la provincia y

las oportunidades que a su vez ofrecía la ciudad, por lo que empezaron a hacer obras en beneficio del pueblo y de las comunidades, una de las primeras es la construcción en 1944 de la entrada del templo colonial en agradecimiento al santo San Antonio Abad, a través de una donación de piedras por los colonos de Comanche.

Poco antes, en 1942, algunos folkloristas encabezados por el señor Néstor Álvarez, con el afán de mejorar la imagen del pueblo, organizaron una comparsa de chutas y pepinos contratando por primera vez a una banda de músicos de Patacamaya dirigidos por el director Antonia Villca. De este modo se dio comienzo a la organización y al cambio de la comparsa de Pinguilladas a Chutas y Pepinos que fueron apoyados por los vecinos del pueblo como ser: Emilio Maldonado, Agustín Luna, Cirilo Luna, Andrés Melendrez, Natalio Garay, Luis Patty, Manuel Álvarez y muchos otros. Esto daría lugar, con el tiempo, al fortalecimiento de la Anata en el pueblo a la vez que su participación en el Carnaval de la ciudad de La Paz.

Un segundo ciclo al que alude la investigación tiene que ver directamente con las actividades desarrolladas por el Centro de Acción Cultural Caquiaviri, marcados claramente por los hechos protagonizados el año 1952, el ciclo del MNR. Según Ciales, es el momento en el que el CACC entra en la lógica sindical prebendalista, cuando ciertos miembros de la institución reniegan de sus antiguos orígenes: “debemos olvidarnos de nuestros antepasados incaicos y entrar en la civilización”, “con el fútbol mejoraremos nuestra raza”, así rezaban algunos de los documentos y membretes que manejaban estos migrantes.

En efecto, muchos caquiavireños ingresan a las milicias armadas del MNR, desaparecen los Mallkus

y “P’eques” del contorno y deciden pasar de Ayllu a Sindicato. Esto le permite al CACC algunos logros arrancados al gobierno del MNR, en forma de prebendas que benefician a la iglesia, las escuelas y, por supuesto, al mejoramiento de caminos. En esta etapa el CACC se inscribe en la línea del MNR, con gran cantidad de militantes apelados en su fuero interno como indios elevados a la categoría de ciudadanos, lo cual a su vez canjeaban por demandas laborales al gobierno y, consecuentemente, en exigencias políticas a la matriz del partido.

Entre varias, estas exigencias giraban en torno a declarar a Caquiaviri capital de la Provincia, pedían cupos de artículos de primera necesidad, en algunos casos a cambio de someterse dócilmente a los dictados de la revolución. Revolución que, con sus claroscuros, permitió crear Comandos Agrarios a los largo y ancho de la provincia, integrando a los aymaras de la ciudad en tareas de mediación política entre el campo y la ciudad.

Fue así como algunos residentes y también los nacidos en la misma región caquiavireña consiguen prebendas del partido de gobierno liderado por Víctor Paz Estenssoro, entre ellos por ejemplo don Fulgencio Maldonado que asume como diputado por la provincia Pacajes. Durante ese periodo se aprueba, entre otras, la Ley del 14 de diciembre de 1959 impulsado por el Centro Acción Cultural Caquiaviri, con la participación de centenares de ciudadanos patriotas Caquiavireños, la creación de la capital de la segunda sección de la provincia Pacajes.

Asimismo, en esta época de la Reforma Agraria los habitantes antiguos se reorganizan en torno al nombre original de la población, “Ajjawiri”, consolidando su tierra y la productividad de toda la provincia “Paqajake”, como era conocida

originariamente. Esto a su vez logra que se intensifique la escolarización en todo el territorio de Ajahuira Marka y se construyan núcleos educativos como el Colegio Humanístico de Caquiaviri.

A esto debe agregarse la construcción e inauguración del hospital Materno Infantil de Caquiaviri entre los años 1970 a 1972, a cargo del comité de obras públicas y autoridades locales y comunales, así como la Construcción de la Casa de Gobierno o Alcaldía, hecho que propició el desarrollo de la región en los años posteriores. A esto, llama la atención que por esos años se produzca una división de orden política el Centro de Acción Cultural Caquiaviri, hecho que se simboliza en la creación de una comparsa del Sector Blanco que se diferencia de la del Sector Verde y ésta a su vez de la de los residentes caquiavireños en La Paz. Hasta ahí llega la presente investigación.

Luego se produciría un tercer ciclo que, si bien esta publicación ya no cubre, tiene como añadidos una serie de situaciones que se fueron dando a partir de los años 90 con la Participación Popular propiciada por un nuevo contingente de emenerristas. Proceso que Criales lo percibe como de empoderamiento de las nuevas generaciones de familias caquiavireñas, cuyos hijos ya nacieron y se formaron en La Paz, y de los aymaras urbanos en general.

De ahí surgen nuevas formas mercantiles y simbólicas de consolidación a la urbe paceña en la que se combina una economía de mercado capitalista y formas de reciprocidad que recuerdan al Ayllu Andino, al menos en el caso de los caquiavireños aglutinados en este nuevo periodo del centro de Acción Cultural Caquiaviri. Tal es así que, en este tercer ciclo, se produce el cambio de razón social del CACC a Asociación Social Cultural

Caquiaviri, respaldada con su Personería Jurídica con Resolución Administrativa Departamental No. 519 del 23 de mayo del 2018, en concordancia con los cambios operados por el nuevo Estado Plurinacional y las exigencias de la Gobernación de La Paz.

Así, los caquiavireños en La Paz se han segregado a la par del conjunto de fenómenos que se conocen como movilidad social, el cual permitió -entre otras cosas- que el sector bajo de la pirámide social pacheña logre un ascenso social vertiginoso. Lo novedoso de este ascenso, según se puede advertir en el paso de estos treinta años desde la investigación realizada por la autora, es que en lo económico se han formado empresas familiares en el poderoso negocios de la línea blanca, electrodomésticos de la calle Eloy Salmón principalmente.

Algo parecido sucede con las tiendas artesanales en la calle Linares o en la calle de La Brujas, en las que los emprendedores aymaras se han convertido en importadores de textiles o otros de primer, segunda y tercera calidad de mercados mundiales como el asiático o el americano. Esto les ha permitido manejar grandes capitales en dólares que a la vez han reinvertido en otros rubros, sin por ello dejar de acordarse de sus orígenes y devolviendo a las tierras de sus padres y de sus abuelos parte de esas ganancias a título de reciprocidad y fe religiosa, aspectos que tienen que ver sin duda con la imagen social y comunitaria de estos caquiavireños exitosos.

Sólo por citar un ejemplo, cabe mencionar al señor César Salinas Sinka, caquiavireño de nacimiento, socio de la actual Asociación Social Cultural Caquiaviri, poderoso empresario del sector de la construcción y en la última etapa de su vida presidente del popular club de fútbol The Strongest

de La Paz y de la Federación Boliviana de Fútbol, lo cual nos remite curiosa y emotivamente a esas primeras épocas en las que los caquiavireños hacían del fútbol de la Liga Deportiva El Tejar su punto de encuentro y su dinámica ciudadana.

Este exitoso empresario casado con la señora Inés Quispe, además de ser parte de la citada Liga Deportiva de El Tejar a la cabeza del equipo de su provincia, es un claro ejemplo del transcurrir de estos ciclos étnico-político-culturales encarnados en un caquiavireño que bailó en la Comparsa de Ch'utas del pueblo para la fiesta del 17 de enero, donde se rinde tributo al tata San Antonio Abad, patrón de los ganados y motivo del nominativo del primer equipo de fútbol de los residentes caquiavireños en la ciudad de La Paz.

Cumpliendo con rituales como el ayni, la reciprocidad o la pasantía, don César Salinas Sinka junto a su esposa colaboraron generosamente con la restauración del templo y otras obras igual de significativas para el conjunto de caquiavireños. De ahí que sus paisanos lo recuerden con palabras elogiosas que lo dicen a su manera sencilla: “a ese señor le merezco”, queriendo decir que don César Salinas fue un socio que se merecía los elogios que le hicieron cuando falleció a causa de la pandemia del coronavirus.

Así como la familia Salinas Quispe, propietarios de la gran empresa SALQUIS, existen otros residentes que han progresado en la ciudad en gremios como el transporte pesado, la minería, el comercio formal e informal, lo cual nos muestra el poder económico alcanzado dentro de su organización provinciana a su interior como también hacia afuera, acomodándose en términos de status dentro de las sociedades de alta jerarquía del país.

Precisamente lo interesante de este tercer ciclo que analiza raudamente esta presentación es que los caquiavireños y los aymaras en general tienen formas, como dice Silvia Rivera (1991: 90) “muy creativas de adaptación a las nuevas condiciones”. No por nada los residentes del CACC de esta tercera generación han ido escalando peldaños de poder con sus propios marcadores de jerarquía que hacen reminiscencia de lo andino aymara del ayni, formando de este modo su sociedad chola, sin afanarse por parecerse a la élite occidentalizada paceña, pero en franco camino hacia un mercado capitalista mezclado con sus tradiciones y sus lógicas de comportamiento social.

Entre las actividades sociales que ahora realizan los del antiguo Centro de Acción Cultural Caquiaviri, de cara a la sociedad mayor y a demostrar su poder y prestigio es la de realizar fiestas cada vez más fastuosas en torno a sus creencias patronales, aniversarios cívicos o simples convites familiares. Para ello contratan a las mejores orquestas y bandas de La Paz como Explosión, Intocables, Proyección Murillo entre otros o invitan a grupos musicales famosos, como Los Ángeles Azules de México que llegaron directo al pueblo de Caquiaviri para amenizar su fiesta del 17 de enero.

Hoy por hoy, la organización de residentes de Caquiaviri en La Paz ha dado frutos positivos tanto en lo tangible, como el asfaltado de la carretera y el creciente circuito turístico a la zona, como en lo intangible, habiendo sido Caquiaviri declarada “Cuna del Chuta” y Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad del Departamento de La Paz, a los 15 días del mes de enero del 2008, a través de la Resolución Prefectural N° 2078. Hechos registrados, por si fuera poco, en sus propias redes sociales que pueden resumirse en el portal digital

“El Caquiavireño”, de amplia difusión no sólo en la cobertura de actividades, sino en la generación de solidaridad entre caquiavireños.

Finalmente, si bien los caquiavireños siguen con la antigua división de verdes y blancos, es decir de los vecinos del pueblo y los comunarios, ahora de alguna manera se ha invisibilizado esa odiosa separación que se mantiene en lo simbólico. Así, esos colores se mantienen sólo para diferenciar a las comparsas que en sí son una mixtura de familias de diversas procedencias, muchas de ellas afincadas en La Paz o en el extranjero. Por lo demás, todos constituyen una sociedad que, amparada en sus redes familiares de reciprocidad con su lugar de origen, se han reinventado en la ciudad, ejerciendo una militancia político-comunitaria que es la que prevalece al momento de hablar de Caquiaviri en este siglo XXI.

(Editores THOA)

INTRODUCCIÓN

Si partimos de un anatema concluiremos que éste fue la colonia: momento catalizador de jerarquías y acuñador de discriminaciones que más tarde irían a tener repercusiones totalizantes en perjuicio del sector mayoritario, pero más vulnerable y socializado en un pensamiento mágico de respeto a lo sagrado. Este impidió ver en al colonizador al estereotipo de la violencia y la codicia, cayendo por el facto irreversible de “vencido” esgrimido por sus vencedores, quienes habían levantado como justificación a su pirámide estamental la patraña del preconcepto de raza (Guzmán, 1975:806).

Así, y desde entonces, el vencido y el indio -como una y la misma cosa- entraron en la categoría de parte de una cultura, una “subcultura”, parte de un mundo, un “submundo”, y parte de una economía desarrollada, una “subdesarrollada”. Este anatema iría a imprimir todo el ritmo de nuestro ser social, partiendo de la economía y terminando en la ideología, o a la inversa, incrustándose hasta en los intersticios del mundo simbólico y sagrado de este pueblo.

Dicha categoría reduccionista persiste y se ahonda en la actualidad porque nuestra dependencia es cada vez mayor en materia cultural y también económica. Sí otrora sentíamos y seguimos sintiendo sobre nosotros el peso de la hegemonía cultural española, ahora se agrava con el peso de la hegemonía de los grandes centros de poder: Estados Unidos y Europa. Unos y otros nos encajonaron y, a la manera de cuentas nos hallamos engarzados en una cadena muy elaborada de eslabonamientos oprobiosos, donde ellos se colocan y se colocaron siempre a la cabeza, en el eslabón superior de la

cadena, y los pueblos colonizados, al contrario, en las gradientes interiores. Los primeros excluyendo a los segundos -Insistimos, aunque ya lo dijeron otros- en una cadena de relaciones de dominación colonial” (Lhem, et. al., 1988: 265); los unos son los blancos, los demás son los “indios”, “estancados”, “pasivos” “hostiles al cambio” e “inferiores” racial y culturalmente. Todo esto siempre como producto final de las fuerzas históricas y sociales en pugna que generaron la desigualdad bicultural a la que alude Gölte, o la sociedad dual como la llaman otros.

Todo lo anterior, que se percibe a nivel macro, se repite a nivel micro entre los grupos étnicos, en las jurisdicciones, en los pueblos de vecinos y también entre cualquier grupo de los nuestros por estar empapado en la ideología colonialista. Por lo mismo, no es ajeno a la institución objeto de nuestro estudio: el Centro de Acción Cultural “Caquiaviri” (CAC) en La Paz.

Blanca Muratorio, usando las categorías de análisis de Stavenhagen (Muratorio, 1977: 116) afirma que esta situación es típica de un “colonialismo interno”. Añadimos que tal ideología “pro blancoide” y anti nativa, llamada en general anti-india, es producto de los 500 años de sometimiento. A causa de los “favores” del colonialismo interno cada uno de nosotros se halla cultural e ideológicamente partidos en dos, en el mismo país. Por tal situación, los llegados de fuera -que son los menos- encuentran un ánimo propicio para definir el sentido en que debemos encauzarnos y “civilizarnos” o modernizarnos, en tanto los oriundos de esta tierra vivimos en la ajenitud, como lo popular o lo invisibilizado. Sin poder tener mayor participación, se nos incorpora a la estructura vigente y al poder local en el caso de las regiones, conduciéndonos hacia una forma

de etnocidio (ídem.:113) o, en último análisis, a una mestización. Al decir de Stavenhagen:

“... es en realidad el resultado de la interacción de fuerzas históricas que han permitido el avance de la modernización en un sector limitado de la sociedad, y no sólo han erigido obstáculos formidables al desarrollo del resto del país, sino que, a veces han alentado el subdesarrollo continuo de las regiones en cuestión y de sus poblaciones. La relación entre los sectores duales puede llamarse colonialismo interno...” (Ídem.: 113).

Ni el estructuralismo funcionalista ni la teoría de las clases sociales dan cuenta a cabalidad (no afirmamos que no lo hayan mencionado) del fenómeno colonial en el que nos hallamos sumergidos, ni de esta forma de biculturalidad existente que ataca a pueblos y ciudades de fundación española, y que ya Gölte había detectado para la sierra peruana. El mencionado paradigma bicultural se alimenta de un proceso de diferenciación social tanto en pequeño como en grande, fundada a nivel regional en la histórica relación “misti-indio” que a su vez está ligada a la clásica división hacienda-comunidad (Gölte. et.al., 1987:164).

De larga data colonial y hacendaria, la contradicción misti-indio o vecino-comunario, presente en la mayoría de los pueblos altiplánicos, parece sentirse de un modo muy fuerte allí, en tanto ello ocurre en menor grado en la ciudad (lo expresa uno de nuestros entrevistados). En la ciudad esta contradicción se torna en una diferenciación mucho más globalizante por la que, el individuo venido del campo aymara es el “indio” o campesino a secas, y el ciudadano blancoide es el q’ara o “gente decente”. En cambio, en el pueblo chico la exclusión es más nítida y sentida. Por ejemplo, un ex comunario

exitoso en la ciudad, que aspira a convalidar a partir de su status económico de “rico” y “civilizado” en el pueblo de vecinos, la condición de caquiavireño a secas, sin el aditivo de ex comunario, no lo logra.

Los testimonios y entrevistas recogidos entre los caquiavireños, tanto en el campo como en la ciudad, hace evidente la diferenciación misti-indio, tan aguda y dramáticamente expresada en el pueblo de vecinos. Procesos subjetivos y objetivos contradictorios expresan un agudo conflicto que, en una dialéctica de afirmación y negación, contiene al mismo tiempo la solidaridad como reconstitución negativa de una misma entidad.

En el espacio de etnicidad más pequeño, cual es el CAC, observamos estos procesos sociales mencionados muy a pesar de la voluntad sincera de sus asociados por “erradicar esas cosas odiosas del pasado y ser todos hermanos”. En efecto, a pesar de existir esa voluntad no logra evitarse aún el roce ni la jerarquización racista entre personas de un mismo origen y una misma cultura. Ello no obsta para percibir en el seno mismo de la institución de residentes, un proceso de constitución de entre todos estos sujetos sociales (no sólo residentes aymaras, también grupos vecinales, gremiales, grupos de estudiantes y otros) la germinación de actores sociales con pretensiones de poder. Resulta ser a todas luces un indicador muy optimista de que nuevos tiempos se avecinan en el acontecer histórico de este país y de que, en el traqueteo de los actores sociales aymaras urbanos y las sucesivas cristalizaciones se va gestando una lucha hegemónica.

Queremos pues, bajo las reflexiones anteriores respaldar el objeto de la presente investigación que es, sin duda, muy polémico, y su oportunidad, dado

el momento histórico que vivimos los bolivianos y latinoamericanos en general: las décadas posteriores al V Centenario de la conquista española. Partimos de la tesis que este acontecimiento trajo consigo la desestructuración de la organización social andina, provocando un conflicto cultural sin nombre, mismo que sufrimos hasta ahora habiendo dejado la impronta de “indio” como estigma de la raza.

Es así, un punto central de la presente investigación explicar dicho conflicto socio-cultural en un caso concreto: el Centro de Acción Cultural Caquiaviri (CAC), como especie de homenaje a instituciones provenientes del mundo aymara y que no tuvieron voz durante mucho tiempo.

La historia del centro es reproducida en tres fases: en una primera se hace el historial del Centro de Acción Cultural Caquiaviri. Para lograr este propósito se recurrió a gente del pueblo, a los residentes de La Paz y a sus documentos. En esta primera fase aún no hay rompimiento con la hacienda melgarejista: una segunda en la que predomina la coexistencia pacífica entre sus miembros; y una tercera durante la que surge el conflicto que se tipifica como predominantemente étnico-cultural.

En la segunda parte, y tratando de ser fieles a esta realidad, hacemos un análisis sociológico en relación al conflicto étnico. Ahí vemos el rol social que cumple el CAC en la ciudad, los factores socio-culturales de inserción del migrante de Caquiaviri, sus formas de control y movilidad social. etc.

Todo este bagaje resulta ser la cristalización de un enfoque conceptual arrastrado a lo largo de la investigación, a partir de situaciones concretas vividas y observadas, hecho que nos animó a cerrar el capítulo lanzando la hipótesis -que se había ido contrastando con las testificaciones- que

los caquiavireños constituyen un grupo étnico sui generis, de cara a la modernidad que exige el paso al siguiente siglo. Otra hipótesis lanzada tentativamente y que también en esta segunda parte de la investigación se contrasta con la realidad de los residentes en cuanto a sus afanes educativos, su fortalecimiento económico, su mayor exposición a los medios de comunicación, supone que a partir del aglutinamiento de actores sociales con fuerte sello étnico cultural (tales como partidos indianistas y kataristas, juntas vecinales, gremiales, comités cívicos, Asociación de Radialistas en lengua Aymara, grupos de estudios aymaras, como el propio Centro de los caquiavireños y otros centros de residentes), se va gestando una lucha hegemónica. Corroboramos esta suposición, con el surgimiento de movimientos sociales basados en la etnicidad y la cultura, que quieren afirmarse en la identidad de origen en los últimos años.

METODOLOGÍA

El presente trabajo, que tiene como uno de sus objetivos detectar las contradicciones y conflictos socio-culturales al interior de un centro de residentes aymaras: el CAC, es abordado con el método de la Historia Oral con uso intensivo de la grabadora en casete. Hemos tratado de aprehender las realidades sociales e históricas aceptando el riesgo de un margen acrecido de subjetividad (Zubillaga. 1985:72), pero con el propósito de incorporar el aspecto humano de la vida social, antes que sus posibles cuantificaciones.

Hemos querido dar también la palabra a los olvidados por la historia, aquellos que sólo resulta una cifra en las ecuaciones estadísticas, porque simplemente muy poco acceden al nivel de los documentos escritos o las referencias formalizadas de la publicidad (ídem). Esto significa que con nuestra metodología nos hemos desplazado hacia los sectores oprimidos, privilegiando el discurso original de sus protagonistas.

Fue justamente la Historia Oral la que nos permitió salirnos de los “marcos legales” y del instrumental “válido” con el que se hace una investigación “objetiva”: las encuestas. De este modo, con nuestra grabadora como fiel compañera ingresamos en la subjetividad de los hablantes para abordar la problemática en cuestión.

Hicimos un uso amplio de la grabadora, abordando una y otra vez a los miembros del CAC, sea en su vida cotidiana como en la fiesta. Aprovechamos nuestro vínculo de amistad y parentesco establecidos desde hace mucho con ellos. Pudimos detectar desconfianzas, suspicacias,

temor a la grabadora, negativas, etc., pero también encontramos en otras ocasiones, acogida, deseo de comunicar, colaboración y muchas veces desahogo a sentimientos reprimidos.

La Historia Oral nos sirvió primordialmente para la historización y periodización de las fases del CAC, desde 1946 hasta el presente. Luego entramos en la entrevista en profundidad, la observación participante y el manejo de los documentos del CAC, todo ello dentro de una metodología cualitativa, que nos permitió producir datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y también su conducta observable. Más que recoger los datos nos interesaba conocer su realidad y de este modo encarar el mundo del CAC.

En la investigación seguimos un diseño flexible e inductivo. Comenzamos los estudios con interrogantes sólo vagamente formuladas, sin pretensión de recoger datos para evaluar modelos o grandes teorías.

En todo momento hemos sido sensibles y cuidadosos en la relación, de tal modo de no causar efectos negativos con nuestra presencia, cuidando que no haya verticalidad. Creemos que se logró algo muy bueno: la investigadora se compenetró con los sujetos investigados, al punto que los miembros del CAC la nombraron Socia Honoraria de la institución. Luego de este nombramiento la relación fue mucho más fluida, notando que habíamos experimentado la realidad tal como ellos o ellas la experimentaban. Este fue un logro de la investigación. Al respecto caben las palabras de Herbert Blúmer:

“Tratar de aprehender el proceso interpretativo permaneciendo distanciado como un denominado observador objetivo y rechazando el rol de unidad actuante, equivale a arriesgarse

al peor tipo de subjetivismo: en el proceso de interpretación, es probable que el observador objetivo llene con sus propias conjeturas lo que le falta en la aprehensión del proceso tal como él se da en la experiencia de la unidad actuante que lo emplea" (Taylor, et. al.1987:20,21)

Estudiamos a los del CAC en el contexto de su existencia tanto cotidiana como sagrada y festiva. Recogimos entrevistas en profundidad casa por casa y entrevistando dos y hasta tres veces a la misma persona. Grupos escenarios y personas fueron captados por la investigadora en una perspectiva global. Es de hacer notar que se recogieron las mejores entrevistas en el espacio ritual de la fiesta, donde se pudo captar un estado anímico favorable, predispuesto a la comunicación, sin las inhibiciones propias del que se siente extraño y excluido en un contexto diferente. En la fiesta todos se sienten libres de enajenación, sin presiones, embarcados -como diría alguien- "en la borrachera ritual de la fiesta" que desata pasiones y saca a flote hondas frustraciones producto del choque cultural, en una sociedad donde se sufre la discriminación étnico-cultural. Así, conseguimos la mejor información, la más útil para nuestro análisis sociológico y la más reveladora de sus conflictos.

Lo que se hizo en la ciudad fue primeramente un estudio exploratorio a fin de delimitar nuestro universo de investigación y ubicar la unidad de análisis, el caso concreto.

El universo de investigación se constituyó de veinte personas, ocho de las cuales son entrevistadas en el pueblo de Caquiaviri y doce en la ciudad de La Paz. Todas ellas nacidas en Caquiaviri y sus comunidades. Visitamos las zonas de ubicación de los entrevistados, así estuvimos en Villa Huayna Potosí, Villa Pacajes en El Alto, para luego bajar

donde residen los migrantes más antiguos: El Tejar, La Portada, Tacagua, Tembladerani y Villa San Antonio.

Quisimos evitar la dispersión, y así nos detuvimos en el CAC, el cual se constituyó en nuestra unidad de análisis (las doce personas entrevistadas en la ciudad son socias del CAC). Aquí se empezó con la entrevista en profundidad, utilizando como instrumento una guía de entrevistas previamente elaborada, muy flexible, y con preguntas abiertas de tal manera que se acomodaran a la situación.

La investigación se la ha realizado desde el año 1985 y en varias etapas. Fueron, sobre todo, imponderables económicos y de tiempo los que imposibilitaron una continuidad en la investigación. Participamos en varias actividades públicas del CAC como actos de posesión, entregas de premios, reuniones ordinarias, etc., así como en actividades sociales a nivel familiar y algunos matrimonios. En este trajín con fuerte involucramiento en tanto investigadora, apartando o tratando de apartar nuestras propias perspectivas y predisposiciones que perjudicaran la relación, detectamos una división indio-vecino latente en la institución desde hacía ya 19 años, y que los miembros del CAC no querían aceptar abiertamente. Este conflicto, que saldrá a relucir y será analizado en la presente pesquisa es uno de los nudos del trabajo. El nivel de lo subjetivo en la investigadora tuvo márgenes catárticos, puesto que reconocimos parientes, retomamos nuestro pasado oculto y hallamos los hilos de nuestra memoria.

El método cualitativo de la observación participante y otros nos permitió conocer y conocerlos en lo personal, y experimentar lo que ellos sienten en el transcurrir de su existencia y su cotidianidad. Así nosotros mismos aprendimos a sentir junto con ellos,

a saber, lo que es el dolor, la belleza, la solidaridad, la fe, la alegría y las frustraciones, estados que se pasan por alto en una investigación cuantitativa: porque, ya habíamos dicho, cuando reducimos las palabras y actos de la gente a registros estadísticos, perdemos de vista el aspecto humano de la vida social. Encontramos. por tanto, en la metodología cualitativa el sentido humanista de la investigación.

Siempre en esta línea metodológica estuvimos cerca del mundo empírico. Como tal podríamos decir que logramos un estrecho ajuste entre los datos y lo que la gente realmente hacía y decía. Produjimos datos descriptivos sin mayores intenciones teóricas.

Observamos a la gente en su vida cotidiana, revisando los documentos que habían producido y venían produciendo desde el año 1946. Así, obtuvimos conocimiento directo de la vida social, sin preconceptos ni teorías operacionalizadas. Queremos decir que de ninguna manera esto significó despreocupación por la precisión de nuestros datos o desprecio por la teoría, ya que un estudio cualitativo tampoco es un análisis impresionista o informal. Pero es necesario señalar que, si queremos estudios validos de realidad social de los grupos “sin palabra”, no se puede lograr una confiabilidad total ya que las evaluaciones cualitativas están sujetas siempre a los errores del juicio humano (La Pierre. citado en 5S.J. Taylor, et. al., 1987:22)

I PARTE

DE LA MIGRACIÓN AL CENTRO DE ACCIÓN CULTURAL “CAQUIAVIRI” (CAC)

CAPÍTULO 1.

ESTRUCTURA TERRITORIAL Y SOCIAL DE CAQUIAVIRI

1) Caquiaviri: Vecinos y comunarios

Caquiaviri es una antigua población aymara, actualmente capital de la Segunda Sección de la Provincia Pacajes. Su jurisdicción abarca cuatro cantones, veintidós comunidades y un menor número de ex haciendas. Según el censo de 1976 (A tiempo de la primera edición de esta investigación aún no existían datos de los últimos censos 1992, 2001 y 2012 para Caquiaviri.¹⁴ VI-92. De la misma manera, a pesar de existir la Encuesta Nacional de Población /88, no encontramos datos desagregados para esta población) ascendía a 348 personas en el pueblo de vecinos y a 3.190 en las comunidades y ex haciendas. A la fecha, esos datos se han actualizado de la siguiente manera, según datos oficiales del Instituto Nacional de Estadísticas INE):

Año	Habitantes (localidad)	Habitantes (municipio)
1992	192	10.036
2001	388	11.901
2012	497	14.687

A través de estos datos actualizados, nótese dos fenómenos típicos de la relación urbano-rural. El primero el de la migración campo-ciudad, que de 1976 a 1992 supuso una merma en la cantidad de habitantes de la población de vecinos, mientras en los comunitarios mantenían un crecimiento lógico. Y segundo, cómo a partir del censo del 2001 esto se va a equilibrando precisamente debido a la iniciativa de los residentes caquiavireños en La Paz de hacerse censar en su población de origen, como ni más ni menos ocurre en otros municipios del altiplano a fin de no perder regalías del Estado.

Ahora bien, el pueblo está ubicado en una serranía a más de 3.800 m.s.n.m y protegido por una cadena de montañas se asienta la milenaria marka aymara de Caquiaviri (Ajawiri marka en aymara), heredera del reino Pakajaqi, uno de los grupos más rebeldes que se negaron a ser sometidos por el Inca Mayta Capac. A más del Mirikiri, explanada prominente que cubre una extensa faja del camino, cercana al pueblo, encontramos ubicuo desde cualquier punto de la población, al Way Wasi (cerro del Calvario), majestuoso guardián de la iglesia y de todo el villorrio. Esta destacada altura rojiza contrasta con el verdor de pinos y k'iswaras plantadas en la plazuela Melchor León de la Barra.

De acuerdo a investigaciones del INAR (Instituto Nacional de Arqueología), detrás de dicho cerro se han hallado restos de la cultura Mollo. Aún falta mucho por descubrir en toda la región de Pacajes, sabemos por ejemplo que en las comunidades de Caquiaviri existen Chullpas que corresponden a etapas anteriores a Tiahuanacu y, últimamente, arqueólogos fineses encontraron cerámica y objetos valiosos en el cerro de Sisuk'a y en la comunidad de Ejra. La exigua población india y mestiza del pueblo se precia de tener en su plaza principal una

iglesia colonial del año 1566, declarada monumento nacional el año 1945. En medio de altares recubiertos de plata cuelgan valiosas pinturas del siglo XVIII.

Por su parte, Caquiaviri tiene en su haber la construcción de una escuela indígena, el Utama, que data de 1933 y que se originó gracias a la labor del maestro indigenista Alfredo Guillén Pinto y su esposa Natty Peñaranda. En ella se formaron la mayoría de los residentes que actualmente viven en La Paz. También cuenta con un colegio secundario, el Nacional Mixto Caquiaviri, un pequeño hospital, una Casa de Gobierno, cancha de fútbol y un Instituto Agropecuario (Kalla Centro) fundado en la década del 80 y que se halla en la comunidad del mismo nombre ubicada a media hora del pueblo.

Población Caquiavireña

Provincia, cantón y centros poblados	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Hogares	Viviendas particulares ocupadas
Cantón Caquiaviri	3.538	1.660	1.878	993	960
Capital	348	167	181	133	132
Población dispersa Caquiaviri	3.190	1.493	1.687	860	848

Fuente: Elaboración personal en base al censo Nacional de Población y vivienda del año 1976 (De acuerdo al último censo de 1992, la población rural altiplánica ha disminuido, "principalmente a expensas del porcentaje de mujeres" (Informe Preliminar por departamentos).

A pesar de las tradicionales relaciones conflictivas vecino-comunario establecidas durante la colonia, por las cuales sobrevive una estructura de castas que subordina a los pobladores de las comunidades y elitiza a los vecinos, Caquiaviri es aún el punto de convergencia de casi todas las comunidades existentes.

Todos los domingos se realiza en el pueblo una feria a la que llegan los comunarios de Ejra, Antarani, Kasillunka, Llimpi, etcétera, para vender sus productos, al mismo tiempo que vehiculizan algunos trámites ante las autoridades del pueblo.

La estructura social de Caquiaviri ha cambiado mucho desde la revolución de 1952 y la subsiguiente Reforma Agraria. Antes vivían establecidos en el pueblo los vecinos principales, familias de “notables”: una casta cerrada y heredera de la ideología colonial. Tenían bien delimitadas sus fronteras de tal manera de no rozarse con los “indios” de las comunidades estableciendo relaciones de parentesco.

Actualmente, dichas familias se hallan trasladadas, en su mayoría, a la ciudad de La Paz, Santa Cruz y otras ciudades. Los comunarios en cambio, incursionaron en el pueblo llegando a ocupar cargos como el de Corregidor y otros. Aun así, la estructura de castas, por la cual los vecinos están en la punta de la pirámide y los “indios” abajo, se mantiene invariante, ya que los primeros, regidos en una ideología de status circunscrito al apellido y al origen, mantienen vivo el recuerdo de su antigua condición señorial, aún y muy a pesar del ascenso económico de los “indios”, a quienes no reconocen sus éxitos.

Las cuatro o cinco familias que viven hoy en el pueblo se dedican al comercio, una de ellas abastece de pan a la población, otras tejen lanas de vicuña, comercian con cerveza, estuco y sal (sobre todo los que forman la población flotante entre Caquiaviri y La Paz), y algunos ancianos aún conservan el arte la fabricación de sombreros.

(1)

2) Ex-haciendas y comunidades

Fueron la Revolución de 1952 y la Reforma Agraria de 1953 las que convirtieron a los campesinos en personas jurídicas con pleno derecho sobre sus tierras.

En las transformadas ex-haciendas los campesinos pasaron a ser propietarios de las parcelas que usufructuaban precariamente y, al liberarse de la servidumbre y el colonato, lograron controlar un mayor tiempo de trabajo y mayor producción, que antes engrosaban la economía de la hacienda (Albó, 1985:121). Algunas ex-haciendas pasaron a convertirse en neocomunidades con rango propio, pero otras, luego de la parcelación quedaron con el nombre de ex-haciendas ya en manos de los ex-colonos. Algunas propiedades medianas quedaron todavía reservadas para el antiguo patrón, como es el caso de una antigua propiedad que aún es conservada por el Gral. Críales, antiguo propietario de latifundios del lugar. Los ex-colonos aún recuerdan a sus patrones, no siempre con resentimiento -aunque el rencor es lo común-, sino algunos hasta con gratitud por haberlos orientado en la lucha por la vida y haber sido sus padrinos.

Entre los más importantes hacendados podemos mencionar a Castillo, Guamán, Críales, Zapata y Guillén. Los más agradecidos fueron los mayordomos, puesto que quedaron con las mejores tierras de la hacienda. En el caso de Caquiaviri citamos a Don José Manuel Suntura, heredero de prósperas tierras, que por tal motivo se ganó la animadversión de sus vecinos de la ex hacienda Ejra.

Si hablamos de extensión, diremos que la ex-hacienda más grande era Anta, gracias a los tramites de los residentes, sobre todo de Don Juan

Fernández, muy allegado a esta ex-hacienda por ser hijo de colonos del lugar. En Villa Anta, como en las demás ex-haciendas se produce quinua, cebada y cañahua.

En su mayoría los residentes actuales fueron comunarios que salieron en grandes cantidades por la presión demográfica sobre la tierra. Actualmente, ellos conservan sus tierras a cargo de sus familias con quienes producen “al partir”. En otros casos, cuando el cuidador no es familiar del residente, éste paga en dinero. Esta es una nueva forma de patronazgo, afirman algunos autores (Birbuet, 1986: 56).

3) Poder y articulación

Uno de los mecanismos que tiene mucho que ver con el manejo del poder social en el pueblo es el desempeño de cargos claves como el de Alcalde, Presidente de la Junta de Vecinos, Corregidor y Registro Civil. Estos cargos son generalmente desempeñados por “vecinos principales” o “notables del pueblo” (los últimos años cambió en algo esta situación, ingresando algunos comunarios como autoridades). De acuerdo al juicio de los demás, el hecho de ser nombrado en estos puestos sube el status.

La preocupación principal de los vecinos ha sido siempre cuidar que los cargos de autoridades sean reservados para ellos, impidiendo que ingresen en este círculo los de las comunidades, por ser “indios”. Celo muy bien justificado si tenemos en cuenta la ideología colonial tan arraigada. Así se expresaban: “acaso no habemos vecinos, por qué se tiene que nombrar a un comunario”, y en este sentido la lucha era a muerte hasta sacarlo del puesto al “atrevido comunario”.

Los vecinos en ejercicio de cargos de autoridad se hallan actualmente vinculados con el CAC en La Paz, prácticamente forman una red amigable de clientela -si vale el término- que trabaja de común acuerdo favoreciendo los intereses de dicho círculo cerrado, liberándolos de trabas e impuestos. Algo parecido sucede, según observamos con el gremio de los transportistas, que también forman un grupo de intereses bastante compacto regido bajo relaciones de clientelazgo.

En vista de un claro esquema bicultural misti-indio que rige en estos pequeños mundos señoriales y estratificados y que se expresan en forma patente en pueblos pequeños como Caquiaviri, donde el status y el poder de cada persona depende mucho de su condición de vecino o comunario (2) y también del juicio de los demás (porque entendemos que los individuos logran el poder del qué dirán), la diferenciación social es palpable, “indios” o de comunidad versus mistis o vecinos.

Esta estructura colonial, antes de la reforma agraria, estaba muy diferenciada y era aceptada hasta en sus elementos simbólicos como la vestimenta. Las vecinas usaban manta, en tanto a las comunarias no se les permitía que usaran este mismo atuendo, ellas debían usar el rebozo de la bayeta de la tierra. El control social era sumamente estricto, como veremos a lo largo de la presente investigación. Fue muy notoria tal situación en las grandes fiestas, como la del 17 de enero, en las que las parejas bailaban en la plaza mientras las comunarias lo hacían en sus contornos o calles adyacentes.

Dentro esta estructura de poder colonial en Caquiaviri ocupaban y ocupan actualmente un lugar de “principales” los Maldonado, Garay, Tarquino, Zabaleta, Álvarez, Salinas y Criales. Siempre trataron de mantener su posición privilegiada

acaparando cargos claves en la administración del pueblo, políticos o religiosos. de tal modo que de una forma u otra subordinaban a la población de las comunidades.

Los nombrados ocupan y son antiguos funcionarios del Registro Civil, Alcaldes, Presidentes de la Junta de Vecinos, cuidadores del templo, profesores y directores. Sus mujeres son “cholas decentes”, “no indias de campo”. Cuidan muy bien la casta conferida por el apellido, el origen o la profesión de la familia. De este modo se expresaba una señora de pollera, muy encumbrada y firme en su categoría estamental:

“Yo siempre digo, latifundistas, familia Criales, carajo!, casta de coroneles y curas soy, latifundista soy -digo-. No me callo. En esas elecciones de 1952, el Fulgencio Maldonado (connotado dirigente emenerrista), esos, sé decirle: “soy latifundista, ahora matenme, familia Criales -les digo-. Discuto, no me callo, que me voy a estar callando, yo no me callo” (3)

Vemos a todas luces en el testimonio anterior, la posición de casta que se esfuerza en mantener dicha señora. Lo consigue en su medio, y estos son los mecanismos: el apellido, el compadrazgo, la vestimenta, el uso de la “buena expresión” del castellano -según ella lo menciona-, etc. Ella y toda su familia tratan de mantener su status de vecina notable. Aun pasando por alto el poder económico y político ganado por ciertos dirigentes políticos con el triunfo de la Revolución del 52, como es el caso de don Fulgencio Maldonado, dirigente campesino que llegó a diputado por la provincia Pacajes esos años. Este privilegio señorial que ensoberbece a un grupo de personas de la población era reforzado, en aquel entonces, por las profesiones de casta (militar) y el poder religioso (sacerdote).

De la misma manera actúan Los Garay, quienes pretenden una autoridad por sobre los campesinos. En este caso su poder estamental es legitimado asimismo por el poder de clase, a través de su rentable ocupación de comerciante transportista cuidadosamente protegida por la cúpula de poder del pueblo y también del CAC.

Otro ejemplo de privilegio estamental observado en el pueblo se dio en una entrevista lograda con un transportista muy rico llamado Telésforo Mankachi enfrentado con la familia Garay. Este personaje que logró éxito económico en la ciudad de La Paz, se esforzaba en legitimarse entre los vecinos de Caquiaviri con su riqueza y su servicio al pueblo y a toda la provincia Pacajes, poniendo a disposición toda su flota de camiones y omnibuses. Decía que no podía lograrlo por su condición de ex comunario, haciéndose blanco más bien de la burla de los vecinos. Según él, en la ciudad no tenía tanto problema pues era muy bien reconocido y respetado, inclusive por el industrial cervecero don Max Fernández, de quien era uno de sus distribuidores.

A diferencia de este caso del ex-comunario y de muchos otros, los Garay fácilmente ocuparon cargos importantes por ser “notables” del pueblo (4). Su poder arrancaba del señorialismo del apellido, la pigmentación de la piel y su condición de vecino, opuesto al de comunario, además de su éxito económico reciente. Actualmente Mankachi está en una mejor posición económica que los Garay, pero aquél no puede convalidar su condición de Qhamiri (lit. ay. rico) con el status de vecino. Se lo impide la estructura de poder y de castas del pueblo, cuyos representantes hacen mofa de los afanes de Mankachi, hecho que recuerda la antigua relación patrón-colono.

Si retomamos el esquema bicultural vecino-comunario como parámetro para la conformación de una identidad, aunque muy precaria y en cierta medida como muestra o expresión de su endogamia de este grupo social de Caquiavireños, diremos que evidentemente hay preferencia a casarse con personas de su misma condición. La endogamia reproductora de los vínculos con el lugar de origen permite la retroalimentación de la identidad, por lo menos en la situación de casta que se presenta entre los que se sienten “vecinos principales” del pueblo (luego esta situación es trasladada al espacio de los residentes del CAC). Unidos por un privilegio estamental común, los Garay. Maldonado, Críales, Condorenas, Salinas y otros a pesar de la cercanía consanguínea, establecen relaciones en connubio, fortaleciendo de esta manera la clase y la casta.

“Aquí en Caquiaviri me he casado el 14 de septiembre de 1945. Me casé aquí y luego me fui a La Paz. A esas alturas yo me casé con una de mi laya. ¿Por qué?, bueno, en realidad quizás yo hubiera casádome con una señorita, con una gente de sociedad, pero en realidad yo no contaba con una educación completa, no tenía ni oficio ni beneficio. Entonces en qué situación quedaba. Todas esas cosas yo en esa edad había pensado, entonces yo he preferido buscarme una esposa de mi laya” (5).

El poder de esta casta rural pueblerina emana y se circunscribe en un símbolo histórico y sagrado muy particular: su templo colonial, declarado Monumento Nacional. Los caquiavireños se declaran fervientemente católicos, es parte de su “ser civilizado” y del orgullo de tener en su pueblo una iglesia y unos cuadros valiosísimos. El poder divino sacraliza su posición de élite y ésta devuelve con dones, con jerarquía y el prestigio que le reporta su templo colonial recientemente

restaurado gracias a las ayudas internacionales. Una inquietud permanente en todos ellos ha sido la remodelación y restauración del templo de Nuestra Señora de la Concepción, existiendo un Comité Pro restauración a la cabeza de don Juan Fernández. Demás esta decir que los bienes del templo nunca fueron escasos (6) y los curas que pasaron por ahí detentaron bienes juntamente con los vecinos y hacendados del lugar, es más, se emparentaron con alguna familia. Así el padre Castrillo tuvo un hijo en una vecina principal apellidada Suñagua, el Presbítero Casimiro Crespo poseyó tierras legitimadas por la elite caquiavireña. La Junta de Vecinos se reservó siempre la primacía de elegir a sus propios padres y siempre eran preferidos aquellos que hablaran bien el aymara.

CAPÍTULO II

EL CENTRO DE ACCION CULTURAL “CAQUIAVIRI” (CAC)

1) La Institución

Una institución es una configuración o combinación de pautas de comportamiento compartidas por una colectividad y centradas en la satisfacción de alguna necesidad básica del grupo (Fichter, 1970:259). Tomando esta cita de Fichter diremos que el CAC es efectivamente una institución desde el punto de vista jurídico, ya que posee Estatutos, Personería Jurídica y otras normas que regulan el transcurrir de su vida. El molde según el cual ha sido creado el CAC es de factura occidental, al estilo de las sociedades de beneficencia y, propiamente, como lo dice uno de sus miembros, copiando a la Sociedad de Beneficencia del Perú, que es de antigua data en la ciudad de La Paz.

A su vez, una institución es parte de una cultura, un sector estandarizado de la vida de un pueblo (ibíd.). En este sentido -y aquí radica la originalidad de esta institución de residentes- se añade algo muy peculiar, y es que ésta se halla conformada por personas provenientes de una cultura ancestral asentada en el reino Pacaje, heredera de formas propias de organización, leyes, prácticas, símbolos, y que después tuvo que convivir, sea asimilada, sea en contradicción con una cultura venida de occidente: la cultura española. Esta trajo su propia lógica de lo que son las instituciones y la organización.

Resumiendo, diremos que si bien el CAC no escapa a las reglas de lo que significa una institución en la cultura occidental de sello greco-romano y

judeo-cristiano, tiene rasgos propios dados por el componente indígena de sello aymara que se agrupa a su alrededor.

Con estas breves consideraciones y en esta perspectiva abordamos enseguida el estudio del CAC en un lapso de 45 años de vida, desde su fundación en 1946 hasta 1991 inclusive. Su larga historia transcurre en tres fases: Una primera que denota una ligazón con las estructuras hacendarias y el enganche con la ciudad a través del fútbol. Una segunda fase de coexistencia y trabajo tesonero aún y a pesar de la politización de la institución. Y una tercera, marcada por el surgimiento del conflicto interno producto de la ideología colonialista. Pasamos, pues, a describir las tres etapas de la vida del CAC.

2) Fases de su Historia

2.1. Primera Fase: Fundación del CAC y pervivencia del vínculo con la hacienda (1945-1952)

Dentro de una concepción heredada de la colonia y posteriormente de la tradición sindical, a la vez subsidiaria de las instituciones al estilo occidental, nace el Club Deportivo San Antonio Amuytha. Esta última palabra aymara trae reminiscencias de una supuesta ideología venida o traída del lugar de origen, Caquiaviri, donde ya existía una especie de asociación campesina denominada “Sociedad Campesina Ajjawiri Jjake Amuytha”, lo cual nos hace pensar en lo imbricada que se halla la cultura andina dentro de modelos foráneos que dominan la sociedad en su conjunto. Así nace en germen la institución, articulada a un sistema con características de raigambre europea, que hoy por hoy engrosa ese contingente de residentes, nuevos actores sociales en el escenario ciudadano destinados

a cumplir su rol intermediador entre la tierra de origen y la ciudad.

En el año 1946 se funda el Centro de Acción Cultural "Caquiaviri" (CAC), institución de migrantes aymaras que arrastran consigo una tradición organizativa de larga data, como patrimonio de la comunidad andina y que será readecuado con aportes nuevos traslucidos a lo largo de la vida la institución.

Sus estatutos pueden ir adentrándonos en la ideología que marca sus pasos como institución.

"El Centro de Acción Cultural "Caquiaviri" se funda en la ciudad de La Paz (Bolivia), el 1ro. de Mayo de 1946, bajo la denominación de "ACCIÓN CULTURAL CAQUIAVIRI", que agrupa en su seno a los residentes de Caquiaviri en La Paz, debiendo estar de acuerdo y en íntima relación con la Junta de Vecinos del cantón" (7)

Los estatutos que son un reflejo de la normatividad imitada, como habíamos mencionado anteriormente, marcan en lo histórico el inicio de una larga trayectoria de éxitos y fracasos, así como de cristalización de identidades.

Antes es preciso decir que, durante estos años, el CAC parece reflejar en pequeño lo que sucedía en el país previo a la dictación del Decreto de Reforma Agraria. La estructura de la hacienda se mantenía incuestionada y los patrones tenían aún el poder en sus manos. Tal situación impedía que los residentes, unidos aún a una estructura de dominación, rompieran con los terratenientes porque tenían un trato circunspecto. Tampoco se alude a una identidad aymara que veremos posteriormente aflorar con la división del CAC y con el despertar de antiguos resentimientos vecino-comunarios. Es más, este año de 1946 ellos buscan legitimarse

y legitimizar el Centro estableciendo solidaridades verticales (Saignes, 1985: 319) con los hacendados, halagándolos con el Título de Socios Honorarios.

Conocidos latifundistas ligados a la provincia Pacajes son nombrados socios honorarios del CAC. A la cabeza del Gral. Críales, con una clara predominancia de esta familia en las listas de Socios, al igual que Flavio Machicado, conocido propietario de tierras y canteras de Comanche (lugar donde crece la Puya Raimondi). Figuran en la lista de 22 “socios honorarios”: Juan Críales, Enrique Críales y en segundo plano Zenón Echeverría, Mayor Emilio Guzmán (represor de la sublevación de 1947 en Caquiaviri), dueño de la hacienda Ejra; luego vienen Sr. Rafael Oviedo, Sr. Luis Nardín Rivas, Sr. Carlos Belmonte, Sr. Benigno Gutiérrez, Sr. Julio Centellas, Presbítero Casimiro Crespo. Sr. Carlos Ergueta, Sres. Alfredo y Nestor Castillo, el Gral. Néstor Guillén. Continúan la lista Dña. María vda. de Zapata, luego el Sr. Benjamín Machicado y el Dr. Félix Eguino Zaballa (diputado por la provincia Pacajes). Todos ellos ligados a tierras y puestos de poder en el pueblo y en el gobierno.

Omitimos muchos nombres para no alargar, bástenos con los presentados que son ya un indicador de la estructura de poder hacendario por esos años.

Así pues, trabajando conjuntamente en una articulación de solidaridades verticales y horizontales (ibíd.), donde no era extraña la presencia masiva de comunarios, se conforma este CAC, primero legitimado por los patrones y aceptando la paternidad de éstos, en una sutil y velada reproducción de la hegemonía vecina frente a la comunaria: sin conflicto abierto y, al contrario, mostrando las buenas relaciones que mantenían hacendados y ex vecinos notables de Caquiaviri,

con un solapado rencor de parte de algunos ex comunarios.

Así, los residentes caquiavireños coexistirán en este periodo (1945-1952) agrupados en el CAC, sin conflicto abierto, unidos todos alrededor “de un equipo de fútbol”, hecho que no por su intención declarada de unificación y olvido de diferencias antiguas dejará de traslucir una sutil y embrionaria reproducción de la cadena de discriminación colonial, que más tarde estallará en forma violenta provocando la división de este centro en dos sectores.

Esta legitimación y aceptación “incuestionada” de los patrones y la estructura hacendaria se reflejan claramente en el siguiente testimonio:

“El que nos manejaba hermano, el que nos manejaba, era el Gral. Críales, si no es el Gral. Críales tampoco no aprobábamos en su periodo (1946-1952), ese si nos ha ayudado. Neto caquiavireño, no hacíamos nada sin su ayuda, porque entonces él era comandante de la región militar No. 1 Entonces con el Presidente de la República Mamerto Urriolagoitia hablaba como ahora estoy hablando con usted. Era militar. Entraba cualquier rato al palacio de gobierno” (8).

Por otro lado, podemos ver el Gral. Críales era la persona símbolo proveniente del sector criollo-mestizo de Caquiaviri, heredero del último Cacique de la región, como se reputaban. Sus relaciones con don Fulgencio Maldonado, conspicuo dirigente emenerrista en el periodo revolucionario y con don Gabino Apaza, parecen ser muy ambiguas, porque relatan los susodichos. Si bien Críales era muy bueno, cuando se enojaba los ponía al plantón junto con los soldados del cuartel. Así estos dirigentes se muestran en principio como amigos del Gral.

y luego, en plena reforma agraria, adversarios recalcitrantes.

En cuanto al CAC naciente, en aquella época pre 52, se muestran pragmáticos y sumamente utilitarios con la ideología que regía en el gobierno, que era burocrática y verticalista. Era el mismo su comportamiento con los partidos políticos con quienes no se identificaban sino hasta “sacarles” alguna “tajada”. Así extendían sus redes de reciprocidad hasta los canales del gobierno y las esferas de poder. Los estatutos así lo expresan en su artículo que dice:

“Art. 55.- El Diputado de la Provincia Pacajes, será de hecho Socio Honorario del Centro, servirá de vínculo ante las autoridades para conseguir los beneficios que requiere el pueblo y sus entidades. Asimismo, serán invitados socios honorarios, los patrones de fincas de la jurisdicción de Caquiaviri” (9)

La relación paternalista patrón-comunario aún no había sido rota los años anteriores a la Revolución y estos seguirían influyendo en las decisiones importantes de la institución. Era notable el poder de la casta rural identificada en militares, curas y abogados que todavía hacían sentir el peso de la dominación hacendaria. Prácticamente el CAC había nacido en 1946 bajo los auspicios y a la sombra de la oligarquía hacendaria, y un patrón: el Gral. Críales, recientemente fallecido el año de 1992.

2.1.1. El deporte como elemento nivelador

El enunciado estatutario anterior, reflejo de una ideología señorial en la que estaban sumergidos los caquiavireños el año 1946, era apenas la formulación de una aspiración asociativa. Los pormenores se muestran más sugestivos.

El Centro de Residentes nace y se une, como ya lo habíamos mencionado, alrededor de un equipo de fútbol afiliado a la Liga de Deportes “El Tejar”. Es el deporte y sobre todo, un “crack” pueblerino, ex vecino principal del pueblo que alcanzó fama en la ciudad: Don Natalio Garay, el que los aglutina. A partir de entonces es este deporte el nervio motor de todas sus actividades. Desde 1948 el CAC no dejará de participar ni un solo momento, y el delegado ante la Liga “El Tejar” será un puesto clave a la vez que nudo de fricciones étnicas y también económicas por el manejo un tanto independiente de sus fondos. Al respecto, nos dice Juan Fernández acerca de este primer CAC:

“...evidentemente, habíamos hecho un grupo de jóvenes entonces, el año 1946... y el lro. de mayo hemos puesto a la cabeza de esta institución al Sr. Natalio Garay, como él era uno de los deportistas profesionales” (10)

En una especie de legitimación de sus afanes deportivos y de aglutinamiento compensatorio de su desarraigo frente a la soledad en la que se encontraban, luego de su llegada a La Paz, los residentes de Caquiaviri, en su mayoría varones, deciden organizar su equipo de fútbol.

A un principio, como ellos mismos lo manifiestan, eran un grupo de “walaychos” que llenaban su tiempo pateando t’ejetas (pelota de trapos viejos) por las calles, encontrándose muy dispersos en el escenario paceño. Su situación de pobreza los empujaba hacia empleos de baja rentabilidad y más inestables, como artesanos, en los servicios, etcétera.

Los cambios políticos operados en esos años de la Revolución no resuelven su problema de empleo y ellos, como estrategia de sobrevivencia

continuamente retornan a sus pueblos para compensar en algo su estrechez de recursos.

La revolución de 1952 había operado en sentido contrario a sus intereses, haciendo de ellos, un contingente de masa “campesina” proletarizada, en los más bajos escalones de la sociedad paceña y que pugnaba por una dádiva o un cupo, o cualquier prebenda del gobierno emenerrista.

Sus afanes de esparcimiento y su orgullo regional se ven plenamente compensados cuando se enteran que un caquiavireño juega por un equipo importante de fútbol (Club Ferroviario) de la primera división y en el stadium Hernando Siles (hoy La Paz). No tardan en ubicarlo y congregarse a su alrededor llevados por el gran prestigio que desde un principio tuvo el fútbol entre los migrantes. Don Natalio Garay se convierte entonces en el ídolo de los caquiavireños.

Aprovechando esta coyuntura, algún tiempo después don Natalio Garay funda el CAC. Según relata él mismo, el CAC lo fundo a imitación de la Sociedad de Beneficencia Peruana, institución que funcionaba en la ciudad de La Paz. Conjuntamente con aquellos que en sus tiempos habían formado el “Jakke Amuytha” de Caquiaviri, más otros nuevos elementos.

Rememorando este pasaje histórico nos relata don Natalio Garay:

“El Centro de Acción Cultural Caquiaviri se ha fundado en La Paz, en la Entre Ríos. Entonces esto era un pastizal, un bofedal. Entonces ahí se habían juntado estos nombres que hasta ahora me suenan: Don Fernando Ticona, que vive e Hipólito Espejo. Luego se habían juntado entre ellos, entonces habían dicho: “Fundaremos un equipo de fútbol”. Luego habían pensado en mi nombre. Yo era un joven profesional hasta ese momento. Pensaron en mi nombre. Yo estuve

jugando en el Ferroviario. Entonces pensé en hacer un equipo de futbol allí (en La Paz), también con el nombre de Amuyt'a, muy poco ha permanecido ese nombre y ya el tiempo ha pasado. Yo pensé y dije: "Bueno, habría que hacer el Centro de Acción Cultural Caquiaviri. Bueno -yo dije- "Y ahora qué nombre le vamos a poner... bueno". Lo corregimos esto con Juan Fernández, con toda esa patota, qué nombre le vamos a poner. Como yo era medio peruanito, ja, ja, ja, como me he ido al Perú un tiempo a jugar futbol. Así, así, pensando en la beneficencia, de ahí se ha venido el Centro de Acción Cultural Caquiaviri Y sus fundadores: Gerónimo Conde (El Sejtití), Juan Fernández (El T'ojo), Fernando Ticona, Néstor Zabaleta, el quien habla, Nicolás Gutiérrez" (11)

Sin duda es el futbol el deporte que logra integrar a todo este elemento migrante con ansías de organizarse. Y al parecer sucede con otros grupos de residentes. En este sentido, el futbol no sólo parece ser símbolo nivelador de desigualdades ni tan sólo espacio de esparcimiento. Hurtado indica que el deporte del futbol entre los residentes guarda un cariz reivindicativo, busca en último análisis, objetivos sociales y políticos.

Si nos remontamos a la historia de Caquiaviri, sabemos, por ejemplo, que, en el pueblo de vecinos, en tiempos del núcleo Utama, se jugaban en la pampa partidos intercomunidades. Se sabe que ya en el año 1933, el futbol despierta en los jóvenes un gran interés a pesar de la carencia de infraestructura. Encontramos entre sus documentos un Pliego de Peticiones de la Junta de Vecinos y Campesina de Caquiaviri al señor Prefecto de La Paz. Un documento sin fecha pero que muy probablemente corresponda al periodo 1950-1951. Expresa lo siguiente respecto al deporte:

“Desde 1933 más o menos, año en que fue fundado el núcleo Utama por el malogrado educacionista Alfredo Guillén Pinto con José C. Suarez, venciendo gran oposición, comenzó el año 1934 el trabajo de un stadium en el que debía establecerse todos los juegos, incluso una piscina. Este maestro, colaborado por los corregidores Condorena y Emilio Maldonado, también el exdirector Sr. Ibáñez, apenas ha podido abrir un campo en el que se juega actualmente un match de foot-ball. Como verá el señor Prefecto falta mucho por trabajar para llamarse stadium, con todo la Junta no desmaya y tiene esperanzas de verlo terminado, contando por supuesto con ayuda y protección del señor Prefecto” (12)

De este modo, siguiendo este eje estructurador de la organización que nace al calor de un crac y de un equipo de futbol, tenemos como entronque histórico, la tradición organizativa propia de los aymaras expresada en la Sociedad Campesina “Ajjawiri Jjake Amuyt’a”, ésta a su vez ligada a los orígenes de la marca de Caquiaviri, cuyo núcleo actual está simbolizado por el Utama, como irradiador de ideología. Luego el Amuyt’a citadino como un desprendimiento del núcleo, para con el tiempo transformarse en el Club San Antonio de Caquiaviri, hasta cristalizarse en el CAC, con aportes andinos y foráneos.

Así, en sucesivas transformaciones va perfilándose la presencia de nuevos actores sociales en el escenario paceño, los residentes, entre ellos los de Caquiaviri, que con su aporte van delineando una otra base social en la sede de gobierno.

El fútbol se convierte de este modo en el pretexto de sus actividades y el enganche entre el campo y la ciudad, en tanto que la Fiesta patronal significará para ellos el retorno a sus orígenes.

Como en todo devenir histórico-social se presentan reflujo e influjos, en la vida del CAC como institución, muy pronto se habrá de manifestar la ideología colonialista, conservada latente en las jerarquías del CAC, expresando las discriminaciones étnicas antiguas entre ex vecinos y ex comunarios.

Resumiendo, en toda esta primera fase del CAC se observa ausencia de un deseo de romper con la hacienda, ni tampoco encuentra conflicto abierto, pero sí, sutil hegemonía vecina. En cambio, en la segunda fase, que describiremos a continuación, los residentes se verán obligados a tomar una posición con respecto a los patrones y a la presencia comunaria, cada vez más “envalentonada” en el seno de la institución. En este espacio de tiempo media la coexistencia pacífica entre ex comunarios y ex vecinos. Es también una etapa muy convulsionada y politizada por la presencia de los emenerristas caquiavireños en CAC, fundado, según sus estatutos, como apolítico.

2.2. Segunda Fase (1952-1969) Coexistencia y posterior división vecinos-comunarios

El status de los residentes de Caquiaviri en La Paz, en cierta medida, no es sino una de las formas cristalizadas de las relaciones biculturales traídas de su lugar de origen. Ocupan pues, una posición acorde con su historia anterior, según hayan sido vecinos o comunarios. Tienen su referente inmediato en las estructuras coloniales vigentes hasta hoy, donde la comunidad era el espacio de los “indios” y el pueblo, el de los mistis o q’ara (pelado, desnudo). Tal relación implicaba jerarquizaciones para el nombramiento de cargos, así, un comunario jamás podía llegar a ser Corregidor o alcalde ni siquiera Registro Civil. Lo expresa así don Luis Patty, ferviente defensor de la Revolución del 52:

“...hay veces parece que algunos de nuestros vecinos anteriormente mucho discriminaban al sector campesino. Claro, yo he visto con mis propios ojos allá... Yo voy a decir con toda sinceridad, señora, porque en Caquiaviri los vecinos no permitían que ocupen ningún puesto de autoridad a los Comunarios, a los campesinos. No permitían antes. Por eso, llegado la revolución lo llevamos de aquí como primer Corregidor al Señor Juan Fernández porque era ex comunario, fabril, y el CAC ha tramitado para que le den una licencia de un año” (13)

Actualmente el que relata esta historia es jubilado del Banco Agrícola, vive en la zona de Tembladerani. Como referencia podemos indicar que ocupó la presidencia del CAC desde abril de 1953 hasta el año 1964, durante la coexistencia pacífica de la institución. Estos últimos (1990) años su hijo fue llevado a la presidencia.

Si bien en esta segunda etapa de la vida del CAC la estructura de la hacienda sigue siendo liquidada por la reforma agraria, se trata de mantener en posición hegemónica a hacendados y vecinos mediante una lucha todavía encubierta a las viejas y las nuevas estructuras de poder. Se reproducen subrepticamente en el CAC las relaciones que existían en el campo. Por otro lado, algunos residentes tratan de constituirse en paladines de esta lucha y como lo veremos en el inciso dedicado a los residentes y al MNR. El rompimiento con los patrones de fincas resulta cada vez más difícil pero necesario. Así el CAC, que en su comienzo se había mantenido fiel a la oligarquía hacendada, llegada la reforma agraria, acusan a esta de “opresores de la raza indígena”, tomando una posición política frente a esta gran transformación.

A partir de entonces y dado el prebendalismo fomentado por el MNR, los caquiavireños optaran

por apoyar a cualquier gobierno, con tal de conseguir algo para su pueblo. A pesar de éstas y otras contradicciones entre los propios miembros del CAC y en el seno de la institución que posibilitará conquistas como el logro de la capitalidad (esos años Caquiaviri es reconocida como capital de la segunda sección de la provincia Pacajes) y la construcción de un colegio.

2.2.1. Los residentes de Caquiaviri y el MNR

El periodo 1952-1963 de gran actividad política entre los del CAC. Es el periodo de la formación de comandos campesinos armados, centrales agrarias y sindicatos campesinos en las comunidades de Caquiaviri, sobre todo a partir del surgimiento de un dirigente campesino: Don Fulgencio Maldonado Torres, quien juntamente con Eusebio Tinini y otros introdujeron la política al CAC.

EL MNR caló muy hondo en Caquiaviri, sobre todo entre los campesinos que se sintieron en posesión de sus tierras y tuvieron una participación decisiva en los acontecimientos del 9 de abril. Desde la ciudad de La Paz se desplegaron los militantes del MNR. Los partidos políticos de izquierda, la COB y el Ministerio de Asuntos Campesinos. “Recorrieron el campo difundiendo entre los trabajadores rurales el mensaje de la revolución” (Sandoval. et. al., 1078:20)

El año 1955 el presidente Víctor Paz Estensoro firma el decreto de Reforma Agraria que da al traste con la hacienda. Con este decreto se liberaba a los campesinos de la servidumbre y, además, se distribuían las “propiedades de los patrones” entre la masa campesina (ídem.). En Caquiaviri sucedía lo propio, a pesar de que mucho antes ya, algunos hacendados se habían desligado de

sus propiedades, aún antes de la reforma agraria. Jugándolas en diversiones y borracheras, teniendo que entregarlas como “prenda” a gente que no “era precisamente campesina (En el caso de unas haciendas de Caquiaviri a nombre de la familia Críales que son entregadas al Presbítero Casimiro Crespo, quien queda ya como dueño el año 1935) (14)

El año 1957, los comandos campesinos se hallaban en una eufórica actividad política, con el Control Político en sus manos y otros poderes. Manejaban el sistema de cupos, para repartir los artículos de primera necesidad. Fulgencio Maldonado, Gabino Apaza y Eusebio Tinini de Caquiaviri eran los dirigentes campesinos más connotados como habíamos mencionado anteriormente. De la misma manera actuaron durante el periodo de la Estabilización Monetaria, es decir durante el primer periodo emenerristas del Dr. Hernán Siles Suazo.

Como tuvimos oportunidad de apreciar a través de los documentos, los caquiavireños eran fieles seguidores al MNR, tanto los residentes en La Paz, como los vecinos del pueblo, y todo por influencia de Fulgencio Maldonado y otros. “Por él entró la política al centro” dirán ellos. En incontables oportunidades invitaron al jefe del MNR Dr. Víctor Paz a llegar a Caquiaviri, sin éxito, a pesar de ello siguieron algunas condecoraciones y halagos de parte de los miembros del CAC.

De la misma manera, en los años posteriores continuaron como clientes del MNR, apoyándolos en las elecciones.

“El pueblo de Caquiaviri sea (sic) pronunciado en forma unánime en las elecciones del año pasado con 4.500 votos a favor de la lista del Dr. Hernán Siles Zuazo, y cero para la oposición” (15)

A pesar de todo este apoyo, por los documentos que tenemos a mano, vemos que se cometieron muchos abusos por parte de esos dirigentes rurales. Es así que las autoridades del pueblo, emenerristas entre ellos mismos, se quejan de sus correligionarios en la siguiente forma, transcrita de una carta enviada al presidente del CAC el año 1957, y que dice así textualmente:

Caquiaviri. 2 de julio de 1957

“Por mediante el presente ago (sic) notar los sucesos ocurridos con el compañero Gavino Apaza en esta población, quien autonombrándose como Secretario General de la Central Campesina, ya quiere manejar a plan de golpes de puño y puntapiés a los campesinos y a las autoridades de esta localidad, premero (sic) al Mallco Admenistrativo (sic) de la comunidad Collana, por haber reclamado la debolución (sic) de viveres y resollados (sic) que habian acotado para la recepción a su excelencia, que el ajitaba(sic) a los campesinos asiendo(sic) consentir que hade (sic) llegar su excelencia en nuestro pueblo..., lo molistaron (sic) a los campesinos, asiendo (sic) preparar arcos en mayor escala...el día 15 en la noche, igualmente abia (sic) atacado al Corregidor de esta vibando (sic) (leer, por haber vivado) al señor Juan Lichen (sic) que es del partido comunista, enclusive (sic) queriendo liquidar con su fusil por haber dicho abajo Lichen (sic)...

Por la revolución nacional

Manuel Alvarez” (16)

A pesar del abuso y la corrupción que había introducido el MNR entre los campesinos, de los que no se librarían ni siquiera los vecinos, ni aún los residentes, éstos eran fieles adeptos a este régimen, difundiendo la ideología del nacionalismo con la formación de comandos agrarios en el campo.

Luis Patty, presidente del CAC aquel entonces, nos cuenta que viajaba continuamente al campo y sobre todo al pueblo para alentar la formación de cuadros políticos pro MNR. Pero donde resulto más nefasta la intromisión del MNR fue en lo referente al enfrentamiento de los dirigentes emenerristas con las autoridades tradicionales. Vemos en la anterior cita cómo es atacado el Mallcu Administrativo de Collana, por haber reclamado la devolución de los víveres y desollados de cordero, supuestamente destinados a la recepción del entonces presidente Dr. Hernán Siles Zuazo.

El fervor provocado por el MNR entre las masas campesinas, llegó en algunos casos, al fanatismo, sentimiento fácil de explicar en este período revolucionario, por la ideología pro campesino que divulgaba aquellos años el encuentran algunos muy elocuentes sobre las denuncias que hacen llegar algunos campesinos al Centro de Residentes, quienes se presentan quejándose ante el Ministerio de Asuntos Campesinos, Vicente Álvarez Plata, en los siguientes términos:

“Últimamente hemos tenido denuncias de parte del Sindicato Agrario de Aypa Paruyo de fecha 28 de agosto y voto resolutivo respaldando al Dr. Hernán Siles Zuazo, en la que hacen cargo al ex dirigente Gabino Apaza y Sabino Apaza de los malos manejos de los productos durante dos años consecutivos, que los campesinos no han sido pagados por sus trabajos efectuados en todo su tiempo. El control que han llevado los campesinos...”

“Asimismo de las comunidades Chaco y Laura Mamanica han traído una cantidad de productos agrícolas y ganados, que esto debía haber consolidado en favor de las cooperativas agrícolas, pero los mencionados ex dirigentes, cometiendo toda clase de abusos, armados con

fusiles han trasladado ha (sic) la ciudad en el mes de noviembre de 1956 y todo lo mencionado anteriormente ha desaparecido de sus manos, sin rendir en absoluto razón y cuenta...”

Juan Fernández Eusebio Tinini (18)

Al parecer el CAC tuvo una activa participación política durante el gobierno del MNR, partición que derivó en malos manejos de cupos, dineros y atropellos físicos a mano armada. A pesar de todo podemos decir que hubo una toma de conciencia de parte del campesinado con respecto a sus derechos ciudadanos y al papel que jugaban los vecinos en esta situación, en el manipuleo de lo “indio” en el discurso oficial. Todo lo revertían a su favor. En esto los caquiavireños. Lo constatamos en este documento:

“Colaborando al gobierno del Dr. Hernán Siles Zuazo, para consolidar la estabilización monetaria, asimismo el Centro de Acción Cultural “Caquiaviri”, la Junta vecinal y campesinos, a (sic) lanzado un voto resolutivo apoyando al Plan de Estabilización y al Presidente “Siles... censurado a los extremistas (sic) de Gabino Apaza y Cia. por sus actividades contrarias al Dr. Siles...” (19)

Como se ve claramente en la anterior cita, los residentes de Caquiaviri, desde el comienzo del régimen emenerrista van a tratar de mantener buenas relaciones con estos, a fin que el gobierno atienda sus peticiones sin mayores problemas. Ya habíamos mencionado que los principales objetivos de los dirigentes del CAC estaban dirigidos al mejoramiento de la infraestructura urbanística del pueblo, como también atender a las necesidades de las comunidades. La creación de infraestructura escolar, construcción de la Casa de Gobierno, hospitales, apertura de carreteras, postas sanitarias

y el mantenimiento de la iglesia colonial de Nuestra Señora de la Concepción.

En este sentido era necesario que las relaciones CAC – Gobierno fueran muy fluidas.

Para la consecución de estas grandes motivaciones los caquiavireños nombraban socios honorarios, condecoraban y agasajaban a las autoridades en función de gobierno, en este caso del gobierno emenerrista.

2.2.2 El clientelismo como política práctica.

Ya desde el año 1953, los residentes del Centro de Acción Cultural Caquiaviri incursionaron fuertemente en la política del clientelismo que había implantado el MNR. Así la vida del CAC es marcada por tal fenómeno. Tenemos las Actas del periodo 1953-1954 para respaldar lo que venimos aseverando:

“Sin embargo ha habido otra moción por el presidente de la institución, quien dijo que se debe condecorar al compañero presidente Dr. Víctor Paz Estensoro con una medalla de oro y su respectiva faja, y así nos tomaría mayor atención, incluso difundiría por la radio y la prensa. A esta moción asido (sic) aprobado por unanimidad la sala” (20)

Pasados diez años, en una posición opuesta encontramos este documento:

“... que la ciudadanía y los pueblos estamos llamados para trabajar de acuerdo por la grandeza de nuestra patria, desterrando a los politiqueros que tanto daño han causado durante los doce años de gobierno del MNR” (21)

Y luego otro documento:

“Nuestras instituciones son ajenas al régimen caído del MNR, no hemos sido favorecidos a nuestras peticiones de cooperación” (22)

Guiados por esta práctica política y haciendo uso del discurso emenerrista van recordando al gobierno “la misión que tienen de acudir a los más necesitados”. Encontramos un documento dirigido a Don Vicente Álvarez Plata, ministro de Estado en el despacho de Asuntos Campesinos, que dice:

“El Centro de Acción Cultural “Caquiaviri” y la Central Campesina del mismo cantón, velando los grandes intereses de la región y de la patria misma como así fieles a la causa de la revolución nacional, y por la cultura y superación constante de nuestras grandes mayorías, nos permitimos molestar a su digno y patriótico atención (sic), para encarecerle se sirva usted elevar al Supremo el siguiente pliego de peticiones. Estamos compenetrados de que una de las primordiales funciones del gobierno de la Revolución Nacional, es atender la educación y con preferencia lo que concierne a las grandes mayorías (23)

Además del clientelismo desplegado en relación al MNR, se manifiesta claramente un juego con diferentes colores políticos -manera práctica de conseguir algo para el pueblo-.

El período 1964-1959 es la época en que los residentes manejan una ética pragmática que parece desconocer el juego utilizándola.

El año 1956 encontramos una carta dirigida al Dr. Ricardo Anaya, jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que en sus líneas principales expresa:

“Señor Dr. Ricardo Anaya, jefe del PIR:

En nombre del pueblo y del Centro de Acción

Cultural “Caquiaviri”, le hacemos llegar nuestra cordial invitación para entrega del moderno local del Colegio “Caquiaviri” ...para el mismo le habíamos nombrado PADRINO DE PUPITRES, a su digna jefatura del partido” (24)

El mismo año de 1966 los residentes invitan al Gral. Barrientos, haciendo extensiva la invitación al Gral. Ovando, jefe del Estado Mayor y “socio” de aquél en el golpe de 1964, para que ambos asistan a una proclamación multitudinaria en la población de Caquiaviri. En esta oportunidad los del CAC, a tiempo de agradecerle proclaman a Barrientos para la presidencia en las próximas elecciones.

Así expresa el documento:

“Gracias por su patriótica cooperación económica de su alta autoridad y del Sr. Ministro de Educación, Sr. Cnel. Hugo Banzer Suarez, sea (sic) concluido la construcción del colegio en forma satisfactoria. Por motivos de agradecimiento y la proclamación para la candidatura a la primera magistratura del país. En la que se va a llevar (sic) una gran concentración del pueblo y campesinado de la Provincia Pacajes...” (25)

Entre los años 1966 los residentes del CAC, conjuntamente con las autoridades del pueblo reciben la visita del presidente de la República, Gral. René Barrientos Ortuño y su comitiva. La pista de aterrizaje es preparada convenientemente y hay un gran revuelo con tal motivo. En esta oportunidad es Don Juan Fernández, quien, en su calidad de Presidente del CAC, se llevará los honores por recibir al Presidente y, al mismo tiempo, la suma de 3.000 bolivianos para la construcción del Colegio Mixto “Caquiaviri”. Cabe señalar que el Gral. Barrientos fue uno de los gobernantes que llevó “más ayuda” al pueblo de Caquiaviri, de ahí que lo recuerden permanentemente a través de sus discursos.

La utilización de todo recurso clientelístico es valedero cuando de conseguir algo para su pueblo se trata. Así es como piensan los caquiavireños. Y de común acuerdo CAC y autoridades del pueblo preparan comilonas, envían regalos, condecoran a los gobernantes. Un ejemplo de ello se expresa en el siguiente mensaje enviado por el Alcalde de Caquiaviri al Presidente del CAC.

“Respuesta a su atento oficio No 156 en la que nos comunica a respecto de la Prefectura, que están programando los trabajos para la Provincia Pacajes, luego te mandamos lo que nos has indicado, los cien huevos para el señor ingeniero de la Prefectura; a nombre de la Alcaldía de Caquiaviri entregue estos regalos para que tome mayor interez (sic) y voluntad para la obra de la Casa de Gobierno”. Manuel Tarqui. Alcalde” (26)

Luego del periodo del Gral. Barrientos que fue de indeclinable apoyo a las demandas campesinas, prestando pleno impulso a los programas de bienestar, a la educación rural y a los sindicatos campesinos, hecho que lo hizo popular en el campo después de Paz Estensoro (Klein, 1982: 299-300), los caquiavireños a través del CAC, continuaron con sus demandas, nombramientos y agasajos. En esta línea prebendalista que la habíamos calificado como una “cultura” práctica o pragmática de conseguir algo para su terruño, se afanan en nombrar Socios Honorarios del CAC, primero al flamante Presidente de la República Dr. Luis Adolfo Siles Salinas, y a los pocos meses al Gral. Alfredo Ovando Candia, quien había asumido la presidencia con un golpe militar. Ambos, a su turno envían una carta que en sus líneas principales dice lo siguiente:

“En nombre del Excelentísimo Presidente Constitucional de la República, Dr. Luis Adolfo Siles Salinas, agradezco la simpática designación

de que ha sido objeto, mediante su atenta nota de fecha 22 de los corrientes, haciendo votos por el pleno éxito de sus actividades”

Tcnel. Dem. Víctor Castillo Suárez

Jefe de la Casa Militar de S.E.” (27)

El Presidente Ovando Candia, en vista de haber sido congradulado por los del CAC, por su asunción a tan alto cargo, a través de su secretario privado envía la siguiente nota:

“Por encargo del Sr. Presidente de la Republica, Gral. Alfredo Ovando Candia, doy respuesta a su atenta carta de lro. de octubre del año en curso, expresándoles el agradecimiento de su Excelencia por la felicitación que se han permitido hacerle llegar. José Gallardo Lozada. Secretario Privado de S.E.” (28)

Contando a su favor el interés clientelista de unos y otros políticos, quienes para ganarse el voto ofrecían ayudas al campo, los del CAC revierten la situación a su favor, “sacando tajada” de esta debilidad propia de la política boliviana.

Unidos todos los del CAC en un clima de coexistencia pacífica, ex vecinos y ex comunarios ahora residentes en La Paz, y olvidados de anti discriminaciones y rencillas, emprenderán en este periodo tareas muy positivas en bien de su pueblo y comunidades, aun valiéndose de la política que por ellos había ingresado en el CAC.

Caracterizamos esta segunda fase de la vida del CAC como la de “los grandes logros históricos” en el decir de alguno de sus miembros. Fortalecidos en su economía gracias a un buen sistema de cuotas y a una bien llevada contabilidad, los caquiavireños emprenden sus históricas luchas por la capitalidad, la cantonalización de algunas de sus comunidades y al progreso urbanístico del pueblo.

2.2.3 Lucha por la capitalidad y otras conquistas

Una de las grandes preocupaciones de los residentes en general, sean éstos de Caquiaviri o de cualquier otra jurisdicción del altiplano, es el progreso urbano de su lugar de origen, cada vez quieren asemejarse más a una ciudad. Ya Albó se percata de este detalle cuando dice: “La función principal de los centros de residentes, no parece ser llenar el vacío social que siente el inmigrado en la ciudad y ayudarlo en su gradual integración en la ciudad, sino organizar mejor la forma de ayuda con el lugar de origen” (Albo. 1577:33). Otra preocupación se asocia a la cantonalización de sus comunidades y el ascenso de su pueblo al rango de capital de sección.

Sus luchas reivindicativas con el Estado se orientan hacia la región, de ahí que Sandoval haya considerado a este sector como “intermediario bidireccional” (Sandoval 1978: 107). Por otro lado, las peticiones al gobierno están dentro de lo que está en los límites del Estado. No sólo el CAC, sino también otros centros de residentes han seguido largos trámites hasta que su cantón suba al rango de capital de sección.

La consecución de estos “progresos” es el objetivo al que aspiran llegar los residentes de Caquiaviri, y para esto no escatiman ningún esfuerzo: agasajan a los diputados con grandes comilonas en el pueblo, los condecoran, los proclaman, y así entran en el juego del prebendalismo, nunca justificable, por cierto, pero en este caso “aceptable” por tratarse de un bien social que busca adelantos y desarrollo para su pueblo, y no de un mero individualismo.

De este modo, los dirigentes del CAC se abocarán a la lucha por la capitalidad de Caquiaviri. Estos objetivos los enredará en un sin número de trámites que durarán largos años, llegando inclusive hasta

una lucha regional con sus vecinos de Corocoro, donde el mismo dirigente obrero, don Juan Lechín, ejecutivo de la COB, como corocoreño se opondría al proyecto caquiavireño por considerarlo atentatorio al pueblo de su nacimiento. Los últimos trámites, que duraron desde 1957 son relatados con ribetes epopéyicos por don Juan Fernández, uno de sus protagonistas, en estos términos:

“Como ciudadano y caquiavireño que soy voy a relatar cómo sucedió este acontecimiento:

Era presidente Siles Suazo, entonces ya había Congreso...está en archivo. Cámara de Diputados. Hemos tenido pues que pedir que se eleve el proceso administrativo, ya ha bajado al Ministerio de Gobierno, que era antes. Ha metido al Congreso para las firmas. Ya se ha comenzado a considerar. Han llegado a saber los del Corocoro, se han movilizado en camionadas de mineros, tres camionadas, señora, entonces nosotros aquí hemos movilizado Caquiaviri propiamente. Como ya unidos erábamos, después Comanche, Jiwakuta, Antaquira, Kasillunka y otros cantones. Desde Achiri hemos movilizado. Nosotros componíamos más de 3.000 personas, hombres y mujeres, con mujeres campesinas cargadas de sus wawitas, lodo lleno, lleno, no alcanzaba el Palacio Legislativo para la barra de arriba, no dejábamos andar a los que estaban, eran corocoreños. Hablaban los diputados de Corocoro, Pacífico Monje. Verdad, no dejábamos hablar, señora, porque ellos hablaban en contra de Caquiaviri. Después un Chuquimia, era de Calacoto, a favor de Calacoto. Nosotros teníamos un diputado que representaba, era un cambia, don José Luis Jofre, él nos ha defendido. Cuando el José hablaba ¡uhhh!, una barra, aplausos cerraba era. Ha terminado la sesión, una vuelta por la plaza Murillo, y en hombros a Don José Luis Jofré. Así, tres veces hemos dado vuelta por la plaza.

Pero me recuerdo ahora, en esos tiempos, como hemos sido tan unido señora.

Ahora ya prácticamente estamos apagados, con la... actual no hay esas cosas, señora, ni tampoco con los de allá, ni tampoco con los de Comanche, Jiwakuta. Precisamente nos hemos hecho declarar Kasillunka y todos los cantones como nuevos cantones de Caquiaviri” (29)

En este punto se hace mención a la conducta típica de muchos dirigentes del CAC que, así como otros residentes y los aymaras en general, trajinaron por el Parlamento y los tribunales no por gusto, sino por un claro objetivo de bien social, como ser la lucha por sus tierras, escuelas o, en este caso, la capitalidad y la cantonalización. Pero también, hay búsqueda de prestigio en el trasfondo, y es que el manejo de papeles y el tinterillaje representan a los ojos de los residentes un símbolo de status. Blanca Muratorio percibe este detalle cuando se refiere a los aymaras campesinos, y dice: “el solo verse envueltos en un proceso judicial acarrea mucho prestigio” (Muratorio, 1977:126), Así, muchos de los caquiavireños dicense “gestores” de trámites y se autonombran “Tinterillos” como don José Álvarez, quien orgullosamente decía que sólo le faltaba el título de abogado y su cartón, ya que conocía todos los trámites judiciales, se sabía las leyes de memoria, y atendía a cabalidad los procesos administrativos.

2.2.4 Lucha por la educación

La educación es percibida por todos los grupos aymaras en conjunto, como de primordial importancia, ya que resulta uno de los resortes para un ascenso social. Y aunque hayamos observado que en incontables oportunidades el aymara culto haya renegado de su origen por deficiencias de la

educación formal que inferioriza las culturas nativas, no por ello dejará de aspirar y ver la educación como palanca para salir de su condición. De ahí que una de las luchas más constantes desde la fundación del CAC haya sido el logro de objetivos educativos para su pueblo y comunidades.

En este sentido, la coexistencia armónica de estos años permitirá a los del CAC en esta fase alcanzar logros muy importantes. Así, envueltos en trámites administrativos y deambulando por las oficinas burocráticas, los residentes de Caquiaviri demandarán también reivindicaciones de tipo educativo.

El año 1964-1966 los del CAC inician los trámites para la creación del Colegio Secundario de Caquiaviri.

Anteriormente bajo la iniciativa de dos destacados educacionistas: Don Heriberto Guillen Pinto y Doña Natty Peñaranda de Guillén Pinto, habían logrado la creación del núcleo indígenal Utama del que muchos de los residentes habían egresado. Posterior a esto los del CAC posibilitaron la construcción de un núcleo en el cantón Villa Anta. A pesar de una evidente visión pedagógica demostrada ya en sus luchas cacicales por la educación (Ver Boletín N°.1 THOA), los aymaras en general y los residentes caquiavireños en particular, no alcanzaran sino logros materiales, cristalizaciones -diríamos- de un ideal que ya mucho más allá de la simple creación de infraestructura de cursos y formalidades cara al Estado criollo. “una forma externa” (Sandoval et.al:1987,3).

Ayudados por autoridades del gobierno y enfrascados en dichos trámites, los del CAC a la cabeza de don Juan Fernández conseguirán el colegio que tanto anhelaban. En frase elocuente nos relata don Juan su propia vivencia y percepción de los acontecimientos:

“Yo he llevado a buen camino por l educación, yo he llevado educacionalmente he hecho núcleo escolar, después el colegio, hice declarar Colegio Mixto Antonio José de Sucre en Villa Anta” (30).

2.2.5. El papel de las radios aymaras

A fines de la década del 50 y a principios de la del 60, fueron las radios las que dieron acceso a los residentes para que estos expresaran sus inquietudes de diversa índole, sobre todo deportivas, culturales y sociales. Los caquiavireños casi siempre tuvieron las puertas abiertas en las radios con programas aymaras, y a través de éstas fueron perfilando su presencia en la ciudad, consolidando al mismo tiempo su identidad pacaña como grupo mayor de referencia caquiavireño.

Las oleadas migratorias habían aumentado estos años como consecuencia del impacto de la reforma agraria, apareciendo también nuevas radios con programas aymaras que dieron cobertura favorable a los caquiavireños. Aquel entonces nació radio Huayna Potosí en el campamento minero de Milluni, Excelsior, la radio de los trabajadores, Méndez, América en La Paz.

Fue a partir de la Radio Méndez que a mediados del año 1971 los aymara que se reunían semanalmente en el Festival Folclórico acordaron formalizar la creación del Centro Campesino Tupac Katari con fines sociales y culturales (Cárdenas, 1988: 523). Mencionamos esto último simplemente para mostrar el papel de las radios aymaras.

Eran sobre todo programas matinales y llamados “folklóricos”. En los documentos de los residentes caquiavireños encontramos las cartas dirigidas a los

directores de radios. Muchas veces a los directores y locutores radiales eran los invitados principales a los actos sociales y cívicos de la institución. Un documento del año 1969, dirigido al Sr. Fidel Huanca, locutor de Radio Méndez, dice así en sus partes salientes:

“El Directorio del Centro de Acción Cultural “Caquiaviri” tiene el agrado de hacerle llegar su cordial invitación al pueblo de Caquiaviri, con motivo del Primer Festival Folklorica (sic) que se llevará a cabo el próximo domingo 14 de los corrientes... es la que elevamos a su conocimiento para su difucion (sic) por intermedio de la emisora Mendez. Esperamos tanto la invitación y la solicitud de difucion(sic) será de su favorable acogida, hasta el día 14 de los corrientes” Juan Fernández / Edmundo Monterrey (31)

Las relaciones con el director de la antigua Radio América, hoy Nueva América, eran de lo más amistosas. La difusión de cualquiera de sus comunicados no les era negado a los caquiavireños. Para tal efecto son muy elocuentes los documentos de aquella época, donde se rescata la importancia de las radios como factor promocionador y reforzador de la identidad aymara.

Por ejemplo, el Sr. Luis “Salcedo Pizarroso. Director y Gerente de Radio América, tenía un espacio folklórico cada medio día y otro los sábados por la noche, donde daba amplia cobertura a los artistas nativos. Por las mañanas pasaba comunicados en aymara dando, sin proponérselo, un espaldarazo a los aymaras recién migrados, aunque a título de “folklore’. Para los caquiavireños era un espacio a su favor que, junto a otros como los que le brindaba radio Illimani, Méndez, Splendid, expresaba su presencia en la ciudad. Otro documento al respecto expresa:

“...en nombre del Centro de Acción Cultural “Caquiaviri” hacemos llegar nuestras cálidas felicitaciones, al Sr. Director Don Luis Salcedo Pizarroso y al personal de la radio América, la más popular de las emisoras del pueblo, con motivo de su nuevo aniversario de su fundación”
(32)

La amistad y el agradecimiento con el Sr. Pizarroso obligan a que los del CAC, ya el año 1957 lo nombraran Socio Honorario, Salcedo había accedido de buen agrado a que los del CAC pasaran por su radio un programa con motivo de la posesión de la Mesa Directiva para dicho periodo (19 de mayo). Los caquiavireños transmitieron todo su programa por espacio de 45 minutos a una hora, récord de tiempo y hecho por demás significativo para estos, dada su condición marginal en la ciudad de La Paz. Tal generosidad por parte de Salcedo le ganó el aprecio de aquéllos.

Estas relaciones con la ciudad y con las radios resultan muy elocuentes ya que nos van mostrando cómo los del CAC van ganando espacios paulatinamente, dando así expresión a sus inquietudes. Con los ojos del presente podemos afirmar que resultó muy acertado por parte de los comunicadores incluir programas en aymara en aquel entonces, dando como resultado la unificación de estos nuevos actores sociales, que encontraron a su vez un canal -el mejor- para dejarse sentir como grupo organizado.

Es justamente en una carta dirigida al Director de radio Méndez, donde don Juan Fernández, entonces presidente del CAC, revelará de palabra su identidad aymara.

“La institución a nuestro cargo nos permitimos señor Director, que en su programa dominical BOLIVIA FOLKLÓRICA, se dé paso en sus informaciones radiales que se escucha en

todos los confines de nuestra patria, los mismos sintonizan a la emisora RADIO MENDEZ, en especialmente (sic) en nuestro pueblo de Caquiaviri, Capital de la segunda sección de la provincia Pacajes, pueblo altiplánico (sic) y de aymaras, que actualmente está trabajando un moderno local... asimismo hacemos conocer señor Director en nuestro programa los conjuntos folklóricos son: KENA KENA, JACHA SICURIS, CHUQUELAS, PUSIPIAS, VACA TOKORIS, MIMULOS, CHUNCHOS, LAKITAS. AUQUI AUQUIS, INKAIKOS, KUSILLOS y otros..." (33)

Asimismo, se puede ver el aprecio que tenían los caquiavireños por los locutores aymarista en una invitación dirigida al Sr. Felipe Márquez, locutor en aymara de la radio Méndez. Y dice así:

"Por intermedio del presente nos complacemos (sic) en hacerle llegar nuestra invitación, para visitar a Caquiaviri, para la entrega del sistema de abastecimiento de Agua Potable en la capital Caquiaviri..."

"Para su mejor conocimiento adjuntamos el programa de actuación y la invitación oficial del comité, esperamos que esta invitación será de su favorable acogida, además le rogamos dar lectura en aymara (sic) en sus informaciones de la madrugada de cada mañana, invitándoles o invitamos por intermedio de su digna persona a los cantones Jiwakuta, Comanche, Nazacara, Villa Belén, Antaquira, Kasillunka, Vichaya, Achiri y a todas las comunidades campesinas de la Jurisdicción de la segunda sección de la provincia Pacajes". Juan Fernández (34)

Los del CAC no sólo valoraban los programas en aymara y quechua, sino también aquellos que se transmitían en castellano. Y tal vez aquí se vean sus afanes, consientes o inconscientes de asimilarse al medio, aun perdiendo uno de los símbolos más fuertes de su identidad aymara, la lengua.

Quizás nos adelantamos en la interpretación, pero pensamos que ésta es una forma solapada de congraciarse con el director de la radio (hacerle creer que también les interesan los programas en castellano) para lograr acceso a ese poderoso medio de comunicación. Analicemos esta carta de felicitación al director de la radio Méndez el año 1965, dice así:

“... esta invitación le encarecimos (sic) a usted señor Director sea difundida en su programa de aymara por las mañanas especialmente. Le felicitamos señor Director de Radio Méndez de sus programas en aymara como en español... además sus instrucciones para la agricultura, así como también para los ganados, son muy bien recibida (sic) en toda la jurisdicción de la provincia Pacajes, en especial en la zona de Caquiaviri” (35)

A lo largo de los años, la creación de nuevas radios con programas en aymara y aymaristas, como San Gabriel y Nacional irán fortaleciendo la identidad de estos grupos como el CAC, los cuales al ir alcanzando notoriedad se fortalecerán en su identidad cultural.

La segunda fase del CAC, como vemos, es rica en acciones, movilizaciones y luchas por sus intereses y los de Caquiaviri y, además, porque como resultado de todo esto, emerge su identidad aymara, se unifican y cumplen metas propuestas.

2.3. Tercera Fase (1969)

2.3.1. Surgimiento del conflicto interno en el CAC

En momentos en que los residentes a la cabeza de don Juan Fernández, habiendo cumplido muchas metas, (pero no la totalidad, el colegio y otros) y encontrándose sus obras en ejecución, entran en

conflicto de poderes por la dirección del Centro. El hecho sucede el año 1969. Nosotros le atribuimos a este conflicto un carácter étnico (misti-indio), producto de la mentalidad colonial existente.

Los hechos suceden así. Hasta mediados de 1969, cuando gobernaba brevemente el Dr. Luis Adolfo Siles Salinas y los residentes apenas salían de la euforia barrientista que había logrado aglutinar las conquistas para su pueblo, se desenvolvían éstos en una coexistencia pacífica, donde ex vecinos y ex comunarios en La Paz trataban de “integrarse en armonía”. Según nos relata don Juan Fernández, cada vez más se notaba un sordo y solapado resentimiento entre ellos, pero éste no se manifiesta abiertamente hasta que llega la etapa electoral en el CAC. En estos tiempos el CAC formaba un espíritu de cuerpo sólidamente organizado, donde campesinos y ex vecinos actuaban juntos cuando se trataba de pedir algo al gobierno. Sucede que el ascenso vertiginoso de don Juan Fernández, un ex comunario de Anta, provoca la suspicacia y el celo de los ex vecinos agrupados en el CAC, quienes no podrán soportar el atrevimiento de un rápido ascenso social, sacando a relucir con tal motivo antiguos odios, el testimonio lo dice:

“Por eso a mí me han odiado. “Ese indio de la comunidad” -me dijeron- Claro, yo soy indio de la comunidad, en cambio yo soy el fundador, yo y Don Natalio Garay hemos tramitado la Personería Jurídica del CAC. Ahora, después, las personas que han venido posteriormente así se comportan en el seno del centro. Hasta hemos tenido que pelear por fórmulas: “Papeleta verde, papeleta blanca”, así nomás nos califican los campesinos a los del centro” (36)

Si bien encontramos indicios del problema étnico latente en el CAC en los documentos del año 1958,

éstos irán reapareciendo con más fuerza en la década del 60, hasta provocar la división total el año 1970.

En el ínterin de estos años había ido decantándose divisionismo entre los residentes del CAC, pero éste, como dijimos: no se manifestaba hacia el exterior. Todo se reducía a largos palabreos ofensivos, pero muy diplomáticos. Una que otra carta de la institución y también de la Junta de Vecinos del cantón, en contra de los yernos “ajenos de Caquiaviri” que pretendían manejar a los oriundos, siendo de otras jurisdicciones. Se sentía -al decir de los entrevistados- un clima de animadversión y rechazo a ex comunarios como Juan Fernández y otros que iban excluyéndose de participar prefiriendo grupos deportivos o festivos entre los de su comunidad.

A fines de 1969 surgirá una aguda tensión étnica y de clase producto de conflictos acumulados largamente: malos manejos de dinero, ambiciones de liderazgo, polaridad bicultural. El CAC había logrado fortalecerse gracias a la unidad de sus miembros, a la vez que se había hecho cada vez más solvente en lo económico puesto que los socios, en lo personal habían logrado asentarse fructíferamente en algunos negocios de servicios y artesanales. Entre estos habían puestos de pollereras, vicuñeras, peluqueros y tejedores en general (los transportistas son más recientes, producto de los préstamos efectuados durante el régimen del Gral. Banzer). Como antecedente de la bipolaridad cultural de la que venimos hablando, es digno mostrar algunos testimonios que dan cuenta de la discriminación étnico-cultural como producto del colonialismo interno. Al respecto transcribimos la versión de un ex vecino ya fallecido y que fue uno de nuestros primeros entrevistados:

“Entonces, ese don Juan Fernández, después que primero que nosotros nomás se ha hecho nombrar Corregidor, ha hecho Corregidor en maña. Después que ha regresado ha sido ya Presidente. Entonces yo en ese año también tenía que ser, y él lo han preferido. Como era Presidente, él claro, ya pues se ha mejorado, se ha levantado estando Corregidor como autoridad. Ese año -ya no recuerdo- creo que es 1957, 1958. De ese modo ya en una nueva elección, ellos ya se han...papeleta blanca, papeleta verde. Entonces nosotros ya hemos ganado. De ahí un poquito creo que ellos se han resentido, de ese modo ya se ha dividido el centro. La culpable siempre es Don Juan Fernández, éste más Monterrey y Feliciano Tambo... recién su yerno. Como él era yerno también de Caquiaviri (Fernández), él se lo ha arrastrado a la mayor parte yernos. Eso ha sido. Se ha perjudicado él siempre también. Tampoco queríamos pelear. Total, uno se Cansa. Nosotros ya hemos seguido trabajando hasta construir la sede” (37)

Haciendo un análisis del testimonio anterior, nos damos cuenta que don José Álvarez se expresa de esa manera llevado por resentimientos fundados en una mentalidad de apartheid colonialista. Frente al ex-comunario Fernández se auto proyecta retrospectivamente como si fuera o hubiese sido en Caquiaviri un vecino principal. Con esta autoimagen no le cabe que, Juan Fernández un ex comunario se haya levantado hasta llegar a ser Corregidor y Presidente del CAC, habiendo subido su status. En su mentalidad, Don José como ex vecino, con estatus de “principal” o “notable”, se ve desplazado por un comunario y con la agravante que todavía resulta ser yerno, hecho que de ninguna manera es aceptado por don José, que se siente un legítimo caquiavireño.

En abril de 1969, cuando justamente se producía el fatal accidente en el que el Gral. Barrientos murió, se llevaban a efecto las elecciones en el CAC. Pero antes de que se llevaran a efecto, el Presidente del Comité Electoral, don Luis Patty, instigado por otros declara fraudulentas dichas elecciones (en el plebiscito había resultado vencedor Fernández) aduciendo que Fernández había ordenado llegar a las comunidades de Caquiaviri “toneladas de campesinos” para que votaran por él. Tal aseveración posteriormente se invalidó por no tener asidero, ya que Fernández no tenía el poder económico para trasladar campesinos del campo a la ciudad. En ese entonces Fernández ostentaba la papeleta Blanca y los otros, la Verde, colores que hasta el día de hoy los distinguen.

El conflicto acarrearía graves enfrentamientos entre los adherentes de ambas papeletas (Sector blanco, Sector verde): Los “Blancos liderizados por Fernández, en su mayoría de las ex comunidades y acoplados con los yernos, los Verdes” a la cabeza de don Luis Patty, un antiguo funcionario del Banco Agrícola, que se preciaba de haber sido vecino de Caquiaviri. En el momento más álgido de la ruptura y ante las fuertes agresiones verbales (en muchos casos se darán agresiones físicas, luego de las fiestas y cuando los varones caquiavireños se encontraban en estado de ebriedad), que por esos años pasarán por las radios, tendrán que acudir ambos sectores ante la FEDECEP (Federación de Centros Provinciales del Departamento de La Paz) mediadora sin éxito en el conflicto de dualidad de poderes entre el Centro o el CAC oficial (Blanco) y el llamado Ad Hoc (Verde) prohibido por la FEDECEP.

Un oficio de noviembre de 1969 enviado a la FEDECEP, expresa claramente la situación a la que habían llegado los del CAC.

“En consecuencia, el Cabildo Abierto previo consentimiento unánime de cantones y comunidades solecitan (sic) a la Federación de Centro Provinciales de La Paz, no dar paso alguno en favor del mencionado Directorio Ad Hoc (sector Verde) encabezado por el Sr. Agustín Gómez quien representa a los elementos divisionistas que en tantos años solamente se dedicaron a ser regionalistas y fomentar la lucha racial” Natalio Garay. Constancio Zabaleta. Alcalde Municipal Presidente de la Junta de vecinos. Gabriel Apaza Director de la G-N.S.P. (38)

Otro documento añade:

“El prestigio que tiene el actual Directorio no insulto de parte de los reaccionarios del Centro. No pueden ser ajenos al Pueblo de Caquiaviri, porque todo ciudadano que pisa cualquiera parte del territorio, es suyo por ser boliviano, mal dicen ajenos o yernos de Caquiaviri. En consecuencia, apoyamos moral y materialmente con amparo constitucional al directorio actual. Natalio Caray. Alcalde” (39)

Los años 1969 y 1970, la guerra de palabras por las radios aymaristas llegarán al extremo. Tal sucedió cuando enviaron un mensaje con el nombre del directorio Ad Hoc. Uno de estos sectores, el más inclinado a la ciudad (los ex vecinos), tratará inclusive de reproducir la fiesta del 17 de enero en la cancha de El Tejar, como significando que el ritual es ajeno al espacio sagrado, y que éste no tiene importancia para la gente. Como vulgar remedo la fiesta se reproducirá en la cancha El Tejar, casi una burla que luego será criticada acremente por todos los residentes, constituyéndose hasta hoy, la burla de los blancos.

2.3.2- Convivencia en ruptura (1972-1990)

La fase actual de la vida del CAC en sus dos sectores se caracterizará por una gran polaridad de criterios. Luego de la dolorosa ruptura que ellos mismos tratan de ignorar a pesar de la contundencia de tal hecho. Los blancos dedicarán sus afanes a realizar obras para el pueblo y para el campo, en tanto los verdes, con la perspectiva de establecerse definitivamente en la ciudad centrarán sus esfuerzos en sus coterráneos residentes, cerrando sus ojos a Caquiaviri y sus necesidades.

Las rencillas y divergencias entre Blancos y Verdes tendrán su punto más álgido en el escenario de la fiesta: ahí se resolverán conflictivamente antiguas componendas. En el espacio sagrado de la fiesta andino-occidental (porque los caquiavireños son profundamente creyentes de San Antonio Abad), donde se explicitan todos los rencores y las solidaridades en una suerte de catarsis, año tras año los residentes de Caquiaviri se reencuentran en aguda contradicción: vecinos y comunarios. Ambos grupos dan rienda suelta a sus sentimientos ocultos ayudados por los tragos que desinhiben sus temores y relajan su ego. Los Blancos por su lado, con sus propios cabecillas y su comparsa, los Verdes por el otro, en gran competencia. Ambos sin proponérselo darán mayor realce y grandiosidad a la fiesta del 17 de enero, considerada en círculos paceños como el inicio del carnaval.

A pesar del conflicto surgido en el año 1969, el año 1972 ya los caquiavireños del CAC continuarán realizando obras importantes. Por un lado, los del Sector Blanco liderizados por el ex comunario Fernández inaugurarán en Caquiaviri el Hospital Materno Infantil, la entrega de bancos a la iglesia el 17 de enero de 1972, Por otro lado, los Verdes

se abocarán decididamente a la construcción de su sede social en La Paz (Av. Buenos Aires, calle 4 de mayo) gracias a que el Gral. Armando Escobar Uría, Alcalde por entonces, les donó un espacio que había sido destinado a mingitorios anteriormente.

El año 1975, los Blancos entregarán a la iglesia de Caquiaviri el piso del ladrillo totalmente refaccionado. Es digno de mencionar que una de las prioridades de este sector y al que le dedican un tiempo y devociones especiales, es la atención del Templo de Nuestra Señora de la Concepción, verdadero portento colonial, con pinturas de valor incalculable. Desde hacen muchos años don Juan Fernández es presidente del Comité Pro restauración del templo de Caquiaviri, habiendo trabajado en coordinación con muchos arquitectos, especialmente con doña Teresa Quisbert de Mesa. Actualmente casi se halla completamente restaurada y es visitada por gente que conoce de sus valores.

Los del sector Verde no se quedan atrás como ex vecinos, más aculturados y jalonados por la ciudad, intensifican su labor en La Paz. Para beneficiar a sus coterráneos consiguen lotear y de este modo construyen su ansiada Sede Social.

Para no quedarse a la zaga los yernos excluidos en las últimas elecciones, junto con los residentes ex comunarios y otros nuevos elementos, van orientándose hacia el pueblo.

Don Juan Fernández durante estos años dedica mucho de su actividad a las comunidades, especialmente a Villa Anta, tierra originaria de sus padres.

Con respecto a los loteamientos gestionados desde los años 1972 hasta el 75, los del sector Verde adjudican lotes a los residentes sin techo tanto en Villa San Antonio como en Villa Huayna Potosí, este último en El Alto. Hasta entonces muchos residentes

vivían en condiciones deplorables como inquilinos, esto sensibilizó a sus paisanos ya mejor ubicados, y gracias a la ayuda de la Alcaldía y de sus dirigentes consiguieron estos lotes.

“Hemos repartido títulos de propiedad a residentes, vecinos y comunarios, 400 títulos en Villa Huayna Potosí. Hemos ido a ver pues cómo vivían algunos residentes. Una lástima estaba en un cuartito, pagando alquileres. Así que hemos gestionado para conseguir terrenos y lo logramos” (40)

Conseguido el terreno para la construcción de su sede, los caquiavireños del sector Verde se dedican a levantar la obra gruesa. Incrementan ostensiblemente su sistema de cuotas. Después de haber saneado el terreno con gran dificultad y habiendo sacado el permiso de la Alcaldía por la que se declaraba el terreno como donación, inician la obra. Lo cuentan algunos, tuvieron que sacar de sus bolsillos el dinero, algunas personas dieron en calidad de préstamo, pero después lo donaron. La necesidad de dotarse de un espacio donde pudiera reproducirse Caquiaviri y ellos pudieran llegar con confianza despertó el desprendimiento entre muchos de ellos. Es digno de mencionar reminiscencias del sistema del ayni en la forma como abordaron el trabajo de la sede, lo hicieron por turnos, entre ellos y sus mujeres.

“La construcción de la sede, una gran obra del Centro de Acción Cultural Caquiaviri. Nosotros queríamos aquí en El Tejar, más cerca de nuestras casas (la mayoría vivimos por aquí) pero Juan Fernández no sé qué hizo con los aportes que estaban destinados para la compra del lote. Así es que tuvimos que aceptar. Ahora cuando se termine tendremos nuestras oficinas y una secretaria para atender. Ahí los documentos estarán bien archivados” (41)

Refiriéndonos a las obras que en este periodo realizaron los del sector Blanco escindido, no podemos dejar de mencionar el trabajo de don Juan Fernández, desde la fundación del Centro. Con altruismo ponderable este señor aboco todos sus esfuerzos a sus coterráneos y a la tierra madre de Caquiaviri, como él la nombra. Realizó acciones tanto para el pueblo, como para las comunidades, sobre todo para Villa Anta, como ya lo habíamos mencionado. Fue duramente criticado por los desvíos de obras hacia Villa Anta. Esta actitud es observada desde un principio por los Verdes y por los del CAC en general, aunque algunos justificaran por tratarse de un derecho del lugareño. Por su parte don Juan Fernández, sintiéndose en pleno derecho para realizar obras en dicha comunidad, puesto que también era el cantón Caquiaviri, continua con sus afanes.

Suponemos que aquí entraba una buena dosis de resentimiento del mencionado señor, en vista de haber sufrido discriminaciones de parte de los vecinos.

“Ahora, aparte trámites administrativos para el pueblo, también hago. Para el cantón Villa Anta hago también. A pesar de que yo no soy de allá, soy de Collana, de Jiwakuta, pero, que será Doña Lucy, el año 1953, 54, 55 me dicen: “Don Juanito, tu padre ha sido colono de esta hacienda Anta, ha sido expulsado. Ahora hermano, estamos comprando parcelas, tú también comprate siguiera una pequeña parcela —me han dicho—. De esta manera me he comprado en Anta. Yo lo convertí ahora cantón Villa Anta, con su núcleo escolar y su colegio secundario. Cuando yo he comprado hemos firmado las minutas. Yo era Presidente Junta Rural (sic). El Sr. Guillén que era dueño siempre me dijo: “A esta comunidad, a estos pobres Campesinos hay que llevarlos. Tú

los vas a llevar a un buen camino por la educación, sobre todo con la educación propiamente". El colegio de Anta hasta Caquiaviri ha superado, porque vienen los estudiantes mayormente del lado de Ingavi. El año Pasado (1986) más de cuarenta estudiantes de 4to. medio han egresado. Ha superado a Caquiaviri" (42)

Interpretamos al mismo tiempo que siente un cariño entrañable por ese terruño pacajeño. El rencor de sus coterráneos por este desvío expresado así:

"Claro, ese ha sido también el culpable, ha sido que ha hecho desviar estando de Presidente. Disimuladamente ha hecho ese camino por Anta. Como él es de Anta ha aprovechado pues estando de Presidente del centro. Esas cosas no me gustan también pues. Es una traición, cómo pues. Hemos dejado nomás, y también yo. ¿Cada pueblo tiene ese derecho de mejorar, no podemos perjudicar no le parece? De ahí francamente yo he dejado la institución" (43)

Personaje controvertido por todos los lados, don Juan Fernández, a pesar de oposiciones, odios y rencores, a más de sus amarguras, no ha cejado en seguir trabajando por sus residentes que él los llama "hermanos de mí misma clase", y por Caquiaviri y sus comunidades.

Orientados hacia aspectos diferentes, pero en cierta medida convergentes, los residentes de ambos sectores han emprendido obras de peso. Los ahora oficialistas del verde durante el año 1989 estuvieron trabajando para concluir su sede social que la tienen en obra gruesa. De todas maneras, es el único centro de residentes aymaras que posee una sede social. Pudimos ver personalmente cómo para el trabajo de la sede ellos eran convocados por la institución, debiendo presentarse puntualmente y aportar con mano de obra y sus herramientas.

A su turno los del sector Blanco, ahora denominado Ad Hoc, liderizado por un Comité de Damas Residentes de Caquiaviri en la ciudad de La Paz, organizando kermeses logra recaudar estos últimos años, la suma de \$us 2.000 (dos mil dólares), que son destinados a la refacción de los bancos de la iglesia de Caquiaviri. También se hallan abocados a varias obras en el pueblo, como ser la creación de un asilo de ancianos, refacción de la Casa de Gobierno, etc.

En la actualidad han concluido con uno de sus grandes anhelos, la refacción total de su templo y la restauración de los cuadros coloniales. A modo de mención indicamos que, a la conclusión de esta obra, en enero de 1991, se organizó un programa de festejos con la presencia de invitados muy importantes de los países financiadores de la restauración, alemanes ingleses y españoles más el Prefecto de entonces don Fernando Cajías. Hubo una fiesta multitudinaria donde las comunidades demostraron su arte musical y el colorido de su vestimenta.

II PARTE

ANÁLISIS SOCIOLÓGICO EN TÉRMINOS DEL CONFLICTO ÉTNICO

CAPÍTULO 1.

FACTORES SOCIO-CULTURALES Y PSICO- SOCIALES DEL MIGRANTE

Hecha la trayectoria migratoria de los residentes del CAC en cuarenta y dos años de vida bajo la égida de su institución, corresponde ahora visualizar el grado de articulación a la subcultura citadina, así como a la subcultura aymara urbanas y dentro del tradicional esquema bicultural misti-indio.

Dado que el objetivo de la presente investigación es mostrar la realidad de los conflictos socio culturales de los residentes del CAC en una sociedad de corte colonial, y además sustentar la idea de una lucha hegemónica, vamos a tratar de atar cabos con el fin de que la realidad social de estos actores no quede incompleta.

Dentro de esa perspectiva de reordenamiento social dinámico, analizaremos las instancias o los espacios en que les toca vivir, para luego ver la apropiación de elementos económicos de la ciudad ligados a la reproducción de valores culturales.

El paso de lo “indio” a la “civilización”, que significa en primera instancia apropiación de elementos simbólicos del colonizador y adaptación de prácticas que signifiquen lo no “indio”, no se producirá de acuerdo a los anhelos del colonizado. El paso de un esquema al otro sufre cambios lentos, la movilidad

social no se da por saltos violentos y, muchas veces se avanza asimétricamente en relación a las ideologías o los imaginarios de la gente. En el devenir social las cristalizaciones y sedimentaciones, producto de jaloneos y luchas hegemónicas, éxitos y fracasos, se dan en períodos largos.

Falsa imagen, mitos creados o cultura a la defensiva, pero voluntad firme de atravesar el umbral, y de pasar de una sociedad a la otra. Negar lo “indio” y entrar en la civilización a toda costa, aún a riesgo de sufrir una transferencia negativa, entrando en la enajenación y renegando de todo aquello que significó en su primera socialización.

Al otro lado y echando una mirada retrospectiva a sus vidas tenemos la “madre tierra de su nacimiento”, el lugar de origen de donde proceden, como otro elemento poderoso en tanto modelo cultural de referencia.

Hay factores socio-culturales y psicosociales producto de su primera socialización, un mundo de valores, prácticas, idioma, vestimenta, todo un núcleo étnico y un mundo simbólico compartidos y definidos, además, a partir de la exclusión, nacida del colonialismo. Son estos los que identifican el grupo actual residente diríamos definidor de su cultura primigenia.

El reordenamiento social (dialéctico) a que hemos aludido se da ambos componentes. Un análisis integro haremos paso a paso, sin excluir ni los aportes foráneos ni los valores propios. Para ello tomaremos en cuenta las instancias primarias de socialización, el “de dónde proceden (Sandoval s/f.:90) y lo otro, el “a dónde llegan” (ídem). En primer nivel y retomando las categorías conceptuales de etnia y clase social, veremos los elementos como ser territorio, mitos, símbolos, para luego ver la sociedad a la que

llegan y donde recibirá una segunda socialización, que, a pesar de las relaciones de fuerza en contra, sabrá asimilarla a su propio espacio. Aquí se describirá brevemente, como lo aconseja Sandoval, el mercado de trabajo, el consumo colectivo y la cultura hegemónica y subalterna (ídem), de los que ingresan como residentes, siempre conservando, aunque clandestinamente lo propio.

Repetimos que se trata, la nuestra, de una sociedad bicultural, contradictoria en su interior desde el punto de vista étnico por el componente blanco-indio. Los grupos residentes con sectores anteriormente subsumidos y que ahora se encuentran en proceso de emergencia en tanto actores sociales, cargando consigo una primera socialización dentro de una condición étnica social determinada, ingresando luego a una sociedad mercantil y de cultura urbana que trata de “integrarlos”.

1. De dónde proceden

Presentada la perspectiva de análisis, describiremos el caso de Caquiaviri (CAC), introduciéndonos en las relaciones que se dan en el lugar de origen, tanto en parentesco como en acompañamiento, y como una forma de expresión del grupo étnico

Los actuales residentes en su lugar de origen (comunidades de Caquiaviri y pueblo de Caquiaviri) transcurrían en un cotidiano de diferenciación étnica y clasista, manteniendo relaciones de contradicción en acompañamiento. El espacio ideológico en el que se movía la gente estaba regido por el esquema bicultural de raigambre colonial y reproducido con fuerza en tiempos de la hacienda. Con más exactitud diremos que coexistían en “solidaridad y faccionalismo” vecinos y comunarios, puesto que se daban compadrazgo de interés mutuo y también

parentescos en rivalidad por razones de herencia, etcétera.

En lo relativo al parentesco encontramos un tronco de familias donde las genealogías son comunes. Los apellidos de los vecinos principales son conocidos y de los otros también. La endogamia se practica con seriedad. Garay, Maldonado, Salinas, Candia, Condorena, Críales, Targuí, Zabaleta, Álvarez y otros pocos se entrecruzan en matrimonio. Por su parte, entre los comunarios se produce algo parecido, y encontramos a los Sirpa, Mamani, Carlo, Sinka, Tantani, Tiñini. Prefieren lo propio a lo extraño, fortaleciendo la identidad de caquiavireño que es reconocida también a nivel de apellidos.

En cuanto al espacio geográfico, bien sabemos que el territorio es un espacio de identidad. Todos ellos juntos se sienten herederos de la gran nación Jatun Pacaja que difícilmente conquistó Mayta Capac, siendo Caquiaviri la capital de toda esa nación (Zaballa, 1945,1948:298), la marka a la que convergían todos los ayllus de Pacajes.

Si bien no todos. pero la mayoría de ellos conoce la historia de Caquiaviri y sabe que fue cabeza del señorío Pacaje (Saignes, 1957:13), que conservan fresca en su memoria el mito de los Paca-jaqis, que alude a hombres procedentes de las montañas, hombres águilas que llegaron en tiempos muy remotos resistiendo posteriormente al sistema estatal. La memoria larga que tienen de su historia y en pasado milenarios hace de los caquiavireños una unidad geográfica, étnica-sociológica (ídem :196).

A pesar de este reconocimiento de un origen común de sangre a través del mito y de la ascendencia filial, existen relaciones jerarquizadas en la vida real. Así expresa una vecina del pueblo:

“Uno no iguala con ellas. Yo soy india fina, ellas son señoritas

- ¿Ja, kamisastas? -les digo-

- Señora -me dicen-

- Kamisastas, janiw intinti, no entiendo les digo- en aymara les hablo pues.

- Kamisastas, no se intinti, estas imillas estoy mirando yo.

Qué me voy a estar embarrando, están pasando esas imillas de fincas” (44)

La dualidad misti-indio, que es la misma de vecino-comunario, se mantiene como antaño. A pesar de sentirse todos Pacajeños y ajawireños, unidos por la “madre tierra de su nacimiento”, hay antagonismos. Así lo expresa la ubicación de sus casas: los notables y vecinos principales están alrededor de la plaza o un poco más allá, en las calles adyacentes, en el contorno que va hacia las comunidades, se ubican las casas de los vecinos menos importantes. Y a la salida del pueblo se ubican las Utankas, o casas de residencia de los comunarios, que los acogen en sus llegadas esporádicas al pueblo.

Entre “indio” y vecino” fluyen relaciones de acompañamiento asimétrico, el compadrazgo es una expresión de ello. Los padrinos alojan a los comunarios o ayudan a los hijos de estos en su ingreso a la escuela del pueblo, a cambio, los compadres trabajan como albañiles, sus mujeres realizan encarguitos para tejer mantas o bayetas de la tierra y los niños desempeñan una serie de tareas serviles en la casa del vecino-padrino.

Relatos de algunas mujeres caquiavireños muestran como en tiempos de la hacienda los comunarios no ingresaban a la plaza durante la Fiesta, simplemente bailaban en los contornos. Además, era estricto el

control de la vestimenta, las “indias” con el rebozo, las cholitas del pueblo, con la manta bordada.

“Ahora a toditos pss les conozco. Ahora, valerosas son manta encima tienen. Uhhh, ya es pss señora, a las indias, indias son pss esos. Acaso no conozco, la Ninfa será pss cholita, la Concha, mi Concha era pss cholita, era pss en Caquiaviri. Ah, la Filomena es también” (45).

En el espacio sagrado de la Fiesta de San Antonio Abad todos convergen, sean comunarios y vecinos, olvidando rencores porque el sentido y el simbolismo por la memoria histórica que tienen, los lleva hacia Ajawiri, la antigua marka aymara. Los comunarios como dueños, con sus toros toman posesión de la fiesta, y en medio de la borrachera ritual surgen violentos enfrentamientos entre unos y otros.

Los residentes hacen lo propio terminando siempre en una alusión a lo étnico, de ahí que afirmamos que los conflictos étnicos están en la raíz de las relaciones.

“Ese indio, estancias le han dicho, Si los indios hemos estado en la escuela. Melendres también en el Utama, todos con nuestras abarquitas, y ahora ya se refinan. Yo les conozco, grandes vecinos del pueblo ya quieren aparecer pues. Yo no les doy importancia.

Con Melendres nos miramos del espejo. Su cara cómo es, cómo puede ser igual ¿o no? Nunca te haygas mirado del espejo -le digo-” (46)

En el modelo cultural y racial de donde proceden los caquiavireños, sin duda se ven los efectos de la relación colonial misti-indio. En muchos de sus documentos y a través de las entrevistas apreciamos, por un lado, el reconocimiento de una identidad histórica común, que los remonta a todos hasta los paca jaqis, hombres águila. De ahí que

aludan permanentemente a las costumbres de sus antepasados, “músicas y arte de autoctonía”. “Somos altioplánicos aymaras”. Sin embargo, el poder del estado colonial introdujo otros ingredientes que se articularon a la cultura original generando conflicto entre los individuos. A pesar de ello lo étnico se mantuvo porque se mantuvieron sus caracteres; la identidad localista que los liga en forma natural a su lugar de origen, el idioma, la endogamia, la vestimenta y, sobre todo, la afinidad primordial, el rasgo de lo “indio” que une a todos ellos a partir de la exclusión. Todos estos elementos culturales, raciales hace de los caquiavireños un grupo social con características étnicas, por compartir una cultura común que arranca de un espacio geográfico también común.

Pero, si bien la ideología del colonialismo interno, reforzada durante la colonia, divide al grupo de vecinos y comunarios, en mistis e indios, pugnando, unos más que los otros por salir de esa condición y entrar en la “civilización”, aun así, ambos se igualan en el que hacer cultural, en sus afinidades étnicas y en los sentidos de su acción (hacia Caquiaviri). Los testimonios son elocuentes:

“...a mí me han botado, me han desterrado. Mire mamita yo no soy de aquí del pueblo, soy simplemente de una estancia, de Lakajawira, yo soy de Apillkollo. A mí me han botado del Verde (sector ex vecino), como al Alejo, igualito me han botado, a mí me ha dolido el corazón. Dos años no he vuelto a Caquiaviri ni al centro. Por este lado me han botado, por otro lado, igual he entrado (se refiere que entró al sector Blanco). Al tata San Antonio me he hecho mis papeles. Ahora el Alejo, igual, no es de aquí, es de lejano. Mi hermano el que está pasando, es forastero, no somos del pueblo, somos de la comunidad Llimip’i” (47)

El estigma, pero a la vez el rasgo de la afinidad común en el que se sienten involucrados todos ellos, vecinos y comunarios, es lo “indio”, es el fantasma y el estereotipo que les persigue. Oprobio que hace expresar a una mujer en la fiesta.

“Toda india tiene su principio pues, ahí empieza a civilizarse, de dónde nacemos nosotros haber”.

Ella se reconoce en una identidad rotulada como “india”, a la vez que se afirma en ella (porque sabe también los valores que encierra). De ahí que sean para nosotras tan elocuentes las palabras de don Juan Fernández cuando dice:

“Yo no les doy importancia. Su cara, ¿cómo es, ¿cómo puede ser, puede ser igual o no?” (48)

Si tienen procedencia común en el territorio, en lo simbólico, en lo mítico y en el rostro, elemento más visible de la identidad ¿qué otro fiel de la identidad puede haber?

Por eso la Fiesta, que es expresión ritual de la construcción de sí mismos, al mismo tiempo que reproducción de la religiosidad articulada, es el espacio contradictorio de reafirmación e “inversión” (Montes. 1986:315), de sus agudos conflictos, donde a la vez que muestran su paso a la modernidad y su ser “civilizado” y católico, confirman su identidad “india” intercalando en la fiesta-cargo el dualismo antiguo hanan-Urin y también el ayni, insistiendo que “nadie puede intervenir en estas costumbres de nuestros antepasados”. cuando se refieren al prestazgo de San Antonio Abad, imbricado en ritos autóctonos que le dan un estilo propio.

Es un fenómeno psicosocial que refleja hondamente la ambigüedad alternante de su identidad. Porque mientras se afirma con orgullo que se es “indio” y se persisten en las practicas ancestrales (pinkillada,

Jallalleo y atuendo riguroso), sale a relucir con amargura su condición de fondo en las palabras de una mujer: “Cada año soy india y nunca me mata el Tata Antuquito”, como si quisiera salir de una condición estructural sin poder lograrlo.

Concluyendo con el tema de la procedencia y para pasar al análisis de la reconstitución de estos factores en un contexto de migración; sin haber pretendido agotar los elementos de esto que llamamos lo étnico, diremos que los caquiavireños en cuanto de origen común, la tierra, y tratando de olvidar “esas cosas odiosas del pasado”, se muestran culturalmente como un grupo compacto. Permanentemente lo repiten “luchamos por la tierra madre de nuestro nacimiento”.

Desde tiempos coloniales los aglutinó a unos y a otros la fiesta y su templo colonial. Nos atreveríamos a afirmar que la iglesia ese el símbolo material que los agrupa, cara afuera, y muestra personalidad “civilizada” que quieren mostrar. Y es en la Fiesta donde convergen todos ellos para sacar con orgullo, en la borrachera ritual, su ser “indio”.

A la luz del discurso nacionalista revolucionario del 52, cambian los términos, pero persiste el estigma.

“Nos tachan por ser hijos de la comunidad. Pero todo ciudadano tiene derecho de pisar y hacer lo que le conviene en el territorio por ser boliviano. Francamente esas debilidades (sic) se usaban en la época colonial para aplastar a los mestizos (sic) e indios autóctonos. En la actualidad esos abolengos arcaicos quedaron para la historia, porque estamos en la época socio-democrática”
(49)

En una apelación a la época socio-democrática, en términos más progresistas y más actuales, vecinos y comunarios se reconstituyen sin salirse de la cultura

hegemónica, pero tampoco de la suya, a través del parentesco o del acompañamiento. La cultura como ligadura que une a cualquier hombre con su lugar de origen étnico, una atadura natural, es la que posibilita este fenómeno. De ahí que unos consideren mal natural al que niega su origen.

En este sentido, los del CAC, al estar ligados en sus acciones a la tierra de su nacimiento y compartir intereses culturales comunes, actuando como agrupación natural de individuos de igual idioma y rostro, no pueden sino sentirse, a más de institución cívica frente al mundo criollo, un grupo étnico en su cara interna.

2. A dónde llegan

Llegados los caquiavireños a la ciudad se acogen a las relaciones de parentesco y también a las de acompañamiento a través de su familia y del ingreso a la institución matriz que es el CAC. La sociedad y la búsqueda de un espacio de esparcimiento, a más de interés económicos vinculados con la tierra que no ha sido abandonada nunca, hacen que el grupo social se reconstituya.

El proceso de reconstitución social con carácter de etnicidad, entendido como inserción de agrupamientos culturalmente distintos en un estado hegemónico (Abercrombie, 1986) se dará en dos formas de expresión: Una con sentido positivo, en tanto mujeres como hombres se reagrupan en torno del interés económico simplemente. Pero, pueden encontrar otras vías como ser la constitución de un “territorio” o sede, con unas “reglas de juego”. Junto a la sede se reconstituyen los símbolos, sus valores étnicos, en el orden musical, lingüístico, prácticas sociales y organizativas. En suma, toda una visión del mundo desde su pertenencia y procedencia

localista, que la da cierta seguridad en las relaciones de competitividad establecidas en la ciudad.

Delotrolado veremos la reconstitución de la etnicidad en diversas formas, como ser la negación del lugar de origen, el cambio del apellido y de vestimenta y el maquillaje (make up). Este fenómeno se observa con mayor frecuencia en los grupos de residentes que no gustan de participar en la institución, porque quieren olvidar todo vínculo de origen, pero se da también como contradicción en el interior de la institución de residentes del CAC.

Al hablar de una reconstitución positiva en acompañamiento, hemos observado que, en cuanto a estrategias de sobrevivencias, por ejemplo, un grueso sector de los caquiavireños se harán peluqueros, dentro de una direccionalidad ocupacional abierta por uno de los primeros migrantes, que ya para 1953 tenía su peluquería en la calle Pedro de la Gasca (Av. Buenos Aires). Por su parte las mujeres orientaron su ocupación acorde con la práctica tradicional del tejido de mantas de vicuña, otras se convertirían en viajeras y rescatiris de productos de las ferias de Pacajes para venderlos en la ciudad.

La cúpula del CAC, para los tiempos de su fundación (1946) se hallaba compuesta por artesanos, pero el grueso de sus asociados ocupaba los puestos más bajos en la estructura de estratificación ocupacional citadina, ayudantes de taller, pequeños comerciantes, etc.

La sede con su significación simbólica de territorio reconstituido, lo han ido ganando a través de los años, como una especie de "sitting", que le asegure la actualización de las formas de organización típica (Cardoso Olivera, 1977: 290). En el caso que nos ocupa los residentes de Caquiaviri, diremos que

dicho “sitting” ha sido pensado desde un principio, ella se ubica en la Avenida Buenos Aires, zona aymara por excelencia. Tal sede reproduce la direccionalidad, al igual que la ubicación de las viviendas de los caquiavireños que expresan un criterio, además estamental (50).

Esta sede conseguida a lo largo de muchos años y durante la gestión del alcalde Gral. Armando Escobar Uría, es la mayor conquista lograda por los del CAC. en sus cuarenta y cinco años de vida. Planificada para ser mingitorio público, ahora se levanta una construcción de tres pisos aún no concluida. “Lo mejor que tenemos es la sede” -dicen ellos-, “servirá para acoger a nuestros coterráneos cuando lleguen a La Paz”. Un espacio territorial que perpetúa la vida del grupo como institución organizada, dando continuidad a su etnicidad.

Tal como habíamos visto en el capítulo anterior. Dentro del conflicto vivido por los residentes del CAC se quiso, en una oportunidad ganar un espacio para reproducir la Fiesta, arguyendo que igual era la fe en Caquiaviri o en La Paz. Este hecho inaudito sucedió entre 1969-1970, resulto un verdadero fracaso y hasta el día de hoy es objeto de burla para la comunidad caquiavireña.

Junto con un espacio que reproduce simbólicamente su territorio -sea su comunidad o el pueblo de Caquiaviri- y también con los pasos y arreglos a seguir para ir a la fiesta, el grupo social expresa su etnicidad. En este orden de cosas es digno de mencionar el hecho que los del CAC hayan levantado su sede en la ciudad de La Paz, siguiendo el sistema de ayni. Como ya lo dijimos fueron requeridos por turnos y reconocido su trabajo con comida preparada por las mujeres socias (En algunas ocasiones en que tuvimos que entrevistar a

los socios del CAC y los encontramos, supimos que estaban cumpliendo su ayni en la sede).

Para las fiestas de recibientes, existe todo un ritual que no es sino una reproducción del prestazgo de San Antonio Abad. Habrá permanentemente una nostalgia por reproducir los detalles de la fiesta. Por ejemplo, entre los citadinos se acostumbra romper la fiesta con un vals de honor, entre los caquiavireños, los recibientes inician la recepción generalmente realizada en un lugar contratado rompiendo la fiesta con el baile de ch'utas, observándose estrictamente que la banda sea la misma que deberá amenizar la fiesta del 17 de enero. Pasado el baile de ch'utas se continua con una cueca, al estilo mestizo, intercalada con el tradicional "aro, aro" y una fila de bebidas de todas las clases.

Otros símbolos de reconstitución étnica los encontramos en las fogatas que realizan durante el aniversario del CAC, en La Paz (1ro. de mayo), que son muy parecidas a las vísperas de votos en Caquiaviri, donde se prenden pequeñas hogueras y se baila al son de la pinkillada, baile y tonada propios de la región.

La reconstitución de los valores y símbolos se da en varios planos.

Observamos reglas de juego que hay que cumplir para ser un socio activo de la institución. Donaciones rotativas, regalos de cervezas con devolución y bajo vigilancia estricta del anotador, cuotas o ramas similares a las que se dan en el pueblo y comunidades. En el orden musical y lingüístico vemos la preferencia del uso del idioma aymara, como una demostración del afán de retomar las raíces de la lengua enriquecidas con el castellano.

El Ajawir Imilla es una especie de himno de los caquiavireños que lo cantan en coro, en cuanta

ocasión tienen, y que fue instituida durante la Guerra del Chaco, cuando los esposos Guillen Pinto luchaban por la escuela Utama. Al respecto hemos recogido otra versión del Ajawir Imilla, de labios de un ex comunario radicado en La Paz, quien en ocasión de ser posesionado como Secretario de Cultura del CAC recitó estos versos en aymara.

“Yakatayista, Ajawir markata kar
jumipuriskipansa, jumampiniw mirakiw kar
kumi puririskipansa. Nayapinirakiw q’ipaqtayna
jawtam tamasti tarujaruraki ma paki chuñuristam
tukuskasman Sajama t’ayarakiw chuchuskiristam,
apachit ch’ichirak apaslliristam jinay, Jinay
sarxañani wiñay q’arur t’akisaru q’arur pachawa
chuymajan panqarata...”

“Tú imilla, cuando he llegado a Ajawiri Marka me
has hecho revivir. Cuando me estaba saliendo de
Ajawiri tú me has hecho quedar. Ven a la tropa de
tarucas, cuidado te conviertas en chuño, después
reniegues contra el frío del Sajama. El hermano
de la apacheta te lleve, vamos, vamos al camino
del mañana, mañana mismo vas a florecer en mi
corazón...” (51)

Otra expresión de la reconstitución positiva a nivel del simbolismo de la vestimenta es el uso del atuendo de la “chola”. La pollera, la manta, el sombrero, el awayu, es una de las tipicidades comunes a casi todas las mujeres que llegaron a cambiar y siendo “cholas” se pasaron al vestido, sean mal vistas por las “cholas”. Hemos notado que en la fiesta hay una especie de conminatoria a que todas las Caquiavireñas bailen de pollera y manta de vicuña. Personalmente me dijeron que si era caquiavireña debía bailar de pollera.

En este proceso migratorio y cuando hablamos del espacio donde llegan, es decir, del lugar de inserción, las relaciones de acompañamiento que

se dan en la ciudad surgen en momentos en que la soledad y ostracismo hacen presa de ellos. La ciudad "q'ara" los abruma y no hay modos de encontrar canales de expresión a sus agudas frustraciones y conflictos socio-culturales. Buscan entonces las relaciones de parentesco, primeramente, para luego ir detrás de la gente que habla su misma lengua, se nutre de su misma cultura y con quien puede comunicarse en confianza. Es esto lo que sucede en el caso de los caquiavireños venidos a La Paz. Surge un sentimiento de solidaridad entre ellos, sin los miramientos que existían en el lugar de origen.

Es así como, a un principio y ante la necesidad de abrirse paso en el espacio citadino, surge -como lo relatan- una integración positiva sin jerarquías odiosas, retomando su etnicidad al interior de las culturas dominantes. Así nos relata un socio ya fallecido recientemente:

"... han entrado toda la jurisdicción de Caquiaviri. Ahí están de Kalla, de Tuli, de Ch'ako, Llimp'i, Laura, Ll'oko ll'oko, Ajnoqollo, Ejra, Anta, todo eso, Karwa Amaya. Todos principales. Mas han sido los comunarios que los vecinos. Principal de fincas como Juan Fernández, estaba de presidente... y también siempre nos han cooperado los del campo, no podemos decirle que no nos han cooperado... Por eso aquí, como hermanos, en cualquier momento nos vemos".
(52)

Como diciendo que comparten juntos fiesta, cotidianidad y aquello que caracteriza la etnicidad entendida como expresión y estilo de vida de un grupo cultural. Así a lo largo de la investigación hemos observado una gran cantidad de expresiones de etnicidad como afirmación positiva, es decir reafirmador de la cultura de origen. Es el caso de

un ex-comunario, don Juan Fernández es presidente del CAC, que al enviar una carta a radio Méndez afirma con orgullo:

“Nosotros somos pueblo altiplánico (sic) y de aymaras”, sacando a relucir su identidad cultural de aymara, como expresión del sentir de sus miembros, algo que los define como cultura, reproduciéndose a si mismo aún bajo el peso del colonialismo y de 500 años de discriminación. De la misma manera, otro residente expresa al ser entrevistado:

“Ya entonces nosotros somos la última generación, nosotros ya hemos compartido con la gente (sin ese miramiento de indio-misti), después de la reforma agraria nosotros hemos dicho que ya contactaríamos con todos ellos (léase comunarios) ..., autoridades ya somos nosotros... y esa cosa antigua nos olvidaremos. Ya no hay esa gente (léase oligarcas, vecinos notables), nosotros somos nueva generación. Quién hemos sido haber (léase, “si todos somos indios”). (53)

El camino seguido por los residentes desde el lugar de procedencia hasta el lugar donde llegan es tortuoso, ellos lo recuerdan. Esto sucede porque desde la colonia la ciudad discrimina al campesino llamándolo “indio”. Muchas veces éste lo asume como una tara de su raza. “sí tanto lo dicen, verdaderamente debemos serlo” (Albó, 1979).

Desde esa perspectiva del negativismo de lo “indio”, encontramos que la etnicidad se presenta con signo negativo, en infinidad de expresiones muy notorias y que dan cuenta del rechazo por todo lo que signifique el recuerdo de su origen, la negación de mencionar su preciso lugar de origen, el paso de la pollera al vestido, el trastoque del color del pelo y de la piel (make up), el cambio del apellido y una amnesia por su pasado comunario. Algunos piensan

que sobre la negación de su origen se levantará la modernidad. Tal negación asumida como conciencia de colonizado se manifiesta entre los del CAC con el reavivamiento de antiguas diferencias vecino-comunario, las que patentizarán este fenómeno. Se levanta una actitud dual y enmascarada en la institución donde otrora todos eran hermanos. De ahí es que como una forma de sobrevivencia socio-cultural se tengan que adoptar símbolos del “civilizado”, apropiarse de ellos, utilizarlos, aun encubriendo la propia identidad étnica en un remedo de la cultura occidental. Analicemos el siguiente testimonio:

“Nosotros el año 1949, cuando nos hemos organizado, hemos procurado que se cultive la gente, con ese requisito se ha organizado también este centro de Caquiaviri. Entonces para qué, es también para que progrese el campesinado, para que no haya ese miramiento entre nosotros. Para qué nosotros vamos a despreciar al campesinado, porque los campesinados(sic) hay médicos, hay dentistas. Un tal Ramos es de Laura, y hay otros que son ingenieros. Alvarado es de Anta, de Mapa Salinas es buena gente. Hay un tal Quispe que es abogado, Reynaldo Quispe. Más civilizado que los vecinos. Mejor nosotros (los ex vecinos) estamos un poco atrasados” (54)

El carácter negativo de la etnicidad que denota la vergüenza ante la “conciencia” de inferioridad se presenta agudamente. Un documento del año 1958 muestra el estigma de lo “indio” en las relaciones vecino-comunario reproducidas en la ciudad y al calor del deporte:

“Cursose un oficio enviado en fecha 27 del pasado mes con el número 97/58, en el cual nos expresa de nada aceptable, lo que en nuestro medio es acogido con mucho desagrado (sic) en la reunión realizado(sic) en fecha 29 de

octubre con la asistencia de todos los socios que desgraciadamente son aceptados a la asamblea conjunta que Uds. denominan, pero esa reunión se realizará después de que termine el ESTADO DE SITIO (sic), nos preguntamos. ¿Porque desean esa asamblea con los indios...? si nosotros no somos dignos en el mención (sic). Llega a entender cualesquiera, el sistema de absolutismo que persiguen todo ustedes, de una forma incorrecta para el devenir de todos los futuros hijos del LUGAR, nosotros no perseguimos agruparnos para formar comparsas. Qué (sic) es un club deseoso del progreso de su pueblo... Sinceramente lloran ustedes del obsequio del 14. Además, nosotros representamos en muestra mayoría a las comunidades y todos estos representaremos al PUEBLO EN GENERAL, en el deporte, ¿qué nos queda a nosotros si existen elementos ajenos a Caquiaviri en su base...? prácticamente estamos por demás, y esto lo sabe muy bien el pueblo en general, con más el tenor del oficio enviado por su organización SAGRADA (sic)" (55)

Vemos que los que envían la carta al CAC se sienten hijos del lugar, de Caquiaviri, pero al parecer a poco de su llegada a la ciudad son discriminados por sus propios coterráneos. Si bien en una primera parecieran unirse conformando una liga, luego surgen las fricciones raciales motivadas -a nuestro entender- por la fuerza del colonialismo interno. Se palpa en la redacción un afán de hacerse sentir parte de ese pueblo, articularse culturalmente con los antiguos vecinos, desilusionándose. Es posible atribuir esta reacción a una estructura de jerarquías impenetrable que rigió en aquellos años entre los del CAC. Pero va vemos muy tempranamente en la vida de la institución la separación bicultural como una expresión de etnicidad negativa que venimos explicando.

Dejando por un momento las fricciones internas del CAC, vemos que en este ir y venir de articulaciones va conformándose un nuevo accionar social a nivel general que tiene mucho que ver con aquello del potenciamiento económico y el paulatino fortalecimiento de la identidad cultural aymara que venimos observando estos últimos años en La Paz.

Esto fue lanzado a nivel de hipótesis.

Un cerco de exclusión es conformado por las clases dominantes. A partir de esta exclusión va consolidándose el residente, reasumiendo una conciencia de pertenencia común en tanto “indios” o aymaras, a la vez que se va gestando la hegemonía cultural que corre paralela a la expansión mercantilista. De la avenida Buenos Aires para arriba. Esta nueva identidad va entrando en contradicción con la identidad q’ara, haciendo peligrar, desluciendo la personalidad del ciudadano de raigambre hispana. Este hecho nos hace repetir las palabras de Isabel Bastos: “Toda identidad es precaria y resultado de una lucha hegemónica” (Bastos, 1989). Los caquiavireños, así como otros “indios” de la Buenos Aires van manifestando su olfato y su empuje empresarial, hecho que va engranando su espacio de etnicidad. Pero aún continua el conflicto interno mostrándose la etnicidad en su cariz negativo. Surge los complejos, vergüenza del apellido y consiguientes cambios como forma defensiva y encubridora. Hasta las resonancias aymaras del nombre Caquiaviri les ruboriza.

“Han venido aquí, ya no han querido levantarse, decir: “Yo soy caquiavireño”, ¿será por el nombrecito un poquito feo? Eso siempre les he dicho: “Nosotros hemos nacido y nuestro pueblo es Caquiaviri. Jamás voy a negar, es como fuera la madre de nuestra tierra (la Pachamama).

Dónde hemos nacido, porque vamos a negar. Por eso esa vez, por qué no han llevado esa Junta el nombre de Caquiaviri. Por qué no pueden llevar Ajawiri marka, así era antes, así siempre había sido Caquiaviri, Ajawiri marka" (56)

Analizando esta negación de lo propio en prejuicio de su identidad, ocultando su rostro, vemos que el prejuicio y la discriminación sufrida alcanza niveles esquizofrénicos (Albó). Ahora bien, con pretensiones de querer entender este fenómeno hemos encontrado una serie de mitos falsos, que los vamos a desarrollar con ejemplos recogidos de entre los mismos actores sociales.

2.1. El mito de la raza

Entre los documentos de los caquiavireños encontramos uno de 1954 que lleva un membrete del año 1947, y que dice:

LIGA DE DEPORTES "EL TEJAR"

FECHA DE FUNDACIÓN, 22 de junio de 1947

LA SUPERACIÓN RACIAL DE BOLIVIA POR EL DEPORTE (57)

Interpretando el membrete, vemos que los residentes con el afán de consolidarse cada vez más frente a una sociedad citadina que no los veía con muy buenos ojos, dada su supuesta condición racial inferior, tratan de revertir la situación estigmatizándose a sí mismos, negando su identidad racial o tratando cambiarla ilusamente mediante el deporte. El peso de la ideología colonial internalizada por los residentes aymaras en general empapaba en aquellos tiempos espacios, razas, idioma, estilo de vida y todas las relaciones que eran reducidas a relaciones de casta. Incluso la zona El Tejar era para muchos un espacio contaminado por lo "indio", de

ahí que, en forma recriminatoria, nuestro personaje fundador Don Natalio Garay, se dirigiera a los caquiavireños por haber: retirado de la Liga Obrera para entrar en la Liga El Tejar.

“Estábamos perteneciendo a la Liga Obrera, se jugaba en el stadium Teniente Andrade, en ese entonces, ahora es el stadium Obrero de Miraflores. Pero con el correr del tiempo yo dejé a mi gente, me retiré. En este momento creo que están en la Liga El Tejar. Por eso yo alguna vez les había dicho a esta gente: “Qué hacen en la Liga El Tejar, yo les he dejado en la Liga Obrera”. Han retrocedido, sí pues. Yo decía, en la Liga El Tejar, junto con esos borrachos están ustedes. Me ha dado rabia pues, me ha dado rabia esa posición” (58)

En una actitud defensiva, tomando el mismo discurso de los criollos internalizan el estigma. La tendencia captamos en ellos es la culpabilización con miras una a una superación, en una actitud de asumir la culpa para eliminarla por el deporte. Las palabras de don Natalio Garay nos dejan entender que, de un espacio “geográfico superior”, “decente” como era el de la cancha de Miraflores, los caquiavireños habrían retrocedido o habrían vuelto a su hábitat social de lo “indio”.

A esto último se llega siguiendo la mentalidad o las jerarquías elaboradas por ellos mismos, puesto que a los ojos del campesino aymara como a los del aymara urbano residente, el obrero tiene más jerarquía que el campesino (don Juan Fernández se preciaba de haber sido obrero de la fábrica FANASE. Según este entender la Liga Obrera tendría más jerarquía que la Liga El Tejar, espacio éste contaminado Por lo “indio”. por la ubicación y por el elemento mayoritariamente residente que frecuentaba esa cancha deportiva.

Aquí lo simbólico tiene mucha relevancia y cabría detenerse en la categoría socio cultural de “indio”, que ha entrado a formar parte de la terminología, de lo grotesco, del estereotipo de lo injurioso. Un fantasma del lenguaje -como diría algún psicólogo social- muy útil para la ciencia porque confiere brevedad y soltura al lenguaje, pero en cuanto a esta generalización se aplica a personas concretas, se convierte en epíteto injurioso, y en un fantasma que atemoriza, persigue, excluye y mata a seres humanos muy concretos en nombre de abstracciones basadas en el término “indio”.

Hay todavía grandes sectores de la población que sufren a causa de este “fantasma” del lenguaje, tanto en las provincias y comunidades altiplánicas como en la ciudad. Al decir de algunos residentes de Caquiaviri, el estigma de lo “indio” es mucho más fuerte en el pueblo que en la ciudad, debido a la pervivencia del sentimiento de casta y a la relación colonial misti-indio en las mentes.

Muchos ex-comunarios exitosos en la ciudad al volver de vez en cuando al pueblo, o con motivo de La Fiesta del 17 de enero, sufren el escarnio de vecinos, hasta de los más “insignificantes”. Al parecer estos ex comunarios no logran convalidar su situación kamiri (rico) por la de vecino. El estereotipo de “indio” abarca un espectro de sujetos incluidos con el rasgo de lo indio (término proveniente de índigo: negro azulado) en mayor menor grado como ser el cuerpo, apellido, origen, manejo del castellano.

Observamos en el CAC, el año 1947 serias rencillas acerca de tal termino, que rebajaba al individuo de categoría marginada sin entender el por qué. Cuando don Natalio Garay, el fundador del CAC, dice que los caquiavireños han retrocedido de una cancha de Miraflores a otra de El Tejar, junto con esos

“borrachos” se lo exterioriza aquello que a lo largo de los años ha ido internalizando profundamente la connotación del estigma, asociándolo a lo sucio, a lo contaminante, a lo “borracho”.

A nivel general tal estereotipo ha ingresado hasta en los resquicios del inconsciente transformado en contacto con la realidad en un verdadero negativismo, a tal punto que la alternativa es superarlo, taparlo sea por el deporte -como en el caso de los socios de la Liga de Deportes de El Tejar- el Make Up (maquillaje), el cambio de apellido, etc. Creemos que sólo de esta manera se puede comprender lo que quisieron decir ellos con esto “Por la superación racial de Bolivia por el deporte”.

2.2- El Mito de la Civilización

La aspiración hacia el Progreso es tan legítima ahora como podría haberlo sido en aquellos primeros años, en que los residentes de Caquiaviri se establecieron en La Paz.

Este es un derecho de cualquier individuo. Pero, ¿cómo era entendido el progreso por los del CAC? ¿Cuál era su concepto de civilización?, ¿qué significaba superarse?

Progresar, además de hacer algo de fortuna, era también entrar en la “civilización” traída de occidente, ir camino al “progreso”, dejando a atrás lo indio”, como comienzo inevitable en el transcurrir de sus vidas. Si nos atenemos a lo que dicen los documentos de los residentes de Caquiaviri, este término significa, sobre todo, “olvidar los resabios de los antepasados incaicos”, “olvidar las cosas de nuestros antepasados ignorantes” y entrar en el proceso civilizatorio dictado desde fuera. Con esta mentalidad el sindicato se entroniza en sustitución del sistema de rotación de autoridades comunales, el castellano subordina al aymara, los apellidos

originales son cambiados Por “otros” menos “feos”, y en lugar del bastón de mando aparece la banda presidencial y el juramento romano en las diferentes posesiones de autoridades. En este punto es necesario destacar el prejuicio que se tiene entre la población boliviana por los apellidos aymaras, hecho que obliga a los propios residentes aymaras a seguir un trámite Judicial para cambiarse de apellido. La recomendación “sabía” de tomar otro apellido o reformar el propio corre entre familiares y compadres. Así, nos decía una joven estudiante aymara:

“Mi Primo me ha aconsejado que me cambie el apellido Mamani porque dice que es bien feo aquí en la ciudad”. Y así, los Tarqui son Tarquino, los Pati, son simplemente Paty, los Tantani eluden la voz explosiva y son Tantani, los Mamani se vuelven Alcón o Aguilar, y hay otros que cambian totalmente pasándose a un apellido español.

2.3- Mito de la educación

En cuanto a la educación, encontramos una creencia profunda entre los residentes de Caquiaviri y también en la generalidad de los residentes. Ellos ven la educación de un modo mitológico y de virtudes mágicas que los lleva hacia una rápida movilidad social, otorgándoles poder y status en su camino por la ciudad. No importan las amargas experiencias que tengan que sufrir cuando comprueben que las cabezas más lúcidas de su comunidad o el pueblo hayan negado su origen y su familia luego de una profesionalización. Pero ahí está la educación, la salvadora, aunque muchas veces la letra haya ido contra ellos.

En Caquiaviri el “Glorioso Utama” forjó a los residentes fundadores del CAC, hasta se podría decir

que por culpa del Utama ellos habían emigrado a La Paz y otros departamentos, la educación les había hecho desear la ciudad. Pero fue así. Estos luego se hicieron artesanos (tejedores, sombrereros), peluqueros, uno que otro obrero y también oficinista y hasta policías. Pero si analizamos, su mejoramiento económico, salvo raras excepciones.

Ciertos Caquiavireños dicen: “yo seré pobre, pero me rolo con gente decente, con caballeros”. Su escolaridad le sirvió para “rosarse” con los modelos de vida occidentales. Por ejemplo, hay muchos “tinterillos” que conocen las leyes penales y civiles y las manejan en la mano. Decía un residente ya fallecido: “Sólo me falta el título de abogado, yo ¿conozco todo de los tribunales”.

Entre los caquiavireños se cuentan con algunos abogados, pocos, muy pocos llegaron a conformar la élite de la judicatura paceña o boliviana. Don Juan Fernández ha luchado en los tribunales a favor de los comunarios, como tinterillo, y se ha esforzado, tal vez llevado por el mito de la educación, por la creación de escuelas en su comunidad.

“He llevado a un buen camino por la educación (se refiere a Villa Anta, su comunidad). Yo he llevado educacionalmente. He hecho declarar el cantón el año 1967, el mes lro. de noviembre, está grabado en mi cabeza. Después educacionalmente lo he hecho núcleo escolar. Después el colegio el año 1971. He declarado el 74, hice declarar Colegio Nacional Mixto “Mariscal Antonio José de Sucre”. Ese es un gran colegio ahora, dentro de la Provincia Pacajes, hasta a Caquiaviri ha superado mamita, perdóneme, porque vienen los estudiantes mayormente del lado de Ingavi, como estamos en los linderos. El año pasado nueve promociones, más de 30, 40 estudiantes de 4to. medio han egresado. Ha superado a Caquiaviri. Unos están estudiando

en Warisata, en Santiago de Huata, otros están en la Universidad, otros están en la sanidad. Ahora mismo han venido unos jóvenes, me han dicho: “Don Juanito, tío, me dicen, ahora queremos estudiar enfermera -me dicen-. Estudien pues hija, ahora volveré de la fiesta, porque me voy a ir a cañar -les he dicho-”. Han venido estos días nomás. Niñita, yo estoy bien dedicado a favor de la nueva generación, ese es mi orgullo que tengo. Cuando me voy a despedir de esta vida, muchos se van a acordar de mí, y los que me han difamado porque no les he conformado, a ellos les perdonaré pues, sabiendo que van a quedar en esta tierra” (59)

El testimonio anterior nos revela una gran voluntad por conducir a las nuevas generaciones por el camino de la educación y con mucha fe en ésta. Este personaje pone en un gran afán por la creación de escuelas, aún a sabiendas del precio que se paga por asimilarse a la “civilización”: el rechazo a su familia y la negación de su identidad étnica y cultural.

La reconstitución de lo que hemos venido llamando la etnicidad o la cultura se manifiesta aquí en forma negativa.

La educación formal prohíbe hablar el aymara, los avergüenza de su vestimenta original, denigra los valores culturales llamándolos “cosas de los antepasados ignorantes” y los convierte en folklore para turistas. Por último, estigmatiza a la raza. No sin razón don Juan de Dios Yapita un ex comunario de Kompi, en un estudio que realizó sobre un análisis sociolingüístico de los llegados a La Paz, se expresa del siguiente modo:

“Las hijas de aymaras nacidas en la ciudad, han pisado escuelas y colegios y hasta universidades, pero debido a que nunca han recibido educación aymara sino únicamente

occidental, se sienten superiores a las mujeres de pollera, aunque ellas mismas son directamente descendientes de dichas mujeres de pollera” (Yapita.1982:5)

En el anterior testimonio vemos, como en muy pocos casos, se habla de una educación aymara diferenciada de la del sistema formal que es de corte occidental y que conduce a la homogeneización sin respetar la diferencia. Sin duda. Juan de Dios Yapita al haber salido a Estados Unidos contratado para enseñar el aymara, es que aprendió a valorar su cultura y a percibir los rasgos positivos y negativos de la etnicidad dentro de una cadena de discriminación colonial. Nadie antes lo había expresado ni había pensado en educar dentro de una cultura supuestamente “primitiva”.

A través de los documentos nos enteramos de la cantidad de gestiones que se hicieron antes y después de 1952.

Basándonos simplemente en nuestras entrevistas vemos que ése ha sido uno de los grandes afanes del CAC (sobre todo durante la gestión de Fernández). Los procedimientos a utilizarse, los contenidos programáticos o la ideología a impartirse casi nunca han sido cuestionados, bastaba aceptar el sistema vigente. A modo de mención, campesinos ayudados por sus residentes, allá por los años 20, pedían escuelas (THOA, 1985:655) pero, salvo raras excepciones. no se vislumbraba una educación desde dentro de su propia cultura.

Pero, ¿qué es lo que vemos en la actualidad? luego de ver una y otra cara de la reconstitución étnica del grupo en la ciudad, observamos un ligero rechazo a los mitos antes mencionados. Hay una vuelta a los valores, una emergencia de la identidad cultural. “Se ha retomado con pujanza el aymara entre los

residentes en La Paz. Las mujeres optan por la pollera en un reto de reafirmación de lo “cholo”, lo “indio”, se reactualizan las autoridades tradicionales, que ya se iban perdiendo por la intromisión del sindicato. En suma, toda una vuelta a los orígenes (el mito milenarista, el Pachakuti dirían los indianistas).

Finalmente, todo este devaneo entre reconstitución positiva y negativa conduce a los residentes, visto el caso del CAC, a un “encaje legal” en términos de apropiación de lo ciudadano y acomodo de lo propio, en una combinación siempre conflictiva que empuja por alcanzar hegemonía, y no solo resistencia.

2.4- Sistema Social de Acogida

Dada la metodología seguida en la presente investigación, que privilegia los datos cualitativos con el objeto de rescatar la subjetividad de los hablantes. sin pretender mayores cuantificaciones se utilizarán los datos de la Historia Oral y la técnica de las entrevistas como se ha venido haciendo hasta ahora. Tenemos entrevistas muy valiosas y testimonios acerca de sus relaciones con la ciudad y con gentes de otros niveles socio económicos.

Del mismo modo, y en vista de que el nuestro es un estudio de caso, los residentes del CAC, analizaremos la problemática exclusivamente tomando como parámetro los veinte socios seleccionados de dicha institución, lo cual no significa un obstáculo para poder generalizar, ya que por estudios de Albó, hay mucha similitud entre los grupo de residentes y las asociaciones de residentes en La Paz.

En el anterior capítulo analizamos los factores psicosociales del migrante, perteneciente al CAC, en sus dimensiones de grupo étnico y casta social, dada en parentesco y acompañamiento.

Esto permitió paralelamente una reconstitución del grupo cono etnicidad, es decir en tanto cultura. En este proceso encontramos valores culturales y prácticas ancestrales de los caquiavireños que se iban reproduciendo desde tiempos inmemoriales, “desde nuestros antepasados incaicos”, tal el caso de la división dual sistema del ayni para la construcción de su sede. Hallamos también características psicosociales que el migrante traía a la ciudad desde su lugar de origen, como el prejuicio colonial vecino-comunario, entre las mujeres, la condición de “cholas” o “indias de campo”, como ellas mismas lo expresan, los mitos creados y la creencia en la supuesta inferioridad racial.

La elite dominante de la población citadina anquilosada en su conciencia de colonizado y de mentalidad occidental, siempre ha visto con terror el avance de los residentes aymaras en La Paz, prefiere sin duda, una perspectiva tajante de división campo-ciudad- y tiene pretensiones de urbanización al estilo europeo. A pesar de ello en la ciudad de La Paz el proceso de industrialización es incipiente y hay pocas probabilidades de tornarse en una urbe industrializada. Paralelamente se observa un proceso de urbanización que se va acrecentando con la llegada de los migrantes. Empero, el ingreso y el ordenamiento de estas masas humanas tiene características sui generis ya que en modo alguno apuntan hacia la formación de una economía capitalista pura, o hacia la inserción de estas economías migrantes al mercado externo. Los residentes del CAC -por ejemplo- se vinculan al mercado interno a través de su

trabajo artesanal y de las diversas modalidades de dependencia incluidas en el concepto de informalidad, es decir, a un mercado interno capitalista y dependiente, desde su oficio

de peluqueros, artesanos, comerciantes o transportistas.

Para los migrantes caquiavireños, como para cualquier otro grupo, hay determinantes estructurales del sistema en el que se desenvuelve la sociedad. En este sentido, “los conceptos de etnia y clase no son suficientes para el análisis de la inserción de los migrantes de origen rural en el sistema social de acogida” (Sandoval, s/f.:91). Es preciso pues que veamos otros elementos más que nos ayuden a comprender integralmente el fenómeno, siempre dentro de una perspectiva de análisis de ida y vuelta: los residentes como actores sociales que operan en y sobre la producción y la cultura urbana, y a su vez la cultura urbana y el sistema económico que opera sobre aquellos.

Dentro del sistema social de acogida, caracterizado como mercado de economía capitalista atrasada, causa del retraso del progreso técnico (baja industrialización), los migrantes encuentran en la actividad artesanal de servicios y comercio su mayor fuente de ingresos. Algunos forman parte del sector de empleados públicos.

En general, los migrantes del CAC no se distribuyen entre los diversos sectores de actividad. Su inserción al mercado de trabajo se da, por ejemplo, a través de la construcción urbana de la ciudad: las estuqueras. Una de las estuqueras más afamadas es la de Pando (del cantón Gral. Pando) que provee una buena cantidad de estuco de calidad a la ciudad de La Paz, igualmente otra estuquera aparecida recientemente, la de Ninoca.

Don Natalio Garay, fundador del CAC y notable vecino del pueblo, juntamente con su hija y ayudados por toda la familia abastecen a una gran cantidad de puestos de venta, especialmente de la Avenida

Buenos Aires, también distribuyen en el campo y cumplen encargos a domicilio. Los Garay de vuelta al pueblo van con su camión cargado de cervezas entregando a las contadas tiendas que existen en Caquiaviri, una buena cantidad llevan al campo. Hay que mencionar que en el grueso de la institución de los residentes en La Paz existe el sector de transportistas que contribuyen con sus propias líneas de flotas, microbuses y colectivos al servicio provincial e interdepartamental (Transportes al Altiplano). Es llamativo que justamente gustan contribuir con líneas que hagan servicios a sus coterráneos y dentro de un circuito visiblemente localista.

Uno de estos transportistas es don Telésforo Mankachi, quien cuenta con una treintena de vehículos para el transporte de cerveza y pasajeros, que hace recorridos a la provincia Pacajes. Justamente sus flotas llevan el rótulo Provincia Pacajes, haciendo el servicio a Caquiaviri dos veces por semana.

“Sirvo a mi pueblo” -indica-, mostrando también cierta incursión en el capital privado como propietario de una amplia flota de transporte. Aquí podemos apreciar la articulación de una clara economía capitalista con ciertos moldes étnicos de alta direccionalidad hacia el grupo.

En el orden de las ocupaciones, en el capítulo anterior hicimos mención a lo que Gölte (1987;158) llama direccionalidad en la ocupación. Hace referencia a un oficio muy propio de ellos, a la vez antiguo y transmitido de padres a hijos. Es el caso de los peluqueros que se ubican hacia el norte de la Avenida Buenos Aires, en El Tejar y en la Garita de Lima, en un buen porcentaje son caquiavireños.

Fueron los primeros migrantes caquiavireños los que posibilitaron la inclinación de los recién llegados

a este oficio. Este hace su aparición después de la Guerra del Chaco, y se perfila como oficio aprendido en el escenario de la guerra (relatos de don José Álvarez, el primer peluquero caquiavireño). Entre los que conocemos hay cinco peluqueros bien instalados y un estilista profesional apellidado Tambo y que tiene instalada su peluquería en el edificio Kersul de nuestra ciudad. Habiendo logrado éxito en su profesión es para los caquiavireños un modelo de referencia digno de imitarse.

Otro sector de integrantes del CAC trabaja como artesano, de especialidad en tejido de mantas de vicuña. Esta labor la realizan generalmente bajo la conducción de sus mujeres, vicuñeras de tradición, quienes hilan con pequeños husos y también comercializan. Tan notable arte ha tenido gran repunte en los últimos años que impusieron la moda entre las de vestido y las de pollera.

Decíamos a un principio que la inserción de los migrantes tenía un carácter sui generis y que además, dadas las características dependientes de nuestra economía muy poca industrialización, éstos no podían formar un proletariado o una burguesía a cabalidad. La realidad muestra que en la ciudad de La Paz, al igual que en otras ciudades latinoamericanas, existen formas cuasi-artesanales (Colte) de producción y trabajo a domicilio (no nos referimos al sistema de maquila que es propiamente capitalista), y también formas de explotación de mano de obra en relaciones laborales cruzadas prioritariamente por el clientelaje, el parentesco y el paisanaje (oPp:Elt:34).

Los caquiavireños del CAC ocupados en actividades artesanales, el transporte, servicios y otros, hacen valer sus saberes tradicionales y su primera socialización para acoplarse a forma de producción

semi-capitalista donde ellos son propietarios muchas veces, y en las que se despliegan formas de acumulación de capital. En este sentido podemos decir que se produce una “hibridación”, o lo que Gölte llama la ruralización de la producción urbana (ídem.) y viceversa, urbanización de la producción de las actividades rurales.

En consecuencia, hay un ir y venir de influencias: por un lado, la ciudad influye en el comportamiento productivo y reproductivo de los migrantes y, por otro, éstos, “a través de sus prácticas, también intervienen en la reproducción”, (Sandoval. s.f.:91). Justamente son estos tipos de actividad productiva, de reproducción y consumo, ligadas a las relaciones de clientelaje, compadrazgo y paisanaje, los que le dan un perfil especial al lugar de acogida de los migrantes en general. De ahí que legítimamente se pueda hablar de que cada taller artesanal, o cada puesto o línea familiar”. Con ingredientes capitalistas y formas campesinas tradicionales, con la existencia de un capital y un grupo en connubio y comensalidad (Weber).

Es una forma característica de formaciones capitalistas dependientes la proliferación de estas “pequeñas empresas familiares” que son consideradas de pequeña escala por su nivel de operaciones económicas a nivel particular (Dandler,1987:546) pero significativas a nivel grupo socio-cultural al que representan. Tal el caso de la familia Mankachi y su pequeña empresa de transportes, y otros donde la esposa desempeña un rol, los hijos otro y el esposo administra.

El testimonio de doña Adela Tarquino de Velasco una exitosa Pollerera, nos permitirá introducirnos en ese mundo mágico artesanal. Ella además de dedicarse a hacer confeccionar polleras también es mantera.

“Mi comadre me provee porque se lo he hecho casar a su hijo. Desde antes me provee. Era mantera, mantas a piso bordada, ella hacía. Yo encargo para que me hagan las polleras. Bueno, antes encargaba, ahora vienen ellas a recoger el material. Las telas antes compraban de una tienda importadora de los judíos, ellos nomás tenían telas también, ahora más bien los bolivianos ya. Las señoras ya han abierto sus tiendas de polleras y en el super también hay telas. Las mantas hago trenzar, me voy a comprar también la flecadura y eso hago trenzar. Tengo mis trenzadoras, tengo mis pollereras, antes trenzaba este macramé. Después ya no he estado con la atención de la tienda, no se puede, así que hago coser. Mi tienda tiene 23 años. Mis caseras son mayormente de Río Abajo, hago para las comparsas de otros pueblos también. No sé si se ha fijado, mi hermana también tiene su tienda de ropas en la Rodríguez, y mi tía se vende mantas en la puerta de mi casa” (60).

Doña Adela es considerada por los caquiavireños como una Camiri (millonaria). Buena cantidad de sus ingresos los destina a pasar sus fiestas, a colaborar con los del CAC y a cumplir con las devoluciones en ayni (generalmente en cerveza). En el pueblo existen testimonios de la colaboración que prestan ella y su esposo (yerno de Caquiaviri) en diversas formas: bancos para la iglesia, mejoramiento de la Casa de Gobierno, piletas de agua, electrificación, construcción de locales escolares, etc.

Como podemos apreciar por el testimonio se dan formas económicas campesinas donde funciona no sólo el capital sino también la reciprocidad y donde tampoco se podría hablar de explotación absoluta, puesto que las relaciones de padrinazgo atenúan o aligeran, o hacen más llevadera la explotación.

Tenemos también el caso de Doña Asunta Melendres y familias que se dedican desde años con éxito a la medicina naturista. Doña Asunta tiene su pequeño consultorio en el Tambo Santiago de la calle Sagarnaga, y se precia de curar “mejor que cualquier médico” en base a yerbas. El hijo mayor y una hija practican igualmente esta profesión, es decir que el consultorio funciona al estilo de una pequeña empresa familiar, con despliegue de publicidad por radio inclusive.

Al parecer Doña Asunta como tantas otras migrantes altiplánicas es naturista por tradición familiar, socializada desde muy pequeña en la medicina andina ha logrado insertar a su familia en la ciudad a través de esta ocupación cuya clientela es predominantemente “india” y mestiza. Su tarifa por consulta es de 10 bolivianos. Su mercado de abastecimiento está formado por las redes o circuitos mercantiles establecidos por los yerbateros y jampiris. Así mantiene su propio ritmo de reproducción dentro de marcos que podríamos llamar étnicos y de una economía artesanal, no inserta -por lo menos vía producción- en la economía capitalista urbana, aunque si en ciertos circuitos de la circulación. Su actividad -prestación del servicio- le permite apropiar una ganancia en dinero a través de la reproducción. Esto posibilita participar en el mercado de bienes para obtener sus medios de subsistencia.

Repetimos una vez más que la ciudad de La Paz no es una urbe industrializada al estilo de otras ciudades latinoamericanas, en su seno se hallan entremezcladas formas ya mencionadas que, en muchos casos, facilitan una inserción exitosa en la ciudad. Se produce un uso de sus propios saberes adquiridos en la comunidad.

Estos últimos años observamos una relativa pujanza en los sectores habitados por los residentes aymaras, esto es producto precisamente de las pequeñas empresas familiares, de diversas modalidades de autoempleo y empleo, de auto explotación y explotación morigerada y encubiertas por relaciones de compadrazgo.

En general los residentes del CAC son una élite social y económica que ha logrado cierto éxito en la ciudad mediante sus ocupaciones diversificadas (comercio, transporte, servicios) y por una condición de migrantes antiguos, con un mejor nivel de educación que los recién llegados (de las comunidades). Los oficios de vicuñera, pollereras, transportistas y dueños de pequeñas fábricas de confecciones, textiles, overlock (acabado de bastas en las prendas de vestir) son muy rentables. Tales oficios les permitió cierto poder de acumulación y también niveles de consumo importantes.

Analizando la estructura de consumo del grupo estudiado, se hallan características muy peculiares: es bastante elevado el gasto en actividades festivas y de reciprocidad. Casi durante todo el año la élite del CAC, tiene la obligación de ir contribuyendo a los innumerables regalos, que en forma de ayni recibió en las fiestas, las prestes, ensayos de baile, ch'allas, recepciones de recibientes, etc.

Esto y mucho más, obliga a la "élite Qamiri" a un cierto consumo suntuario de ropa, disfraces, bebida, arreglos esquelas y otros rubros relacionados con la actividad social.

Por lo que hemos podido comprobar, el sector antiguo del CAC es decir, el perteneciente a la primera fase, ha logrado acceso a casa y servicios esenciales como agua potable, alcantarillado, luz y también teléfono. Esto permite que su vida social

alcance niveles de consumo suntuarios importantes. Por vía indirecta se sabe que la plana mayor caquiavireña (en la que se incluyen algunos del CAC), está anclada en la morenada “Eloy Salmón” que baila en la fiesta del Gran Poder. Esta morenada está conformada por comerciantes de productos electrodomésticos, computadoras, etc. que trabajan en la conocida calle Eloy Salmón.

Cabe mencionar que la mayoría de los comerciantes de esta línea son aymaras que trabajan en familia. Tal es el caso de la familia Candia, a partir de la cual observamos que el sector de comerciantes de electrodomésticos -que cumple función importante en la formación del mercado interno capitalista- forma parte por la vía de la importación, del comercio exterior de productos manufacturados en los países altamente industrializados, y que llegan al país a través del contrabando. A pesar de esta clara inserción en la lógica capitalista, en su vida cotidiana no dejan de intervenir relaciones sociales de reciprocidad con un tinte aymara que reproducen prácticas aymaras. Podríamos llamar a este fenómeno un entrecruzamiento etnia-clase.

2.5- Solidaridades verticales en compadrazgo

Una forma práctica de operacionalizar su estadía en el lugar de acogida es vinculándose con los de “arriba”. Tal instancia de unión hacia “arriba” significa inversión y trae aparejada su recompensa social, un ansiado acercarse más, con modelos de vida occidentales a que muchos residentes aspiran, en circunstancias en que sus patrones de vida son cuestionados por las clases dominantes por considerarlos inaceptables dentro de marcos de vida pretendidamente “civilizados”.

El compadrazgo en este sentido, resulta uno de los mecanismos de que se valen para establecer articulaciones dominantes. Es inversión en cuanto conduce a una interrelación con sectores de poder que darán viabilidad a sus aspiraciones de ascenso social en el contexto global de la sociedad urbana, significa movilidad que para ellos tiene un sentido de valoración pues los acerca al modelo urbano y los aleja de lo rural, de lo pueblerino.

Por las entrevistas pudimos detectar los problemas que siempre han tenido los del CAC para legitimarse como institución, y también para hacer valer su condición de ciudadanos bolivianos. De ahí que ellos permanentemente tuvieron que ejercitar relaciones de compadrazgo con ex hacendados, con autoridades y otros miembros de “arriba” para conseguir algo. Al analizar una situación parecida expresa Cardozo de Olivera: “Es por demás sabido que el compadrazgo puede ser usado tanto para ampliar cuantitativa y espacialmente el número de parientes relacionados ritualmente, como para reforzar lazos de sangre y rituales ya existentes... la ampliación numérica y espacial del mismo está motivada por el imperativo de extenderlo. La preocupación de extender el parentesco en las ciudades resulta así un mecanismo de articulación inter clase bastante nítido (Cardozo de Oliveira, 19277:293) Es un timbre de orgullo decir “fulanito es mi padrino”. Se trata, en cierta medida, de la óptica del colonizado, donde muchas veces éste necesita el apoyo, el acercamiento y la emulación de modos de vida urbanos de la clase dominante.

La relación económica surge en el momento de la devolución, o de la reciprocidad del padrino con el ahijado. Este deberá hacerlo en forma de “actos” o de productos burocráticos, como nombramientos en puestos, facilitar el ingreso en otros círculos, magnificar sus celebraciones en otros espacios de

valor social, en relaciones con la “gente decente”, obtención de algunos documentos como carnet de identidad, acceso a la prensa y a los radios (61). En estas acciones rigen también modelos occidentales. Si se nombra padrino es porque se quiere que el ahijado siga los pasos de su padrino, o que se acerque más a modelo de vida supuestamente deseable. Es un mecanismo inter clase tratándose de una técnica de acercamiento a las capas superiores con el fin de recibir apoyo. El padrino lo acercara a la estructura estatal, dándole ante su grupo de referencia (los residentes) un status superior, que posiblemente le abra los canales de un posterior éxito económico. Así nos lo expresa don Telesforo Mankachi:

“Serví por mucho tiempo como colono al Mayor Guzmán. Pero gracias a él soy lo que soy. Él era mi padrino de bautizo, también era de muchos de los colonos. El Mayor Guzmán me dio muy buenos consejos. Me dijo: “tú no eres sonso, tú haces todo, eres muy activo y serás mucha cosa en el futuro” (62)

Según Mankachi, los consejos de su padrino de bautizo le sirvieron en gran medida para que él se abriera paso en la ciudad con bastante éxito. Él se siente adaptado y aceptado en la ciudad en el círculo de su oficio. “Me rolo -dice Mankachi- con buena gente, don Max Fernández, soy su consocio”: En cambio parece tener problema en su relación con la gente del pueblo de Caquiaviri que siempre lo ve como a un ex comunario “indio”, aunque haya hecho fortuna y alcanzado buen status en la ciudad.

Las pautas de consumo de Mankachi, como la de otros del CAC. son las mismas que describimos al principio. Sus exigencias de confort y comodidad son mínimas y su alimentación cotidiana, frugal. Donde gasta sus excedentes -ya lo dijimos- es en la fiesta de Caquiaviri y otras pequeñas prestes, en su calidad de pasante.

CAPÍTULO 2.

EL PAPEL SOCIAL QUE CUMPLE EL CAC EN LA CIUDAD

A manera de hipótesis podemos decir que los residentes de Caquiaviri despliegan estrategias de acondicionamiento (solidaridades verticales y horizontales), redes de articulación con fines sociales y de esparcimiento, entre los que cuentan los centros culturales y de acción, de tal manera que su acoplamiento a la ciudad se da en términos de cierta organicidad y operacionalidad, y no de forma caótica y desorganizada como piensan muchos burócratas urbanistas incluyendo al ex Alcalde Ronald Mac Lean. Similares a los resultados extraídos por Gölte en su estudio sobre Lima, podríamos decir que la historia de los residentes de Caquiaviri es “una historia de logros, de orden y concierto, de pobladores que construyen sus viviendas y sus vidas” (Op.cit.:17)

1) Instancia de esparcimiento

Justamente uno de los mecanismos de acondicionamiento favorable y que en cierta medida amortiguan ansiedades en situaciones adversas de la vida urbana, es el organizar -a través del CAC- el esparcimiento de sus coterráneos y mantenerlos ligados al lugar de origen. Esta práctica a tiempo de cohesionarlos como etnia, permite aliviar tensiones que el choque con la vida urbana “civilizada” les produce.

Los residentes de Caquiaviri agrupados en el CAC, desde el nacimiento de este el año 1946, han colaborado en la organización de la fiesta del 17

de enero reclutando la gente y convocando a los “cabecillas” a que deben cumplir el compromiso asumido al ser investidos con dichos cargos. Así, en algunos de los documentos del CAC hallamos alusiones a este tema:

“Les comunicamos que el próximo domingo 14 se llevará de acuerdo con ustedes el primer ensayo de la Comparsa del Centro Juventud “Caquiaviri” para la festividad del Señor San Antonio Abad, Patrono de nuestro pueblo de Caquiaviri, para esto le hacemos recuerdo, para el cumplimiento de los compromisos contraídos con el pueblo. Para llevar a cabo el primer ensayo estamos con el asunto de conseguir el local, para este les rogamos tomar contacto y estar a la sintonía de la radio Nacional en la que se hará la citación respectiva de parte de La Directiva de nuestra institución esperamos tomar divida (sic) nota” (63)

Por supuesto el acto ritual de la fiesta no puede calificarse de simple esparcimiento. Pero en esto como en muchas otras cosas: fiesta y espacio sagrados, lugar de reunión y de legitimación de su status ganado por cada residente en la ciudad se halla el espacio de auto reconocimiento de sus propias identidades. Al respecto dice Temple “La fiesta es sabiamente controlada y estructurada como dinámica esencial de la vida económica y social” (Temple. 1986:53). Por esto, los del CAC siempre tomaron con tanta seriedad la organización de dicha fiesta, y en un pasaje de su historia que alude al conflicto interno entre blancos y verdes, al ser acusados por sus propios coterráneos de “organizar comparsas” (considerado por este sector como algo pagano y puramente festivo), los del CAC airadamente responden así:

“Jamás. de los jamases la Directiva se hacía cargo en organizar comparsas, sí nos hemos preocupado

en cooperarlos a los cabecillas en cada fiesta del 17 de enero, mientras que ahora que componen el actual directorio su preocupación era destruir (sic) el Centro... que nuestros cabecillas de la comparsa estaban huérfanos y los miembros del ex Directorio hemos tenido que respaldar como verdaderos socios activos del Centro de Acción Caquiaviri, nadie (sic) nos pueden privar de lo que somos y hombres que habíamos realizado nuestras actividades” (64)

Para los fines de organizar el esparcimiento las cuotas o partes nunca se dejaron esperar ni antes ni ahora, ya sea en dinero o especies. Existía una gran solidaridad y un trabajo de equipo inigualables. Tenemos a mano un documento.

“...nos permitimos recordarle a Ud. que hemos asegurado dicho aporte suyo consistente en una lata de alcohol, de lo que mucho rogaremos ya ponga en disposición (sic) del Sr.Sec. de hacienda Don Darío Maldonado... para que él pueda hacer el preparado respectivo que se hará en el local de la calle... si acaso en persona desea Ud. Hacerlo el preparado sería mucho mejor lo que sin duda es una contribución valioso (sic) en el día de la familia caquiavireña” (65)

Otra forma de organizar el esparcimiento era y es actualmente a través del fútbol, actividad de la cual hablamos anteriormente como pilar fundamental para la organización del Centro. A más de ser el fútbol un elemento nivelador de desigualdades sociales (pero también de faccionalismo), era un ingrediente básico esparcimiento de sus asociados y de la organización en sus ratos de ocio.

En esto participaba toda la familia caquiavireña, empezando por los niños y terminando en las mujeres que eran las que hacían barra. Un documento hace mención a la participación de los hijos de los caquiavireños.

“Mi secretaría encarece a ustedes de comunicarles, que por resolución del Directorio... Se programó que en un partido preliminar enfrentará nuestro equipo infantil con carácter amistoso frente a un cuadro de otra organización. Para este evento deportivo infantil se servirán ustedes de enviar a sus hijos al primer entrenamiento que se llevará el día domingo 9 del presente a hrs. 6.30 en la cancha Said y les advierto que la hora es fijo (sic) “(66)

Las pequeñas fiestas fueron siempre para los caquiavireños espacios de aglutinamiento, legitimación y esparcimiento. Son precisamente estos momentos los que han posibilitado la preservación del grupo dentro de sus propios márgenes con la práctica de la endogamia, perpetuando la vida del CAC como institución. En cierta medida esta institución cumple desde sus orígenes una función de reproducción social muy valiosa, tanto para los estantes en la ciudad como para los que se quedaron en el terruño. Una de esas pequeñas fiestas a las que hacemos mención es la de San Juan, momento en el cual los caquiavireños aprovechando la existencia de su conjunto folklórico, preparan la diversión de sus coterráneos. Ellos en sus propios términos envían una carta al presidente del CAC, invitando a toda la familia caquiavireña a la fiesta de San Juan. Dice así:

“Los componentes del conjunto autóctono los Wayrurus del rubro y, por disposición de la mayoría, nos permitimos comunicarles. El día miércoles 23 del presente a hs. 20 con motivo de San Juan se realizará una fogata preparado (sic) por el conjunto, dedicado a todos los componentes y a los jugadores de la institución, acto que se llevará en su local de costumbre zona El Tejar. A este acontecimiento de la familia Caquiavireña quedan invitados a apreciar nuestras músicas netamente autóctonas que se práctica. Por la unidad del Centro”

(Firmas) (67)

Y en otra ocasión con motivo de carnavales los Wayrurus envían una carta al Presidente del CAC en la que le expresan haber resuelto honrar a su pueblo con una presentación pública. A propósito de esta actividad musical se organiza toda una fiesta.

“Los componentes del conjunto LOS WAYRURUS del rubro, se premiten (sic) una vez más poner en conocimiento del todo el Directorio, socios y socias de la institución... el conjunto en su última reunión resolvieron... de honrar (sic) a vuestro pueblo de Caquiaviri con la presentación pública el día domingo de Carnavales en la hora de la Entrada... si alguno de los señores socios de buena voluntad desearían participar se servirán de tomar contacto con el señor Jerónimo Conde (El Sejtiti, flaco) quien en la misma reunión del conjunto se hizo presente, y se manifestó con todo entusiasmo (sic) de organizar a medida de su alcance. Por ética correspondiente el conjunto, después de la Entrada el día domingo de Carnavales, de un acuerdo unánime lo brindaremos una vicita(sic)protocolar al cuerpo directivo de la institución que es digno de vuestro cariño y estímulo, esto lo haremos es decir nos constituiremos al sede (sic) respectivo (sic)”

Y añaden con entusiasmo:

“Por cuyo motivo nos suscribimos sus atentos y alegres...

WAYRURITOS” (685)

Entrevistado un residente de Caquiaviri acerca de las fiestas que realizaban en años anteriores, sobre todo cuando eran jóvenes (el entrevistado tiene 60 años y es fundador del centro de los caquiavireños), no oculta su emoción y expresa:

“Y entonces, de ahí nomás se animaban. Y sigo pensando, mira, cada fiesta que nosotros hacíamos ¡Ay mamita!, ¡Uy! ¡Feliz de los felices!

Había también ¿jóvenes cholitas Caquiavireñas... ellas han hecho comparsas. Cuotita nos poníamos semanalmente 5 pesos, entonces ha generado dinero, y con ese dinero se hacían muchas fiestas y otras cosas” (69)

De este modo es que el CAC durante los 44 años de vida institucional fue organizando esta instancia de esparcimiento de diversas formas. tratando que el transcurrir de sus asociados se haga llevadero en la ciudad y sin las graves ansiedades que suelen provocar los encuentros y fricciones interculturales o interétnicos, máxime en una ciudad donde la cultura criollo-mestiza ejerce su poder sobre aquella del campo.

A través de los testimonios los residentes del CAC nos muestran su sentido organizativo dirigido a objetivos concretos mencionados en sus estatutos. Nos da pues un asentamiento caótico. Sabemos que los aymaras tienen una tradición organizativa de larga data, sumado a su sentido comunitario que busca permanentemente asimilar a sus coterráneos. En este punto retomamos las afirmaciones de Jürgen Gölte que dice:

“Los inmigrantes utilizan el bagaje cultural de sus pueblos de origen para optimizar su inserción en la urbe” (op.cit.: contratapa).

2) la estancia disciplinadora y moralizadora

Uno de los roles que cumple el CAC en la ciudad de La Paz es velar por sus asociados. La moral vivida por sus coterráneos está cuidadosamente vigilada en las mentes de sus asociados, operando drásticamente en el momento de ascenso en la estructura de poder del CAC. Un pequeño desliz, especialmente en la vida de pareja acarrea muchas veces alejamiento

del CAC. pues es habitual la asunción de la pareja sobre todo en la fiesta. A modo de ejemplo mencionamos que conocemos una pareja que desde hace buen tiempo se halla separada. Reconociendo su problema el hombre expresaba: "Para qué me voy a presentar al Centro de residentes, no tengo cara, así como estoy andando con mi mujer". En vista de que la representación social se la hace siempre en pareja, la pervivencia de la misma es vital para una reproducción de las condicionantes sociales que hacen a dicha fiesta y cobros alferazgos que tienen ellos que pasar. Esto no quita el que al interior del CAC, en las listas y la mesa directiva las mujeres no tengan más representatividad que como simples animadoras o a lo sumo como secretarías de Vinculación Femenina.

De este modo y a lo largo de su vida institucional el CAC se convierte en instancia disciplinadora y moralizadora muy fuerte, una especie de juez que emite sus dictámenes acerca del comportamiento de los residentes, sobre todo, de los cobijados bajo la institución matriz. Es legislador que regula las buenas costumbres y vela por la buena orientación de sus coterráneos. Junto con velar por el tiempo libre y el esparcimiento de lo caquiavireños. los móviles éticos, formativos Y educativos fueron los que, dieron lugar al nacimiento del CAC. Lo dice Don Luis Patty al aludir a primeros tiempos de formación de la institución.

"...nos daba pena ver a nuestros paisanos tocando timbre y pateando t'ejeta en las calles, parecen walaychus -dije- hay que formarlos a esta nuestra organización, tenemos que trabajar por el porvenir de nuestro pueblo". (70)

Inspirados dentro de normas disciplinadoras y éticas los del CAC, con la experiencia ganada en sus años de estadía, sabían que esos juegos que se abocaban

los jóvenes caquiavireños en las calles de la ciudad conduciría por el mal camino. Los fundadores se sentían tal vez con la autoridad moral para juzgar los actos de los demás. Funcionando dentro de marcos étnicos, de parentesco y acompañamiento, reproduciendo endogámicamente a su grupo creían estar obligados a ejercer un control social sobre sus asociados y hasta de emitir certificados de buena conducta.

Por los documentos y testimonios vemos cómo -pasados los años- el Centro de residentes formalmente ejerce el agente moralizador de sus coterráneos en la ciudad. Se convertirá en el sujeto autorizado por sus mismos socios para extender certificados, fieles a la letra de sus estatutos.

“Impulsar por todos los medios correctos el progreso, superación moral social y cultural, deportiva y económica” (71)

¿Cuál es la razón para que esta institución se constituya en la normadora de buenas costumbres y en vigía de la conducta de sus asociados? Una respuesta hipotética apunta a derivar esa orientación de una desconfianza natural hacia las leyes criollas que producen dilaciones y practican el prevaricato burlándose de la ley. Quizás piensen que frente a instituciones de la clase dominante sólo pueden perder, en cualquier caso. De todas maneras, encontramos datos tan elocuentes como el siguiente:

“Muy señor mío, me permito insinuarle quiera ordenar por secretaría se me franquee un certificado acreditando que la socia pasiva de ese Centro, A.M. no observa conducta irreproachable o buena habiendo dado mala nota de su persona, la cual por ellos ha sido objeto de prevenciones o advertencias para que observe buena conducta y compostura. Igualmente se servirá disponer

que a mi esposa M. de Ch. y a mi persona se nos otorguen certificados de buena conducta en nuestra calidad de socios activos de ese mismo centro” (72)

Fallo: El Centro certifica favorable al esposo -de M. de Ch.-

Vemos pues que el CAC en su papel de juez, desde las épocas de su fundación ha estado extendiendo certificados de buena conducta a sus asociados, convirtiéndose en este sentido en una instancia moralizadora y disciplinadora alternativa a los entes oficiales.

Transcribimos para su análisis el documento mencionado

“CERTIFICADO DE BUENA CONDUCTA

Certifica:

1ro. Que el Sr. T.W es natural de la comunidad de Tuli

2do. En la organización del Centro, hacia años ha militado como excelente deportista demostrando una conducta intachable con su espíritu de confraternidad caquiavireña.

3ro. La entidad tuvo el honor de tener en su seno como sus miembros activos y fundadores... por lo que abonando la honorabilidad del Sr. TW. hace constar también que hasta que haya sido recluido en el Panóptico no conocemos ni sabemos antecedente mal alguno” (73)

La reprobación o la sanción moral no siempre esta oficializada en una carta o un certificado de buena conducta. Los residentes, como cualquier otra persona, apelan a una conciencia moral de lo que se debe y no se debe hacer. En este sentido hay casi una concertación velada de someterla al aislamiento. excluirla de participar en las actividades oficiales o festivas del Centro. Prueba de ello es el caso de

cierta señora de pollera que al haber enviudado se volvió a casar por tres veces consecutivas. Conversando con nuestros entrevistados nos dijeron que tal señora había sido sistemáticamente alejada del centro de residentes caquiavireños. Expresaban: “ha perdido el respeto, no es tomada en cuenta”. Esa es la observación hecha -según vimos- por el sector más antiguo del CAC. De todas maneras y a nivel general, parece ser éste un patrón de juzgamiento común a nuestros entrevistados.

Sucedió algo parecido con otro socio del CAC actualmente en dificultades con su pareja. El caso es el siguiente: ellos viven separados hace algunos años y, según él, no tiene cara para presentarse ante los del CAC, ni pretende ocupar algún cargo en la institución matriz. Varias entrevistas orales y también documentos revelan esta preocupación y sentimiento del deber ser que los residentes persiguen para regular la vida de sus asociados. De acá deducimos que ellos traen sus pautas y valores morales del campo donde recibieron su primera socialización (Jaqichaña = en la vida todo es par), la importancia de la pareja en el mundo andino y por consiguiente aymara. Al respecto un caquiavireño viudo nos relataba:

“Desde que se ha finado mi señora, nada puedo hacer, siendo solo no puedo aspirar ni a ser presidente de la institución, ni pasar preste” (74)

Los roles disciplinarios y sancionadores que imparten en La Paz traen reminiscencias al control social estricto que se suele ejercer en la comunidad, donde un desliz en la vida moral, un acto deshonesto, el robo, la mentira suelen acarrear graves consecuencias para la persona; hasta el punto de ser excluida muchas veces de la comunidad (recordemos la trama de la película La Nación Clandestina).

3) Instancia aseguradora

Un inmenso cúmulo de nuestras conductas se orientan hacia la búsqueda de protección contra lo azaroso, las imprevisibles fuerzas de la naturaleza, accidentes, muertes, sequía. En el mundo andino el sistema de reciprocidad se halla tan desarrollado, que a la presencia de una adversidad natural o humana surgen mecanismos de ayuda comunitaria a la manera de prestaciones de seguro que acuden hacia su pariente a vecino que lo necesita. No podemos soslayar las prácticas mágicas que el hombre andino realiza periódicamente, y que en general tienden a el sustento humano. Lo mismo se puede decir de otras prácticas que sirven para aplacar la ira de los dioses y ahuyentar los malos espíritus como las rogativas y que, al menos a nivel racional, operan como paliativos a su desgracia.

En la ciudad, donde el acoso de las fuerzas de la naturaleza pasa a segundo plano y el dinero es la fuente de preocupaciones e inseguridades, se hace preciso otras instancias de previsibilidad y seguro. Es muy frecuente, aún en muchos sectores no precisamente de los residentes, el juego del pasanaku como una forma de ahorro. Entre los caquiavireños, sobre todo en el sector mujeres, se forman redes de jugadoras de pasanaku, sea en dinero o en comestibles. Igualmente, en caso de desgracias a sus coterráneos opera el sistema de ramas, muy común en el campo.

Si se considera que las instituciones de seguro social cubren sólo un pequeño porcentaje de habitantes de la ciudad, y en muy escasa escala a los migrantes -cuenta propistas en general- entenderemos la importancia de las formas propias de ayuda entre coterráneos, más aún entre socios.

Diremos que, en primera instancia, entre los residentes en general funciona la “red de parentesco” como un sistema para la familia (Albó, et.al., 1989:67). Ya luego de haber acudido a la familia y a los padrinos, los residentes suelen acercarse a sus instituciones matrices quienes se constituyen en un ente de socorro mutuo, corporativo y de beneficencia. Velar por los asociados, es una de sus funciones enunciadas por los estatutos. Entre residentes caquiavireños asociados en el CAC se instituye todo un “sistema especial de cuotas” (ramas), un fondo común del que puedan echar mano en casos de emergencia, según consta en numerosos documentos del CAC.

Diversas formas de -conminar a sus asociados para recaudar algo para uno de ellos, despertar el espíritu humanitario de los socios para aliviar problemas tales como enfermedades, muertes, derrumbe de sus viviendas, etc., resultan ser tareas que desde un principio motivaron a los caquiavireños para agruparse. En la gestión de don Luis Patty, por ejemplo, se trabaja para impedir que los caquiavireños anden desparramados, “como hualaychos por las calles”.

En situaciones de mayor gravedad, el CAC se hace presente, desplegando inmediatamente a su gente para el recojo de cuotas extraordinarias.

“En vista de haber fallecido la esposa del socio Sr. Zacarías Copa, nuevamente se recurrí (sic) al espíritu humanitario de los señores miembros del Directorio, socias y socios, a contribuir con una cuota extraordinaria de Bs.5.000 por persona, destinados a la compra de un tarjetón (sic) y corana de flores, y el saldo se entregará en efectivo al doliente y con cargo de rendición de cuentas por el secretario de hacienda” (75)

Para muchos de sus asociados y otros que están fuera de la institución. el CAC constituye un respaldo en medio del ambiente adverso de la ciudad, que reproduce su espacio natal. Así mismo sus redes de ayuda se extienden hasta el pueblo y las comunidades, dando lugar a que de diferentes ámbitos reciban el aplauso. Así se expresan los comunarios de Llimp'i:

“La corporación que ustedes han fundado en la ciudad de La Paz es muy digna y el orgullo para todos nosotros en este pueblo, precisamente es también para velar y vigilar todo lo que concierne a todos los intereses (sic) que este pueblo tiene como también para proteger a los que carecen de amparo y garantías en las comunidades que habitamos. La corporación que usted preside (sic) tiene un derecho de proteger y velar por la situación de los paisanos...” (76)

Ante la situación de desarraigo en la que se encuentran algunos en la ciudad, encuentran protección en sus entes culturales y de acción. Emerge pues el CAC como una forma alternativa de seguro social, una instancia donde estos grupos migrantes encuentran un mecanismo liberador de las preocupaciones y tensiones que acarrea un estado de desamparo frente a riesgos y avatares. La necesidad y el deseo de seguridad inmanente a toda persona humana es cubierta. En lo apremiante, por el CAC, según sus patrones culturales. De este modo el Centro se convierte en el mecanismo instaurador de un vínculo de solidaridad con sus coterráneos. Un sustituto desburocratizado e inmediato, haciendo las veces de una caja de seguro urbana.

Por la situación de inmigrante el aymara caquiavireño recién venido del campo, tiene que sufrir una serie de adversidades en el medio urbano hasta adaptarse. Su sentimiento de desarraigo es evidente (cuántos

aparapitas, alcohólicos y vagabundos se cuentan en este grupo migrante). Requiere pues, ante todos estos desafíos, una institución que lo cobije, que lo acoja. Así el CAC se constituye ante tal desarraigo en un canalizador de empleos, de demandas, de amparo.

Hay una diferencia sustancial entre el ciudadano oriundo y el recién llegado del campo, el primero tiene las puertas abiertas para ingresar a una institución y al mismo tiempo asegurarse. En cambio, el segundo, con menos “muñecas”, andando a tientas en una ciudad que lo rechaza por supuestas inferioridades, tiene como único “sitting”, su ente matriz que lo liga con su terruño y que puede ayudarlo.

Son ellos los que perciben la obligatoriedad del CAC para responsabilizarse por los asociados o los coterráneos en general.

“Tiene un derecho de proteger y velar por la situación de los paisanos...”.

“En vista de haberse sometido (sic) a una intervención quirúrgica de emergencia la distinguida socia Señora Doña Genoveva Garay, y siendo sumamente alto el costo de su operación, se encarece a los señores miembros del Directorio... y cimpatizantes (sic) cooperar con una cuota extraordinaria de Bs. 10.000 y Bs. 5.000 respectivamente. La entidad matriz de los caquiavireños agradece este gesto humanitario. (77).

Los estatutos lo mencionan:

“...instituir el servicio de beneficencia y asistencia social entre sus asociados, mediante una cooperación económica que se determinará para cada caso” (78)

En este cometido asumen la responsabilidad que les compete como Centro de Acción y, en materia de

salud, por ejemplo, no pondrán reparos en utilizar las cuotas con el fin de recaudar un monto factible de constituir una real ayuda para el asociado en apuros. Veamos el siguiente documento del año 1962 que dice:

“... de conformidad a lo dispuesto por el Directorio de la institución en fecha 6 de mayo de 1961 como emergencia de la intervención quirúrgica de su señora esposa E.C de C. se ha preocupado reunir algún fondo para poder ayudar pecuniaria por parte del centro, como una prueba de reconocimiento a su abnegada labor en beneficio de la familia caquiavireña... Hemos reunido:

Luis Patty.....	10.000
Romualdo Alvarado.....	5.000
P.C.	5.000
A.S.	5.000
A.A.....	5.000
Juan Fernández.....	5.000
Darío Maldonado.....	5.000
TOTAL.....	40.000

cuya pequeña suma producto de aporte con corazón, rogamos aceptar a la vez encareciéndole estampar su rúbrica a tres copias del presente oficio para constancia de nuestros archivos” (79)

De ahí es que con la confianza puesta en la institución lugareña, sus asociados enviarán cartas rindiendo la colaboración necesaria, especialmente cuando de la salud de sus seres queridos se trataba.

“Mediante el presente oficio tengo a bien de dirigirme a su digna persona con la “finalidad de poner en su conocimiento que mi esposo José Álvarez se encuentra enfermo grave e internado en la Clínica Americana, y viendo esta situación

aflictiva solicito mediante su persona una colaboración económica ya que mi esposo ha prestado su servicio desinteresadamente hacia esa organización, sin escatemar (sic) esfuerzo (sic) alguno, y consta a todos los coterranios (sic) caquiavireños” (80).

Luego de repuesta su salud el socio don José Álvarez expresa su agradecimiento a la institución, de la cual él (ahora fallecido) fue su socio fundador, expresándose del siguiente modo:

“...que han sido tan amables y humanitarios en cooperarme económicamente cuando me encontraba en una situación aflictiva y desesperante, en el que he sido sometido a una operación quirúrgica en la Clínica Americana. Por todo de estos (sic) razones, no me cabe de otra alternativa, que agradecer y saludar muy respetuosamente a esa digna institución cultural, y los miembros de la directiva” (81).

Dentro de esta dimensión aseguradora que desempeña el CAC en pro de sus miembros, podemos mencionar una importante y dirigida a consolidar y desatar tensiones en una situación de desempleo. Ya en otros estudios se ha mencionado la capacidad de intermediación de los residentes más antiguos para ubicar en puestos de trabajo “a sus coterráneos recién llegados.

Lo pudimos constatar por los documentos. El CAC se constituye en potencial y efectivo localizador y ubicador de puestos de trabajo para sus asociados llegados a la ciudad de La Paz. Datos orales y documentales nos permiten aseverar que los residentes nuevos acuden primero a sus familiares y, luego en segunda instancia a su institución para lograr un puesto de trabajo. Los más antiguos, dueños de talleres -caso de los peluqueros- toman a los caquiavireños recién llegados en

calidad de aprendices, hecho que por cierto no excluye relaciones de explotación amortiguadas y soportadas por la presencia de lealtades étnicas y de compadrazgo.

Casos como el que presentamos a continuación, cuando el residente aspira a un puesto administrativo en las instituciones del gobierno, son reveladores del grado de discriminación o la incapacidad de poder asimilarse a la cultura urbana por razones culturales. El colonialismo interno impide un mayor ascenso social de los residentes quienes siempre se hallan en desventaja frente al criollaje que tiene en sus manos las herramientas para una pronta adaptación a la cultura occidental citadina, pues maneja el idioma y otros instrumentos funcionales al sistema.

“Entrando a otro punto el sr. Juan Fernández pide se mande un oficio (Sic) al Sr. Ministro de Gobierno sobre el nombramiento de Registro Civil, al compañero socio Nicolás Alvarez y Fulgencio Maldonado manifiesta estar de acuerdo pero (sic) de toda maneras hoy me asumí (sic) ande (sic) el Director general mi (sic) manifestó que faltaba ortografía al Sr. Nicolás Alvarez en su examen de competencia (sic) y muchas dificultades he atropesado (sic)” (82)

Criados y socializados bajo pautas aymaras y educados en el idioma materno, estos residentes afrontan sinnúmero de exclusiones injustas y producto de las relaciones coloniales de dominación vigentes aún hoy, pero expresadas cada vez con mayor refinamiento.

Todas estas dificultades no impiden que el residente se esmere por un mejor manejo del castellano, haciendo esfuerzos, pero sin mayores posibilidades. De ahí que haya preferido incursionar en oficios donde lo idiomático y lo étnico no sean una barrera.

A pesar de todas estas dificultades, el CAC -velando por sus asociados- no cesa en canalizar puestos para sus coterráneos incursionándolos en el transporte, servicios, artesanado y, entre las mujeres primordialmente en el elaborado de mantas de lana de vicuña.

El CAC nucleado alrededor del objetivo de velar por el bienestar económico-social y cultural de los residentes en La Paz, además de las acciones hacia su lugar de origen cumple un papel normativizador del grupo en cuanto define penas y culpas y también premios y “menciones honrosas” cuando tiene que hacerlo. Este es un rol desempeñado con cierta independencia y autonomía frente a instituciones del Estado, como policías y otros. Desde este punto de vista actúan como verdaderos sujetos de la acción, en tanto grupo cohesionado y definido por una identidad que los remite siempre hacia su lugar de origen.

Esta normatividad propia regula en todo momento el bienestar económico y social. Además de ente disciplinador y de esparcimiento, el CAC funcionaba y funciona aún a la manera de una sociedad de beneficencia protectora del grupo a quien representa en tanto institución (es bueno recordar que Don Natalio Garay, su fundador, al organizar el CAC lo hizo inspirado en la Sociedad de Beneficencia Peruana). A lo largo del tiempo, esto ha ido construyendo un identificador común, centrado en los intereses y las necesidades de los caquiavireños, y aglutinando a la gente no sólo con el motivo de la fiesta -como suponen algunos- que de por sí constituye su gran momento social, o el deporte, sino también en búsqueda de protección, ante las probables adversidades en un ambiente de por sí excluyente.

El acontecimiento de la muerte y todo el ritual que le acompaña en el mundo aymara tiene su dimensión social. A través de estos sucesos los caquiavireños se unen y manifiestan su sentido de reciprocidad. Para su consecución el CAC opera coactivamente. Todos y cada uno de ellos deben estar presentes. No sólo están unidos en el regocijo, sino también en la pena y las dificultades.

Es el caso de Zacarias Copa, un caquiavireño en apuros. ¿Cuál es la reacción del grupo? Todos actúan inmediatamente, se movilizan para las cuotas en una suerte de conminatoria moral.

“Con el fallecimiento de su anciana madre, como humanos y mortales que hemos de seguir todos, y que ninguno de nosotros estamos en condición de confrontar los gastos de esta naturaleza...”

“Cuyos aportes como de costumbre serán contabelizados (sic.) y rendido cuentas por el secretario - (83).

Se puede hablar aquí de una cultura “plebeya” (Thompson, 1979:3) con un sentido de lo económico y lo moral que se siente prácticamente obligada a socorrer a uno de los suyos. En su condición de migrantes y de escasos recursos saben que no pueden “confrontar gastos de esta naturaleza”. Se palpa una conciencia de sus posibilidades como individuo y como grupo.

Pero lo que merece destacar aquí es esa conciencia de desprotegido que se expresa en el discurso de la cita anterior. Asumida por ellos la carencia de un seguro, lo instituyen, en la forma más seria, con su reglamentación y su contabilidad.

Sus asociados y beneficiados no hacen otra cosa que agradecer. A través de los documentos encontramos muchas cartas de agradecimiento dirigidas al CAC.

“Nos honra dirigirnos a esa noble organización de la familia caquiavireña, haciendo extensivo a todos los asociados en general, nuestro más caro y profundo agradecimiento que una vez más en la historia de su vida demostró ante el dolor y luto que nos embargó el trágico fallecimiento del que fue DONATO FLORES RAMOS, por la colaboración necesaria que nos fue prestado (sic.) en dicha ocasión (sic.) la familia doliente por nuestro intermedio formula pues las gratitudes de reconocimiento a cada uno de los dignos integrantes de nuestra querida organización, es de hacerles notar que ha sido entregado la suma de 200 a la sra. viuda cuyo aporte siempre ha servido mucho en los gastos que demandó el entierro, que aún en conjuga (sic.) y llantos exploramos (sic.) a nuestro creador que os heche (sic) vendiciones (sic.) por esta humanitaria ayuda” (84).

La organización caquiavireña y sus integrantes son acreedores a las gratitudes de los deudos, a pesar de ser conscientes de la obligación que tienen como instancia corporativa, creada por ellos mismos. No dudan en responder con el protocolo y la pulcritud discursiva que caracteriza a los residentes aymaras en sus papeleos, porque saben que éstos irán a parar a los archivos, y algún día como ahora, saldrán a luz (valga la pena mencionar que existe un archivo de más o menos 50 folders en posesión de don Juan Fernández)

Entre algunos caquiavireños del CAC se cuentan los que hacen trámites, corretean en policías y tribunales, son los llamados “tinterillos”. don José Álvarez (finado), don Juan Fernández, don Luis Patty entre otros manejan todo este aparato. Son ellos los responsables de arreglar los asuntos legales de sus coterráneos, sus demandas, pleitos, peleas familiares. En este sentido serán lo que tengan

que trajinar varios lugares: comisarías, cárceles, morgue, etc., ya que en medio del desarraigo en que se encuentran por lo general los migrantes, se hace necesario un intermediario que los represente y “saque la cara por ellos”. Relataba don Juan Fernández que llegan los caquiavireños a su casa para pedirle ayudas de este tipo, viéndose él obligado a ir a las comisarías para sacar a sus coterráneos.

“Tío -me dicen- mi hermano está en la comisaría. Tú nomás puedes sacarlo porque vos hablas bien, a nosotros nos ultrajan nomás. Así me dicen. Qué voy a hacer, tengo que defender a los hermanos de mi clase. Al menos mi persona tengo amplios conocimientos de estas causas judiciales, como también en materia jurídica. Falta que sea abogado. “Usted es tinterillo activo-me dicen-”. Pero yo no soy tinterillo, yo soy poder, poderes manejo de las tres materias: civil, penal, familiar, tengo poderes pues mamita. Ahora, a parte, trámites administrativos para el pueblo, del cantón Villa Anta” (85).

Don Juan Fernández es un tramitador en favor de los suyos. Sus continuos correteos por tribunales y estrados del gobierno le han traído innumerables dificultades, pero él sigue porque siente en el deber de hacerlo.

No es precisamente el discurso el que refleja los verdaderos pensamientos de quien lo dice. Don Juan Fernández alude a la “clase”, pero detrás de eso está el discurso étnico y está la reciprocidad regional. La instancia de solidaridad atraviesa la clase, para confundirse con la etnia, con el grupo cultural lugareño. El seguro instituido por los caquiavireños tiene implicaciones morales que van más allá de lo económico. El imperativo del lugar de origen es lo que los motiva y los hace actuar.

“Por ejemplo, yo soy de origen de la comunidad, nacido en la comunidad, pero por cualquier motivo que hay vienen los caquiavireños hasta del pueblo. “Por favor Don Juan, mi hermano está detenido en la comisaría de El Alto, sáquelo con garantía”. No faltan motivos para que yo correee señora. Yo no ando por interés, yo velo por los hermanos de mi clase, tengo que favorecer a los hermanos de mi clase, a mí no me importa.” (86)

En su rol de intermediarios, los dirigentes son conminados A representar los ante las autoridades del gobierno.

“Debemos encarecerles -señores del CAC- el cumplimiento de vuestra parte en encaminar las gestiones a conseguirse, una indemnización de parte de las autoridades correspondientes por el trágico fallecimiento de nuestro ser mencionado de conformidad a muestra insinuación verbal y aceptación por el señor presidente de nuestra entidad cuyo trámites rogaremos no se descuide y que esto más nos preocupa, porque una esposa y tres hijos y el cuarto por llegar al mundo se verán en necesidades afectivas (sic), consideramos se evite dicho flajelo (sic).” (87)

Esta carta es enviada por una viuda, al parecer por intermedio de un tinterillo. Llega a las manos de don Luis Patty y don Natalio Garay, presidente y vicepresidente respectivamente, allá por el año 1964.

En síntesis, de acuerdo a los datos recogidos en la investigación, podemos calificar el papel del CAC en la ciudad de altamente regulado: de las relaciones de sus coterráneos. Con el propósito normativo de integrar a la “familia caquiavireña” en los campos del esparcimiento, la moral la economía y el apoyo en situaciones adversas (seguro). Se dice, por ejemplo, que el CAC estaría formado por una élite del pueblo y que no sería el ente

representativo de los caquiavireños. El conflicto bicultural naturalmente subsiste en el fondo de todas sus interacciones, lo hemos detectado porque pudimos entrar al interior de los grupos. Es una herida que ellos permanentemente niegan pero que no pueden eliminar. El colonialismo interno ha hecho carne también en una institución de residente aymaras. Pero prefieren verlo por el lado positivo. y así, a pesar de la funesta división de hace 23 años, ellos están “en buena armonía” y orgullosos de aportar al pueblo con dos comparsas de baile, agrandando su fiesta.

CONCLUSIONES

1. La “cadena de discriminación étnico-cultural” como producto de una sociedad colonial defectuosa donde persisten dos polos contradictorios que dan lugar a una sociedad bicultural, es resultado de diversos tipos de dominación iniciados con la Conquista. Se hace patente en todos los escalones de la estructura social impidiendo un proceso de modernización pleno y autónomo de los centros de poder.

2. Dicha “cadena” se expresa ante todo a nivel perceptual más que objetivo. por cuanto es artificial y depende cómo se sitúe el residente en el escenario cultural urbano.

De acuerdo a esto la sociedad bicultural se escinde en dos: mistis e indios y en un latente esquema discriminatorio expresado en los gestos, en la distancia social y sale a flote en los exabruptos de los actores SOCIALES EN OPOSICION.

3. Encontramos en nuestro caso estudiado: El Centro de Acción Cultural “Caquiaviri dicho conflicto vivido por los residentes. A través de su historia que data de hacen 46 años ellos sacan a relucir la relación “misti -indio” propia del colonialismo de hacen 500 años.

4. Encontramos que, a pesar de esta biculturalidad en momentos conflictiva y faccionalista, se agrupan en solidaridad en torno al fervor localista, lo que da lugar a una reconstitución positiva y también a otra negativa.

5. Los procesos de solidaridad se dan como reconstitución positiva de la etnicidad. Ellos refuerzan la cultura traída del campo, mostrando que son “altiplánicos aymaras”, y esto lo hacen en la

reproducción de su mundo de símbolos, códigos y formas de ayuda mutua, actos festivos y de cohesión social. Este fuerte sentido de grupo es lo que en el caso del Centro de Acción Cultural "Caquiaviri" (CAC) ha impedido una desintegración, a la vez que ha dado a la institución un carácter etnocéntrico muy acentuado.

6. En cambio, los procesos de faccionalismo se dan como negación de la misma etnicidad. Ante el avasallamiento de la cultura dominante criolla, muchos de los residentes caquiavireños reniegan de su etnicidad y de sus orígenes, tapando vestigios y rasgos que puedan delatarlos.

7. En ocasiones, solidaridad y faccionalismo se dan juntos en tanto reconstitución positiva y reconstitución negativa de la etnicidad. Es el caso de la división del CAC entre los blancos y los verdes, forma encubierta de la antigua división colonial vecinos-comunarios o blancos e indios. En tal ocasión las afrentas de cariz étnico-cultural, la condición de "civilizado" e "incivilizado" salió a relucir mutuamente. Pero tales exclusiones no obstaculizaron el que ambos bandos trabajaran juntos en pro del grupo local y estuvieran en "buena armonía" cuando se trataba de pedir algo al gobierno, ahí estaban como hermanos, ex vecinos y ex comunarios.

8. Percibimos a lo largo de la investigación una ambigüedad estructural en las relaciones sociales, esto provoca conflictos más o menos serios, que se expresan en forma contradictoria como polos positivos y negativos de un mismo grupo.

9. Lo anteriormente dicho no implica el que los residentes del CAC cumplan un papel altamente solidario y benefactor dirigido a los coterráneos de Caquiaviri asentados en la ciudad. El CAC

prácticamente funciona como un sistema de seguros para sus asociados en diversas necesidades.

10. Organiza también el esparcimiento y es el normativizador de la conducta moral de los suyos, estableciendo lo que creen es bueno y malo. Naturalmente este sistema al que juega el CAC en la ciudad, está también empapado de la ideología del colonialismo interno.

11. En medio de los conflictos vividos por el CAC en la ciudad vemos cada vez más una emergencia de estos actores a nivel de lo político, ganando espacios de identidad y de hegemonía en el escenario urbano. Los años venideros nos irán mostrando las conquistas logradas por los residentes en diversas esferas de la sociedad civil.

NOTAS

1. Nos relataba un caquiavireño que ellos eran sombrereros de ala ancha. Actualmente vive en Caquiaviri uno de ellos apellidado Alcón. Confecciona sombreros por encargo y es considerado el mejor.

2. Telésforo Mankachi, ex comunario de Ejra (a una hora de camino de Caquiaviri). Ahora exitoso comerciante y transportista. Llega cada domingo a Caquiaviri con su línea de flotas. La preocupación de Mankachi es lograr el reconocimiento de los vecinos por sus ascensos económicos en la ciudad de La Paz, pero le resulta difícil por su condición de ex comunario ("indio"). Los vecinos juzgan a Mankachi como un "indio", aunque haya acumulado mucha fortuna, demostrándole su rechazo con ademanes burlescos. "cada que llego a Caquiaviri siempre me quitan mi chalina".

3. CRIALES, Ninfa. Entrevista. Caquiaviri. 17-11-87. p.1

4. Doña Martha Garay. hija del fundador del CAC Don Natalio Garay, llegó a ser la primera chola corregidora en Bolivia.

5. GARAY, Natalio. Entrevista. Caquiaviri. 18-1-89.

6. El año 1957 la parroquia poseía 2.000 ovejas con un valor de 20.000 por cabeza (veinte mil bolivianos). Justamente estas familias conocidas que hemos mencionado se han hecho cargo de su cuidado. En la actualidad casi no tienen nada, o muy poco de dicha cantidad de ganado ovino.

7. CAC. ESTATUTOS, s/e. La Paz, s/f. p.1

8. GARAY, Natalio. Entrevista. Caquiaviri. 17-1-88-p.6

9. CAC, ESTATUTOS, (ídem), p.14.

10. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz. 10-1-86. p.1.

11. GARAY Natalio. (ídem) p.p. 7 y 9

12. CAC, ARCHIVOS. s/f. p.10

13. PATTY, Luis, Entrevista. La Paz. 18-11-87 pp.2-4

14. Dato proporcionado por Don Roberto Críales (fallecido) pariente de una de las ramas de los Críales, ex hacendados de Caquiaviri. La Paz. 1984.
15. CAC. ARCHIVOS. La Paz. 1957.p.11
16. (ídem.) p. 6
17. (ídem.) p.10
18. (ídem.) p.12
19. (ídem.) p.13
20. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1953. p.71
21. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1964. p.98
22. (ídem)
23. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1957. p.18
24. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1966. p.149
- 25 (ídem.). p.146
26. (ídem.) p.23
27. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1969. p.39.
28. (ídem.) p.20
29. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz. 21-1-86. p.9
30. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz.18-1-87. p.7
31. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1969. p. 76
32. CAC.ARCHIVOS.La Paz.1957. D. 17
33. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1965.p.117
34. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1965.p.82
35. (ídem.) p.130
36. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz. 1086.p.6
37. ALVAREZ, José (+). Entrevista. La Paz. 3-111-1986. p.6
35. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1969. p.6
39. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1969. p.3
40. MELENDRES, Andrés. Entrevista. La Paz.26-11-87. p.4

41. MELENDRES, Andrés. (idem.)
42. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. Caquiaviri. 18-1-87. p.7 y 6
43. ÁLVAREZ, José (+) Entrevista. La Paz. 3-111-86. p.4
44. MAMANI, Cupertina. Entrevista. Caquiaviri. 165-1-88. p.4
45. ALVAREZ. Sinforosa. Entrevista. La Paz. 29-1-89. p.4
46. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz. 29-1-89- p.p. 5 y 6
47. CALLISAYA, Hugo. Entrevista. Caquiaviri. 19-1-88. p.4
48. FERNÁNDEZ. Juan. Entrevista. La Paz 18-1-87. p.6
49. CAC. ARCHIVOS. La Paz, 1969. p. 1
50. La ocupación del espacio con criterio estamental que regía Caquiaviri tendrá su incidencia en la ciudad de La Paz. Si en el pueblo su vivienda estaba ubicada cerca de la Plaza, en la ciudad ocupará la zona por excelencia de los residentes antiguos y de la "plana mayor": la Av. Buenos Aires, El Tejar, Tacagua Alto y Bajo, si el residente actual ocupaba en Caquiaviri el contorno. Entonces vivirá en Tembladerani o Villa Huayna Potosí de El Alto (zona loteada por los del CAC el año 1960) y, por último, si el residente era de la comunidad, entonces irá directamente a la Villa Pacajes o Bolívar (El Alto) o a la vecina población de Viacha (es de hacer notar que los ex comunarios exitosos lograron acomodo en las zonas Norte y Noroeste de la hoyada).
51. ANÓNIMO. Testimonio No. 14. Elaborado en cinta grabada y notas escritas con motivo de la posesión de la Mesa Directiva del CAC. La Paz. 10-V-833.
52. ÁLVAREZ. José (+). Entrevista. La Paz. 3-111-86. p.1.
53. SALINAS, José. Entrevista. Caquiaviri 17-1-87. p.1
54. ÁLVAREZ, José (+). Entrevista. La Paz. 3-111-86. p-9
55. CAC. ARCHIVOS. La Paz, 1953. Pp. Y
56. ALVAREZ. José (+). Entrevista. La Paz. 3-111-86. p.5
57. CAC. ARCHIVOS. La Paz, 1954. p.1
58. GARAY Natalio. Entrevista. Caquiaviri. 17-1-88. p.p.4 y 5

59. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. Caquiaviri. 13-1-B7. p.8
60. TARQUINO de Velasco, Adela. Entrevista. La Paz. 19-V-89. p.9
61. El compadre Palenque suro utilizar a su favor este sistema de compadrazgo tan arraigado en nuestro medio.
62. MANKACHI. Telésforo. Testimonio No 10. Elaborado en conversación callejera mediante notas escritas. Caquiaviri 16-1X-90
63. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1965. p:135
64. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1971. p. 183
65. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1963. p. 82 b
66. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1963.p. 82 c
67. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1965. p. 1729 b
68. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1966. p.142 b
69. GARAY, Natalio. Entrevista. Caquiaviri. 17-1-88. p.4
70. PATTY, Luis. Entrevista. La Paz. 18-11-86. p. 1
71. CAC. ESTATUTOS. s/e. La Paz. s/f. p. 20
72. CAC. ARCHIVOS. La Paz. 1956. p. 01 a
73. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1963. p. 83 b.
74. MELENDRES, Andrés. Entrevista. La Paz. 19-111-87. p.
75. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1963. p. 62 a
76. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1953. p. 2a
77. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1962.p 55 a
78. CAC.ESTATUTOS. s/e. La paz. s/f.p.6
79. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1962. p. 5° a
80. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1964. p. 111
81. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1965. p. 117
82. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1954. pp.36 y 37
83. CAC.ARCHIVOS. La Paz.1964. p.101 a
84. CAC.ARCHIVOS. La Paz. 1964. p. 110 a
85. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. Caquiaviri. 18-1-87.
86. FERNÁNDEZ, Juan. Entrevista. La Paz.22-1-85. p. 6
87. CAC. ARCHIVOS. La Paz. 1964. P. 110 a

BIBLIOGRAFÍA

ABERCROMBIE, Thomas (1986). "Articulación doble y Etnogénesis". Ponencia preparada para el 55RC, Simposio de reproducción y Transformación en los Andes (mimeo.)

ALBÓ, Xavier 1977-1979 (1985). "Khitipxtansa. Quiénes somos". CIPCA. La Paz. En Desafíos de la Solidaridad Aymara. América Indígena. Vol XXXIX, No.25. g3. pp. 478-527

GREAVES, Tomás (1981-83). Sandoval, Godofredo. Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. Nos. 1, 2 y 3. El Paso a la ciudad. CIPCA. La Paz.

LIBERMANN. K. Godínez, A. Pifarré, F. Para comprender las Culturas Rurales en Bolivia. MEC. CIPCA.UNICEF. La Paz-Bolivia.

BASTOS, Isabel. "Sobre la Identidad Cultural". Conferencia dictada en el CERES. 2-1V-89. La Paz. (Apuntes)

BIRBUET, Gustavo D. (1986). Unidad de Investigación SEMTA. Tierra y ganado en Pacajes. Estructura de tenencia de la tierra y tamaño del hatu ganadero familiar en la economía campesina de Caquiaviri y Comanche. Ed. Labor. La Paz.

CÁRDENAS, Víctor Hugo (1988). "La Lucha de un Pueblo". En: Albó, Xavier (Comp.) Raíces De América. El Mundo Aymara. Alianza editorial. Madrid.

CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (1977). Articulación Interétnica en Brasil" en: E. Hermite. L.Bartolomé (comps.) Procesos de Articulación Social. CLACSO-Amorrortu editores. Buenos Aires.

DANDLER, Jorge (1987). "Diversificación. procesos de Trabajo y Movilidad Espacial en los Valles y

Serranías de Cochabamba. Harris, Olivia. Larson, Brucke. Tandeter, Enrique (comps.). La Participación Indígena en los Mercados Sur andinos. Estrategias y Reproducción Social. Siglo XVI-XX CERES. La Paz

DEGREGORI, Carlos Iván (1986). Blondet, Cecilia. Lynch, Nicolás. Conquistadores de Un Nuevo Mundo De Invasores a Ciudadanos en San Martín de Porres. IEP. Lima.

FICHTER H. Joseph (1970). Sociología. Ed. Herder. Sección de Ciencias Sociales. Barcelona.

GÖLTE, Jürgen (1987). Adams. Norma Los Caballos de Troya de los Invasores. Estrategias Campesinas En la Conquista de la Gran Lima. IEP. Lima

GUZMÁN A., Humberto (s/f). "Visión de Cochabamba". Presencia La Paz, 5 de agosto de 1975. Edición en homenaje al sesquicentenario de Bolivia.

KLEIN, Herbert (1982). Historia General y de Bolivia. Librería y Editorial Juventud. La Paz Bolivia.

LEHM, Zulema / Rivera, Silvia (1988). Los Artesanos Libertarios y la Ética del Trabajo. Ediciones del THOA La Paz.

MONTES, Fernando (1986). La Máscara de Piedra. Simbolismo y Personalidad Aymaras en la Historia. Ed. Qhipus. La Paz.

MURATORIO, Blanca (1977). "Los tinterillos" o "abogados callejeros": el papel de los intermediarios judiciales en una comunidad boliviana. En: H. Hermite y L. Bartolomé (comps.) Procesos de Articulación Social. Amorrortu. CLACSO. Argentina.

SAIGNES, Thierry (1985). Los Andes Orientales. Historia de un Olvido. CERES. Cochabamba.

SANDOVAL, Godofredo (1978). Albó. Xavier.

Greaves, Tomás Ojje por encima de todo: Historia de un Centro de Residentes ex campesinos en CIPCA. La Paz.

SANDOVAL, Godofredo (1987). "Las Nuevas Minorías Activas de Residentes". Presencia. 9-VII-87. p. 3

SANDOVAL, Godofredo (s/f.). "Consideraciones teóricas sobre el estudio de la inserción de los inmigrantes de origen rural en el sistema urbano". En: Estado — y Sociedad Revista boliviana de Ciencias Sociales. No. 1. FLACSO. La Paz (mimeo)

TAYLOR S. J. y R. (1987). Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación. La búsqueda de Significados. PAIDOS. Buenos Aires (mimeo)

TEMPLE, Domingo (1986). La Dialéctica del Don. Ensayos sobre la Economía de las Comunidades Indígenas. Hisbol. La Paz.

THOMPSON, E.P. (1979). Tradición. revuelta y conciencia de clase. Ed. Crítica. Barcelona.

THOA (1986). (Taller de Historia Oral Andina). "Memorial de los Caciques Apoderados al Ministerio de Gobierno. 1924 en Historia Oral. Boletín del "Thoa Carrera de Sociología. UMSA. Nov. 86. No. 1. La Paz.pp.63-66

YAPITA M., Juan Dios (1982). "Algunos Aspectos Socio-lingüísticos y Etnosemánticos del Aymara. En: Notas y Noticias Lingüísticas. INEL. Año V No. 1- IEBC-INA, pp. 14- 19

ZABALLA E. Félix (1948). Comité Pro IV Centenario. La Paz en su IV Centenario (1548-1940). Monografía geográfica. Ed. Del Comité pro Centenario. La Paz.

ZUBILLAGA, Carlos (1985). Historia Oral: La Voz de los Protagonistas. Apartado de Cuadernos del CLAEH. No. 36- p.p. 71-52. Montevideo.